



Incertidumbres sembradas en la tierra.
Prácticas y expectativas de jóvenes rurales
en perspectiva intergeneracional y de
género, en contextos de guerra

El caso de la región del Oriente Antioqueño, Colombia



Serie Jóvenes Rurales y Acceso a la Tierra
PROCASUR-INTERNATIONAL LAND COALITION-FIDA

Incertidumbres sembradas en la tierra.
Prácticas y expectativas de jóvenes rurales
en perspectiva intergeneracional y de
género, en contextos de guerra

El caso de la región del Oriente Antioqueño, Colombia

CRÉDITOS

Coordinación:	Andrea Esquivel Arriagada Corporación PROCASUR
Investigador(a) responsable:	Olga Elena Jaramillo Gómez
Co-Investigador(a):	Flor Edilma Osorio Pérez
Organización aval:	Corporación Ambiental Río Verde
Fotografías:	Corporación Ambiental Río Verde
Diseño:	Renee Barrales Camilo Carrasco Corporación PROCASUR

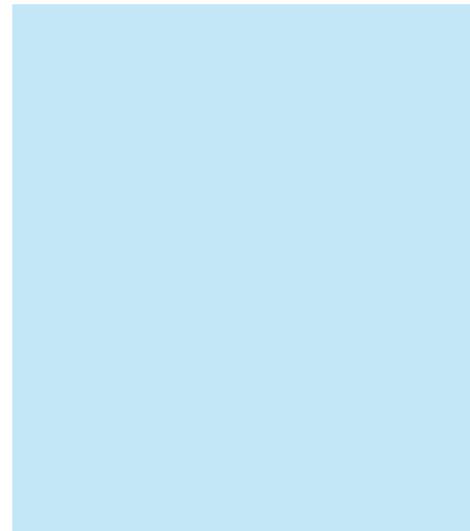
Procasur
Cosechando innovaciones, Sembrando Oportunidades.



Tabla de contenido

Introducción	5
1. Juventud rural, tierra y conflicto armado: expresiones nacionales, matices regionales y entramados locales.	6
1.1 La concentración de la tierra y la guerra, fenómenos de alcance nacional	7
1.2 Antioquia y la región del Oriente Antioqueño: los desafíos del abandono, el despojo y el retorno a la tierra	9
1.3 El municipio, la vereda y la parcela: contextos y condiciones de los y las jóvenes y sus familias	11
2. Mejor quedarse en el campo	23
3. Mejor salir a la ciudad	29
4. Estudiar para regresar al campo	35
5. Mujeres en el campo	41
6. Construyendo sus propias familias	47
7. Reflexiones finales	54
Bibliografía	57





Introducción

Este texto recoge los resultados de un estudio cuyo propósito es profundizar en la relación, expectativas y percepciones de los y las jóvenes frente a la tierra y el territorio desde una perspectiva de género e intergeneracional que hiciera posible una lectura más amplia de estas realidades. La aproximación se realizó en un contexto marcado por la guerra que aún vive el país, la región del Oriente antioqueño, Colombia y de manera más precisa en los municipios de Sonsón y La Unión.

Abrimos el texto con una mirada a los principales factores presentes en la relación juventud, tierra y conflicto armado, en las escalas nacional, regional y local, mostrando las expresiones que alcanza en cada una y la forma cómo se retroalimentan y cobran vigencia en las vivencias y rutas que los jóvenes rurales y sus familias construyen desde sus parcelas y su vida cotidiana.

El eje central del estudio está compuesto por diez historias familiares que reconstruimos a partir de las voces de jóvenes hombres y mujeres, con vinculaciones diversas al sistema escolar y al mundo del trabajo, historias que dan cuenta de dinámicas rurales diversas en ocho veredas de estas dos poblaciones. Las historias se reunieron en pares, en función de las posibilidades que trazaron y las vertientes de comprensión que propusieron: Mejor quedarse en el campo, Mejor salir a la ciudad, Estudiar para regresar al campo, Mujeres en el campo, Construyendo sus familias.

Agradecemos y reconocemos el aporte de los y las jóvenes y sus familias que generosamente abrieron las puertas de su casa, su parcela y su vida y permitieron que escudriñáramos las historias y cotidianidad de sus integrantes, sus decisiones y sueños. Entrevistamos a papás, mamás, jóvenes y en algunos casos abuelos, cuyos relatos recogimos tratando de crear una historia familiar que manteniendo la voz de los y las jóvenes, ahondara en todos esos tejidos presentes, pasados y futuros que se manifiestan en la relación con la tierra, las tramas intergeneracionales, las condiciones materiales de la parcela y aquellos factores que, aunque parecieran externos, se anclan profundamente en las biografías de estas familias rurales. También realizamos entrevistas a actores cuyo conocimiento y experiencia en campos diversos, posibilitó comprender las dinámicas que marcan el contexto regional y sus interrelaciones con las historias familiares.

Fueron centrales para este estudio los talleres participativos que realizamos con cerca de 32 jóvenes de entre 11 y 23 años, con quienes habíamos construido un proceso previo que también fortaleció esta propuesta. Desarrollamos un componente de formación audiovisual y, con un aporte central de los y las jóvenes, resultaron varios materiales que recogen con nuevos lenguajes las reflexiones y aprendizajes construidos en el marco de este estudio. Estas piezas acompañan el informe escrito y esperamos que contribuyan a ampliar la discusión acerca de la relación de los y las jóvenes y la tierra a partir de sus propias voces, experiencias y percepciones.

El documento está organizado así: un capítulo de apertura, que aborda la discusión entre jóvenes rurales, tierra y conflicto armado. Cinco capítulos posteriores, cada uno con dos historias familiares. Finalmente, algunas conclusiones con las que pretendemos mostrar la diversidad de matices presentes en este tema.

1. Juventud rural, tierra y conflicto armado. Expresiones nacionales, matices regionales y entramados locales

Los jóvenes rurales considerados en el rango de 15 a 29 años¹ son 2.916.685 y representan el 26% del total de la población rural colombiana (DANE, 2005) según el criterio que define las áreas rurales como aquellas caracterizadas por la dispersión de las viviendas y la falta de conexión a las redes de servicios públicos. Sin embargo, lecturas que no están basadas únicamente en el tamaño de la aglomeración, han mostrado que el 75,5% de los municipios del país son predominantemente rurales. Allí se asienta el 31,6% de la población y ocupan el 94,4% del territorio nacional (PNUD, 2011); lo que advierte otra dimensión sobre lo rural en Colombia.

En algunas aproximaciones realizadas con anterioridad, hemos encontrado que en realidad no es mucho lo que conocemos acerca de los jóvenes rurales en el país y que éstos ocupan un lugar marginal en el ámbito de las políticas públicas y en los estudios sobre lo rural y la juventud. El reconocimiento hacia

¹ Las clasificaciones demográficas agrupan la población entre 15 y 29 años. No obstante, el Estatuto de Ciudadanía Juvenil (Ley 1622 de 2013) define en su artículo 5 al joven como "toda persona entre 14 y 28 años cumplidos en proceso de consolidación de su autonomía intelectual, física, moral, económica, social y cultural que hace parte de una comunidad política y en ese sentido ejerce su ciudadanía"

los jóvenes rurales se ha construido de manera importante en torno a la idea de vulnerabilidad y la valoración como mano de obra en el campo, a partir de aspectos como la vinculación a la guerra, la participación como trabajadores en cultivos proscritos, la condición de migrantes pobres en la ciudad y la pérdida de relevo generacional. Ésta situación deriva en una homogeneización de los jóvenes rurales, quienes son desconocidos como actores sociales capaces de participar y proponer. Se simplifican sus realidades tanto como las de las sociedades rurales, por lo tanto, se proponen acciones limitadas que terminan por fortalecer las relaciones dominantes que se construyen desde el mundo urbano y desde el mundo adulto (Osorio, Jaramillo & Orjuela, 2010).

Las brechas entre las condiciones existentes en el campo y los centros urbanos son bastante significativas. De ahí que los jóvenes rurales colombianos enfrenten realidades muy inequitativas en relación con sus pares urbanos, asunto que resulta central en las decisiones migratorias y las posibilidades de construir un proyecto de vida en el campo. Se identifican diferencias en términos educativos, laborales y necesidades básicas de vida y las primeras como parte de un proceso relevante en la vida de los jóvenes son dicentes; mientras que la asistencia escolar de jóvenes entre 12 y 17 años alcanza el 81,5% en las áreas urbanas o cabeceras municipales, en las rurales es de 61,3% (2010).

En este mismo sentido, investigaciones recientes del Programa Nuevas Trenzas (2013) reafirman las desigualdades entre mujeres rurales y urbanas, en términos de logro educativo, decisiones de fertilidad y estado civil, migración, empleo, remuneración y acceso a servicios públicos. Además, evidencian las diferencias que se presentan entre hombres y mujeres jóvenes, advirtiendo las implicaciones que la condición de género propone en los espacios rurales.

-Las mujeres tienen mayor nivel educativo que los hombres, sin importar el rango de edad

-La migración femenina a la ciudad es más alta que la masculina y comienza desde edades tempranas

-Aunque los hombres trabajan más tiempo fuera del hogar, las mujeres trabajan más horas durante el día, con una diferencia de 10 horas semanales

-En las zonas rurales, el desempleo femenino aumenta mientras el masculino decrece. Las mujeres tienen menos posibilidades al momento de encontrar un empleo rural

-Los hombres de entre 14 y 17 años ganan un poco más de cuatro veces que las mujeres de la misma edad

(Arias, Caro, Farah et al, 2013)

Consideramos que el vínculo de los jóvenes rurales con el territorio que habitan define de manera importante sus vivencias, trayectorias y decisiones y entendemos que “la juventud rural tiene dos marcadores identitarios generales: uno etario y, por lo mismo, temporal, provisional, y otro socioespacial, más fijo, si se quiere, portador y fruto de situaciones y condiciones que sus pobladores no pueden controlar. El primero refiere a la condición y posición en la sociedad y puede modificarse por la mera ubicación en una escala de edad, aunque responsabilidades asumidas o asignadas, tales como la maternidad y la paternidad, pueden restringirlo o ampliarlo [...] El segundo marcador, el rural, denota un grupo social marginado que, por esta razón, busca con frecuencia que las nuevas generaciones se trasladen a otros espacios sociales y asuman otros vínculos laborales y otros referentes socioterritoriales” (Osorio, Jaramillo & Orjuela, 2010:1).

Desde esta perspectiva, abordar la relación entre los jóvenes rurales y el acceso a la tierra, las prácticas, percepciones y expectativas que a su alrededor se construyen, invita a considerarla no solamente como un espacio físico, una posesión o un predio productivo; asumimos la parcela como el lugar que se habita, donde se realiza la socialización de los jóvenes y transcurre gran parte de su cotidianidad “desde la noción de territorio en tanto construcción y producción social, históricamente constituida por la dinámica de las relaciones sociales, económicas, culturales y políticas, y de las relaciones entre sociedad y naturaleza” (Osorio & Villegas, 2010: 9).

La relación de los jóvenes con la tierra en Colombia está marcada por factores que alcanzan expresiones particulares en el orden nacional, regional o local y es posible evidenciarlas según la escala desde la que se realiza la aproximación. Las abordaremos con el propósito de mostrar la forma en que coexisten y se refuerzan, de manera que al centrarnos en las historias familiares logremos una mejor comprensión de las dinámicas que cada escenario propone a la relación de los jóvenes y la tierra enmarcada en tendencias más amplias que caracterizan la situación de la tierra y la estrecha relación con la configuración misma de los territorios rurales y sus realidades.

1.1 La concentración de la tierra y la guerra, fenómenos de alcance nacional

“La concentración de la propiedad rural en Colombia ha sido una constante histórica y la última década no ha sido la excepción, confirmándose las tendencias generales observadas por distintos analistas [...]. Durante el período 2000-2011 [...], el índice GINI nacional de tierras en el catastro administrado por el IGAC pasó de 0,886 en 2000 a 0,874 en 2012” (IGAC, 2012: 97)

La alta concentración de la tierra ubica a Colombia junto con Paraguay (0,93/1991), Brasil (0,87/2007) y Perú (0,86/1994), dentro de los países suramericanos con mayores coeficientes de concentración de la propiedad rural (IGAC, 2012). Esta ha sido una característica históricamente estable donde confluye el fracaso de las reformas agrarias, la ausencia de políticas públicas y el predominio de terratenientes y grandes propietarios en las estructuras de poder. Es una estructura de la tierra que ha favorecido a algunos actores y usos de suelo y se ha profundizado con el despojo y la expulsión del campo de pequeños productores causados por la guerra.

La concentración de la tierra es un problema que se extiende en todo el territorio nacional. En 18 de los 32 departamentos se registran Gini altos, por encima de 0,80 y entre 2000 y 2009 aumentó en 23 de ellos; la mayor concentración está en los municipios más urbanizados y densamente poblados y es una tendencia de la zona Andina, Caribe y la Orinoquía (PNUD, 2011). Precisamente en la región Andina, que aglutina el 37% de la población del país (Salazar, 2010) se ubica el departamento donde se realizó este trabajo, Antioquia, que con un Gini de 0,91 encabeza junto con Valle del Cauca la lista de departamentos con mayor concentración en el país.

El tamaño y tenencia de la propiedad de la tierra en el país presenta una estructura dual, compuesta por una minoría de grandes propietarios que poseen una significativa parte de la tierra y una gran mayoría cuyas pequeñas y medianas propiedades ocupan solo una parte de la superficie². Tal como observamos en la Tabla 1, el 1,15% de los propietarios poseen el 52% de la tierra y el 78,31% ocupan solo el 10,59% de la superficie. Además, poseen microfundios cuyo tamaño no garantizaría la obtención de los ingresos necesarios para satisfacer las mínimas condiciones de vida, ya que se encuentran por debajo de una unidad agrícola familiar.

Tabla 1. Estructura de la propiedad según rangos UAF

Rango UAF	Área %	Predios %	Propietarios poseedores
Microfundio Menos de 0,5 UAF	10,59	80,49	78,31
Pequeña propiedad Entre 0,5 y 2 UAF	19,1	13,66	14,72
Mediana propiedad Entre 2 y 10 UAF	18,2	4,99	5,83
Gran propiedad Mayor de 10 UAF	52,2	0,86	1,15
Total	100,0	100,0	100%

Fuente: (PNUD, 2011:206)

² Si bien los criterios para la definición de pequeña, mediana y grande son diversos, acogemos la propuesta de usar la medida de la Unidad Agrícola Familiar UAF en términos de que permite reconocer el tamaño de la tierra que una familia necesita en una región específica para obtener determinados ingresos, así una UAF "es la unidad predial que genera por lo menos dos salarios mínimos mensuales de ingreso. Al valorarla se tiene en cuenta la calidad y el potencial productivo del suelo" (PNUD, 2011:195).

Esta estructura de la tierra se sostiene en usos y actividades que se han privilegiado. El país destina para agricultura el 22% de la tierra apta para tal fin, mientras la ganadería ocupa casi dos veces el área adecuada y reduce los márgenes para las actividades agrícolas de pequeña y mediana escala (Betancur, 2012). El Estado, con la ausencia de voluntad y políticas públicas, ha contribuido a la estabilidad de este modelo para el campo, pese a que se conoce que la agricultura promueve un uso más equitativo e incluyente para una gran mayoría de propietarios.

Los pobladores rurales en Colombia enfrentan enormes desafíos frente al acceso a la tierra, pues a la persistencia de estructuras económicas, sociales y políticas que han mantenido históricamente la concentración, la tierra y el control del territorio, se suma la guerra que se vive desde hace más de cincuenta años. Se estima que entre 1985 y 2010 han sido desplazadas 5.195.620 personas (CODHES, 2011) y el total de hectáreas de tierra despojada o abandonada de manera forzosa ascienden a 6.6 millones, sin contar territorios colectivos de indígenas y afrodescendientes que equivalen al 12,9 % de la superficie nacional, afectó a 434.099 familias en ese lapso de tiempo (Comisión de Seguimiento a la Política Pública sobre Desplazamiento Forzado, 2010).

La guerra genera la recomposición social de los territorios, afecta los proyectos de vida individuales, familiares y colectivos y deja huellas en las historias, los modos de vida y las actividades (Osorio, 2009). Los principales resultados de la III Encuesta Nacional de Verificación de los derechos de la población desplazada realizada en 2010 muestran claramente que en medio de la guerra los pobladores rurales no solamente pierden la tierra como un factor productivo, sino también la posibilidad de permanecer en el territorio para continuar con las formas de relación y reproducción social y económica que allí han construido.

-El 84% de los hogares declaró haber tenido algún bien, el 73% ganado, el 52% alguna maquinaria productiva, el 50% un cultivo, el 44% tierras rurales

-Con el desplazamiento el 99% de los grupos familiares perdió algún bien ya fuera porque debieron abandonarlos de manera forzosa o porque les fueron despojados.

-Un 97% de éstas familias perdió sus tierras, un 98% sus animales y un 64% sus cultivos permanentes.

-La pérdida de las tierras implicó también la de las casas, en el 89% de los casos la parcela o finca tenía una casa.

-El 78.3% de los grupos familiares se considera propietarios de la parcela que tenían antes del desplazamiento, pero solamente un 21% cuenta con escritura registrada y un 9% con escritura sin registrar, lo que muestra la informalidad en la tenencia de la tierra en el país.

-Cerca del 90% de las familias debieron abandonar inmediatamente sus tierras porque su permanencia comprometía la vida, solamente una minoría logró dejarla cuidado de familiares o en acuerdos de aparcería, un 2,2% estuvieron forzados a entregarla sin recibir nada a cambio y un 3,5% la vendió.
(III-ENV-2010)

La mayoría de las familias que abandonaron sus parcelas, se enfrentan a la imposibilidad de que sus derechos sean reparados. Según estimaciones del PNUD (2011) se encuentran abandonadas 6.142.702 hectáreas y han sido restituidas 495.493, lo que equivale tan solo al 7.46%. En esta situación confluye la informalidad en la tenencia, las dificultades del registro de la tierra abandonada y/o despojada³, la falta de capacidad institucional para la garantía de estos derechos y la vigencia de la guerra que supone una amenaza constante para quienes fueron desplazados de sus parcelas.

³ Si bien no toda la tierra abandonada es despojada en términos de que el despojo implica la transferencia del dominio de la posesión, es claro que el desplazamiento puede ser tanto el comienzo como el desenlace de un proceso de despojo (Moncada, 2011).

1.2 Antioquia y la región del Oriente Antioqueño: desafíos del abandono, el despojo y retorno a la tierra

Situarnos en la región concreta donde realizamos este trabajo, permite una aproximación a las expresiones que allí alcanzan los fenómenos que hemos abordado y los entramados locales y concretos que dan cuenta de las realidades más próximas que configuran las vivencias, prácticas y expectativas que se ilustran en las historias familiares.

En el departamento de Antioquia, se encuentra la segunda ciudad más poblada del país y su participación en el PIB nacional fue en 2011 de 13,0%, la segunda más importante a nivel nacional (DANE, 2012). El porcentaje de hogares con necesidades básicas insatisfechas (NBI) es 23 y hace parte del conjunto de departamentos que en Colombia muestran las proporciones de NBI menos altas, por debajo del promedio nacional que es 27,7% (DANE, 2005a).

La región del Oriente Antioqueño ocupa en el departamento una posición similar a la que este último ocupa en el país. Está compuesta por 23⁴ municipios y con cerca de 560.000 habitantes es la tercera más poblada en Antioquia (Anuario Estadístico de Antioquia, 2012). Las condiciones físicas y geográficas del territorio han definido sus principales actividades económicas, y se destaca como una de las principales generadoras de energía a nivel nacional. Su producción agropecuaria constituye una importante despensa para la capital del departamento y la industria con desarrollos significativos alrededor de infraestructuras como el aeropuerto internacional y la autopista que conecta con el centro del país, hacen del Oriente Antioqueño una región relevante en el ámbito departamental.

En Colombia, la guerra no ha sido exclusiva de regiones marginales y con débil presencia estatal y sus efectos se han extendido a territorios consolidados institucionalmente, Antioquia es muestra de ello. Es también el departamento que ha sufrido el desplazamiento forzado de manera más trágica, con el 19% de la población desplazada del país, proporción que

⁴ Se encuentran agrupados en cuatro subregiones. Rionegro, La Ceja, El Carmen de Viboral, Marinilla, Guarne, El Santuario, San Vicente y La Unión en la subregión Altiplano. Alejandría, Concepción, Granada, Guatapé, El Peñol, San Carlos y San Rafael en la subregión Embalses. Sonsón, Argelia, Nariño y Abejorral hacen parte de la subregión Páramo y por último, Cocorná, San Francisco y San Luis integran la zona Bosques.

duplica la que tiene el segundo más afectado, Bolívar (Acción Social, 2010). Además, integra junto con el departamento de Chocó la región con mayor número de hectáreas despojadas o abandonadas, 1.852.561, que constituyen el 28% del total del área despojada del país (III-ENV-2010).

La magnitud de la guerra en el departamento se ha reflejado con la misma intensidad en el Oriente Antioqueño, sin que esto signifique que se haya dado de manera homogénea en su interior, pues existen zonas con niveles de afectación mayores y diversos⁵. Allí se ubican cuatro de las poblaciones más expulsoras de población en Colombia entre 1997 y 2010 (ACCIÓN SOCIAL, 2010a) y dos de los municipios con más minas antipersonales instaladas en su territorio. Asimismo es la región con mayor cantidad de hectáreas abandonadas y aporta el 22.4% al total del departamento (Moncada, 2011).

Los efectos de la guerra sobre la situación de la tierra en la región muestran la tendencia identificada para el nivel nacional: en el período comprendido entre 1996 y 2003 el coeficiente Gini aumentó de 0,68 a 0,72 fruto del abandono y despojo causados por el desplazamiento forzado que afectó de manera más fuerte a municipios con agricultura de pequeña escala como base de su economía (Gaviria & Muñoz, 2007). No obstante, en la región se presentan dinámicas particulares que consideramos pertinente señalar y que además se relacionan directamente con los jóvenes rurales.

Si bien las fronteras entre el abandono y el despojo son borrosas debido al subregistro que caracteriza a estos fenómenos y las dificultades generadas por la informalidad en la tenencia de la tierra, se identifica que en el Oriente Antioqueño fue más importante el abandono que el despojo. De acuerdo con Vega (citado en Moncada, 2011) a diferencia de otras regiones del departamento, la presencia de minas antipersonales en el territorio limitó la apropiación forzada o ilegal de las tierras. Las estrategias de control de los actores armados impidieron de una u otra forma la posibilidad de habitar y permanecer en el territorio y siguen comprometiendo el retorno de quienes salieron forzosamente.

⁵ Los municipios de la subregión Páramo, Bosques y algunos de Embalses, más distantes de los centros urbanos y marginales dentro de la región enfrentaron afectaciones más fuertes. Entretanto, las localidades de la subregión Altiplano, la más urbanizada, actuaron como receptores importantes de la población desplazada.

Aunque se identifique un peso menor, el despojo en el Oriente Antioqueño está lejos de ser un proceso marginal pues se presentó en 17 de los 23 municipios de la región, lo cual ha hecho que se incluyan en las zonas prioritarias donde se llevan a cabo los procesos de restitución (Moncada, 2012). Eso sí, posee características y dinámicas distintas, "otra forma de despojar" señala un investigador con quien dialogamos para profundizar al respecto, "se interesan por despojar algunas propiedades estratégicas en el municipio y el Oriente, pero la propuesta no era despojar el Oriente". A diferencia de otras regiones como Urabá, Bajo Cauca o Magdalena Medio, no hizo parte de una estrategia deliberada que un grupo armado desplegara sobre un territorio particular y en función de unos usos ya establecidos, fue un despojo localizado en algunas áreas o propiedades precisas, disperso y por lo tanto más complejo en términos de los procesos de restitución de tierras.

Los despojadores no fueron únicamente los actores armados, no fue solo por la vía de las armas sino del atropello y abuso a las familias desplazadas, cuya situación permitió la acumulación de tierras por parte de pobladores con capacidad económica para adquirir los predios, "ellos no van a irse a vivir allá, son acumuladores de tierras, aprovechan el estado de necesidad de la población y compran, compran, compran, (...) la gente decía: venga cómpreme, o a vecinos: cómpreme, usted tiene plata, (...) porque la guerra perjudica a unos pero beneficia a otros quienes lograron consolidarse en el sitio, permanecer, tener vínculos o prebendas con uno u otro grupo empiezan a comprar la tierra y acumular muchas propiedades" (entrevista, investigador temas de tierra en el Oriente Antioqueño)

Una vez que la intensidad del conflicto ha menguando y en medio del margen de posibilidades para regresar que ofrece el hecho de recuperar la tierra abandonada y no la despojada, la región presenta dinámicas de retorno de población importantes. En este escenario, ¿quiénes retornan y cuál es el lugar de los jóvenes en estos procesos? Es una pregunta que cobra relevancia, teniendo en cuenta que la infancia de quienes hoy tienen edades entre 14 y 20 años transcurrió en medio de la confrontación armada⁶; se ha estimado que, al momento del desplazamiento, los menores de 15 representaban el 39% de los integrantes del hogar y dentro de la población víctima de

⁶ Si bien la guerra en el Oriente Antioqueño comprende varios ciclos y períodos de intensidad, se ha señalado que entre los años 1997 y 2003 alcanzó niveles mayores de intensidad (García, 2004).

este hecho en el país, tienen un peso significativo las personas entre 10 y 19 años (ACCIÓN SOCIAL, 2010).

Diversas voces en la región señalan con preocupación el desinterés de los jóvenes por regresar al campo e, incluso, los dilemas que enfrentan quienes emprenden un re-comenzar en un territorio que apenas reconocen, pues sus vidas han transcurrido en el pueblo o en la ciudad. Las expectativas entre generaciones se contradicen y la pregunta por la continuidad de las luchas que el retorno a la parcela y al territorio entraña, no se hace esperar. "Se está titulando, se está restituyendo, se está retornando, y cuando pase esta generación de viejos ¿a quién se la van a dejar?" expresa un investigador cuyo testimonio da cuenta de la situación que enfrentan las familias que retornan en la región y los desafíos que plantean para las sociedades rurales en su conjunto.

"mis hijos crecieron en la ciudad porque desde pequeñitos nos desplazamos y dicen: "yo ir a meterme a la montaña, allá casi no hay infraestructura, no hay recursos, no hay nada (...) muchos viejos regresaron por su cuenta y sus hijos se quedaron en la ciudad, ¿qué se generó? una fragmentación de las familias y algo que también he nombrado como un desplazamiento forzado de los menores para el retorno, un retorno forzado, "venga que nos tenemos que volver pa' el campo", "ah es que yo no me quiero volver pa' allá, no es que yo me quiero quedar aquí" (...) hay muchos jóvenes con resentimientos, con malestares, si ellos no saben trabajar la tierra, no les interesa, la dinámica urbana es más atractiva, más seductora y además está el imaginario de que el campesino es una persona atrasada, ignorante, montañero, "ah, vos sos un montañero", esos estigmas que pesan mucho sobre la gente, de él nadie se burla porque es urbano, entonces ser montañero es un sinónimo de burla, cierto, los jóvenes en muchos casos no quieren regresar a la tierra, y no saben trabajarla, entonces cuando mueran estos viejos que retornaron a la tierra ¿qué va a pasar con esas tierras?"

1.3 El municipio, la vereda y la parcela: contextos y condiciones de los y las jóvenes y sus familias

En las diez historias familiares que recogemos en este trabajo, confluyen dinámicas particulares propias de la parcela, el territorio veredal y el ámbito municipal. Los relatos de los jóvenes transcurren en ocho veredas de dos municipios del Oriente Antioqueño: Brayan en la vereda San Miguel; Norbey, Leidy así como Lina y Yeison en la vereda San Juan del municipio de La Unión. José Ferney en San Francisco, Camilo en Llanadas Santa Clara, Juan Fernando en Río Arriba, Cindy en Roblalito A, Yesica en Manzanares Abajo y Andrés en la vereda El Chirimoyo, todas ellas veredas del municipio de Sonsón.

Recogemos algunas características generales del ámbito municipal y, antes de ilustrar las condiciones familiares y los elementos que consideramos relevantes del espacio veredal, realizamos una lectura transversal de las características que resultan comunes a las historias, más allá de los límites veredales o municipales, con el propósito de reconstruir el contexto más inmediato donde realizamos este estudio y desentrañar los tejidos más finos de la trama juventud, tierra y conflicto armado que abordamos en este aparte.

El municipio de La Unión está ubicado a 56 km de la capital del departamento y sus 17.842 habitantes se distribuyen de forma más o menos homogénea, en la cabecera municipal se localiza el 52% y el 48% corresponde a la población rural (Anuario Estadístico de Antioquia, 2012). La base de su economía está en la producción de leche, papa y más recientemente de flores. Es un municipio cada vez más integrado a las dinámicas urbanas e industriales de la subregión Altiplano, la más urbanizada y articulada a Medellín, ciudad capital del departamento. Allí nos situamos en dos veredas: San Miguel y San Juan, caracterizadas como aquellas donde la guerra tuvo sus mayores impactos dentro del municipio.

Sonsón está localizado a 124 km de la capital del departamento en la subregión Páramo, menos articulada a las dinámicas propias de la subregión donde se localiza La Unión. Su población asciende a 38.779 habitantes y es un municipio predominantemente rural pues en esta área se asientan alrededor del 60% de sus pobladores. Su diversidad de climas permite la producción de papa, hortalizas, frutales de clima frío, aguacate y leche pero también de café y caña de azúcar en sus zonas más cálidas, donde también se localiza la actividad ganadera de mediana escala. Allí trabajamos en seis veredas: San Francisco, Río Arriba, Roblalito A, Manzanares Abajo, situadas cerca de la zona urbana en la llamada zona fría, Llanadas Santa Clara y El Chirimoyo en el corregimiento Alto de Sabanas, más distantes del centro poblado del municipio.

Las veredas donde acontecen las historias de los jóvenes están relativamente cerca de las cabeceras municipales y es más bien el acceso y disponibilidad de transporte el que marca las diferencias. El Chirimoyo es la más distante y donde se hacen más necesarios los recorridos por caminos de herradura. Todas mantienen intercambios constantes con centros poblados del municipio: allí se realiza la comercialización de los productos agrícolas, se accede a algunos servicios y se satisfacen algunas necesidades. San Juan, en La Unión, es la vereda más densamente poblada con 122 hogares y El Chirimoyo en Sonsón la que cuenta con menos habitantes y las demás oscilan en rangos desde 28 hasta 51 hogares.

La proporción de jóvenes en la composición de su población fluctúa unos pocos puntos porcentuales por debajo y por encima del promedio nacional, donde los jóvenes representan el 26% de la población rural. Santa Clara y Río Arriba en Sonsón muestran una tendencia diferente en la que los jóvenes representan alrededor del 15% de su población, lo que podría estar señalando dinámicas migratorias más intensas expresadas claramente en las historias de Camilo y Juan Fernando, jóvenes que como veremos más adelante vislumbran su futuro en la ciudad.

Recogemos las voces de jóvenes entre 13 y 21 años, seis hombres, tres mujeres y una pareja de jóvenes que inicia un proyecto de familia. No hay una tendencia contundente en la vinculación al espacio escolar, sin embargo el bachillerato aparece como el nivel más factible de lograr. Brayan, Norbey, Juan Fernando, Lina, Camilo y Yesica cursan su bachillerato, los dos últimos a

través de un sistema de aprendizaje tutorial que se ofrece tres días de la semana con el propósito de liberar tiempo para el trabajo en el campo. José Ferney, Cindy y Yeison terminaron su bachillerato, José Ferney es el único que continuó sus estudios a través de cursos de formación para el trabajo, Yeison está en la búsqueda de oportunidades para ingresar a un programa de educación superior y Cindy responde por las labores del hogar y el cuidado de su hermana menor haciendo el trabajo de su madre, quien sostiene económicamente el hogar y los estudios de su otra hermana. Por su parte, Leidy y Andrés interrumpieron sus estudios y son los únicos que se dedican por completo al trabajo agrícola.

La vinculación de estos jóvenes al mundo del trabajo, las posibilidades de acceder a la tierra y muchas de las vivencias y decisiones de esta etapa se relacionan directamente con las dinámicas y condiciones familiares. Transitamos aquí por familias monoparentales, extensas y nucleares, con composiciones en género y edad y en ciclos de vida que proponen escenarios distintos para sus integrantes más jóvenes. La mayoría son propietarios de lotes que oscilan entre media y 10 hectáreas y solamente la familia de Brayan obtiene un salario mínimo y las prestaciones por su trabajo como administradores de una finca. La presencia de pequeños propietarios que encontramos aquí comparte la tendencia de la región donde prevalece el minifundio y los predios pequeños ocupan el 40.3% del territorio (Mora & Muñoz, 2008).

Leidy y la familia compuesta por Lina y Yeison no tienen tierra y, en consecuencia, se dedican exclusivamente al trabajo asalariado del que depende su sustento. Todos los jóvenes, hombres y mujeres, han sido jornaleros y en épocas de receso escolar o períodos determinados se integran al trabajo asalariado en la vereda contribuyendo a la familia con los ingresos obtenidos y solventando sus propios gastos. Los jóvenes reciben remuneraciones más bajas que se justifican en un supuesto menor rendimiento en relación con los adultos y en todos los casos las mujeres obtienen salarios por debajo de los hombres, situación que se atribuye a un presunto menor desempeño en relación con los hombres y se extiende a las mujeres de todas las edades.

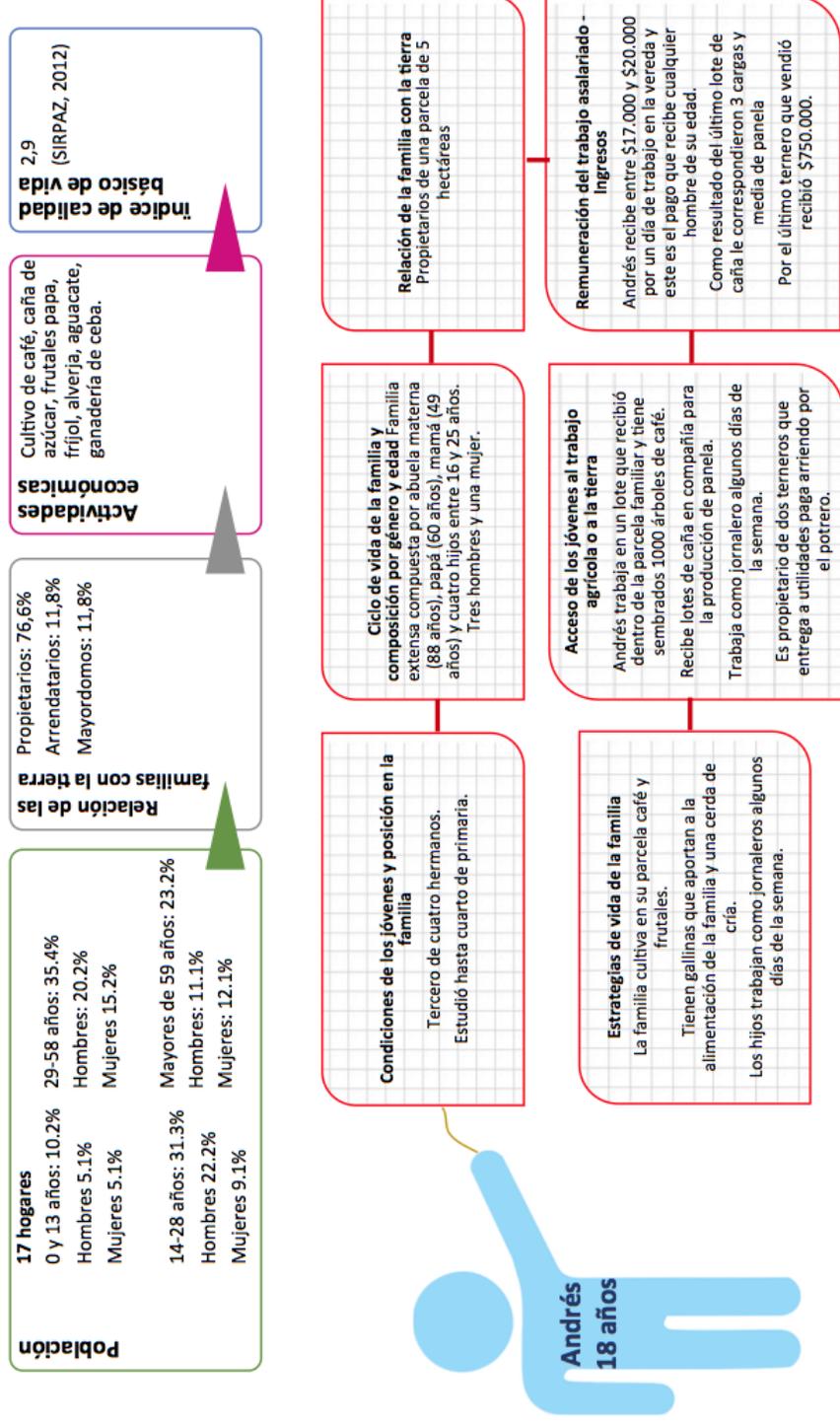
La participación de los jóvenes en las actividades de la casa y la parcela también es muy importante y define de manera significativa los ritmos y rutinas. Se inscriben en el ámbito del trabajo no remunerado, que en el caso de las mujeres jóvenes goza además de una menor valoración. Aunque José Ferney, Camilo, Juan Fernando y Andrés no reciben dinero por las actividades que realizan en la parcela familiar, tienen un lote de cultivo y animales que hacen posible obtener ingresos e incluso ahorrar, con lo que han estado construyendo su propio patrimonio. El trabajo agrícola y doméstico de estos jóvenes se desarrolla con niveles distintos de autonomía y subordinación frente a sus padres, no obstante son Andrés y Cindy, él en la parcela y ella en el espacio doméstico, quienes tienen mayores responsabilidades en términos de que sus aportes resultan centrales en la reproducción misma del núcleo familiar.

Finalmente, consideramos importante señalar que aunque no fue un criterio utilizado para la construcción de las historias familiares, todas las familias enfrentaron el desplazamiento forzado a finales de la década de los noventa y comienzos de la siguiente. Las familias de Norbey, Brayan, Andrés, Leidy, Yeison, José Ferney y Cindy se desplazaron y abandonaron temporalmente sus parcelas migrando al pueblo u otros lugares, todas regresaron un tiempo después a excepción de la familia de Andrés, que perdió su parcela de forma definitiva. Las familias de Juan Fernando y Yesica no se desplazaron a pesar de que lo hiciera la mayoría de los habitantes de la vereda y resistieron acudiendo a diversas estrategias. Aunque la familia de Camilo no se desplazó, debió enfrentar distintas expresiones del conflicto armado en el entorno inmediato. La guerra se manifiesta en las historias de estas familias con intensidades distintas que no obstante marcan de forma definitiva sus biografías y relación con la tierra.

Características de los y las jóvenes y sus familias¹

Municipio de La Unión, Vereda San Miguel

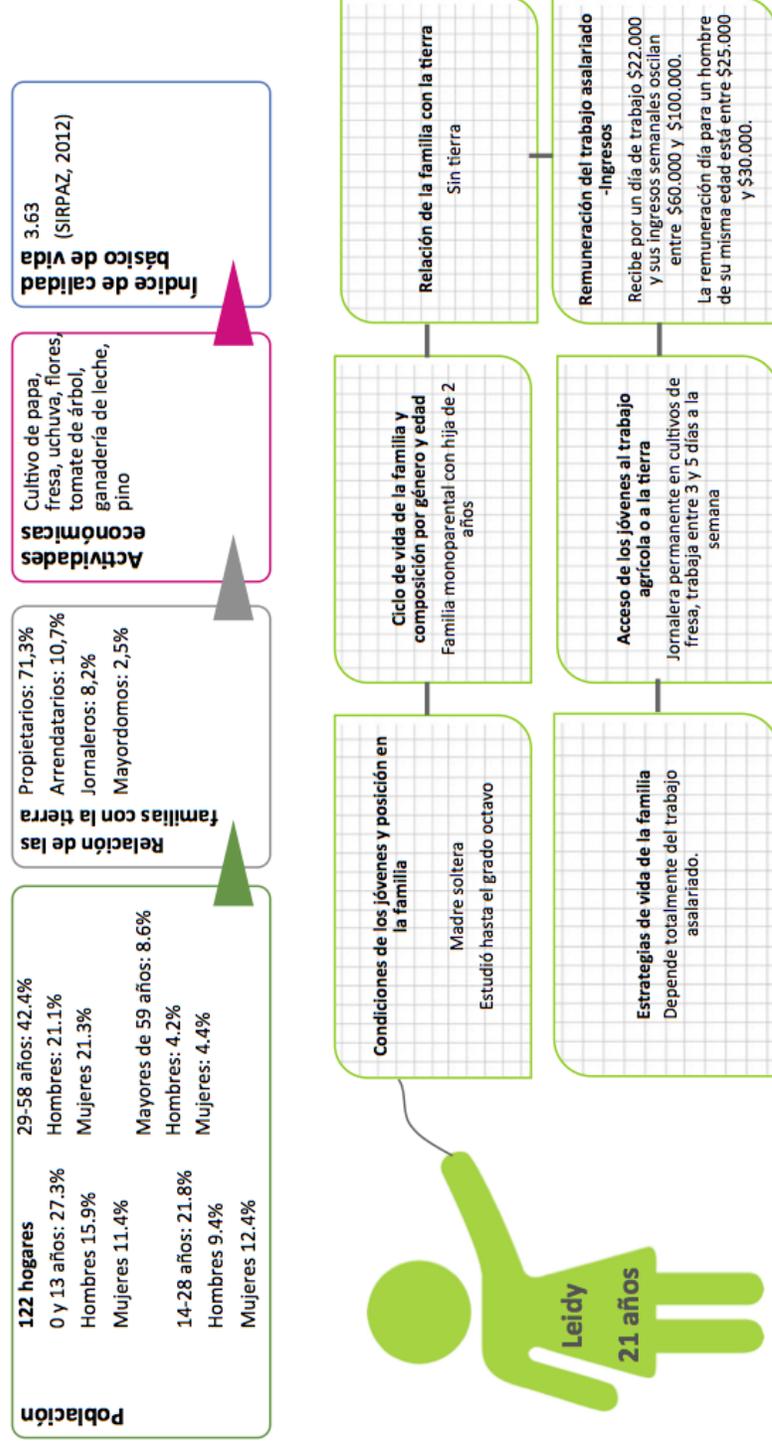
La vereda se localiza a 30 minutos de la cabecera municipal a través de una vía secundaria pavimentada que une este municipio con el de Sonsón. Cuenta con transporte diario, con una frecuencia de 30 minutos.

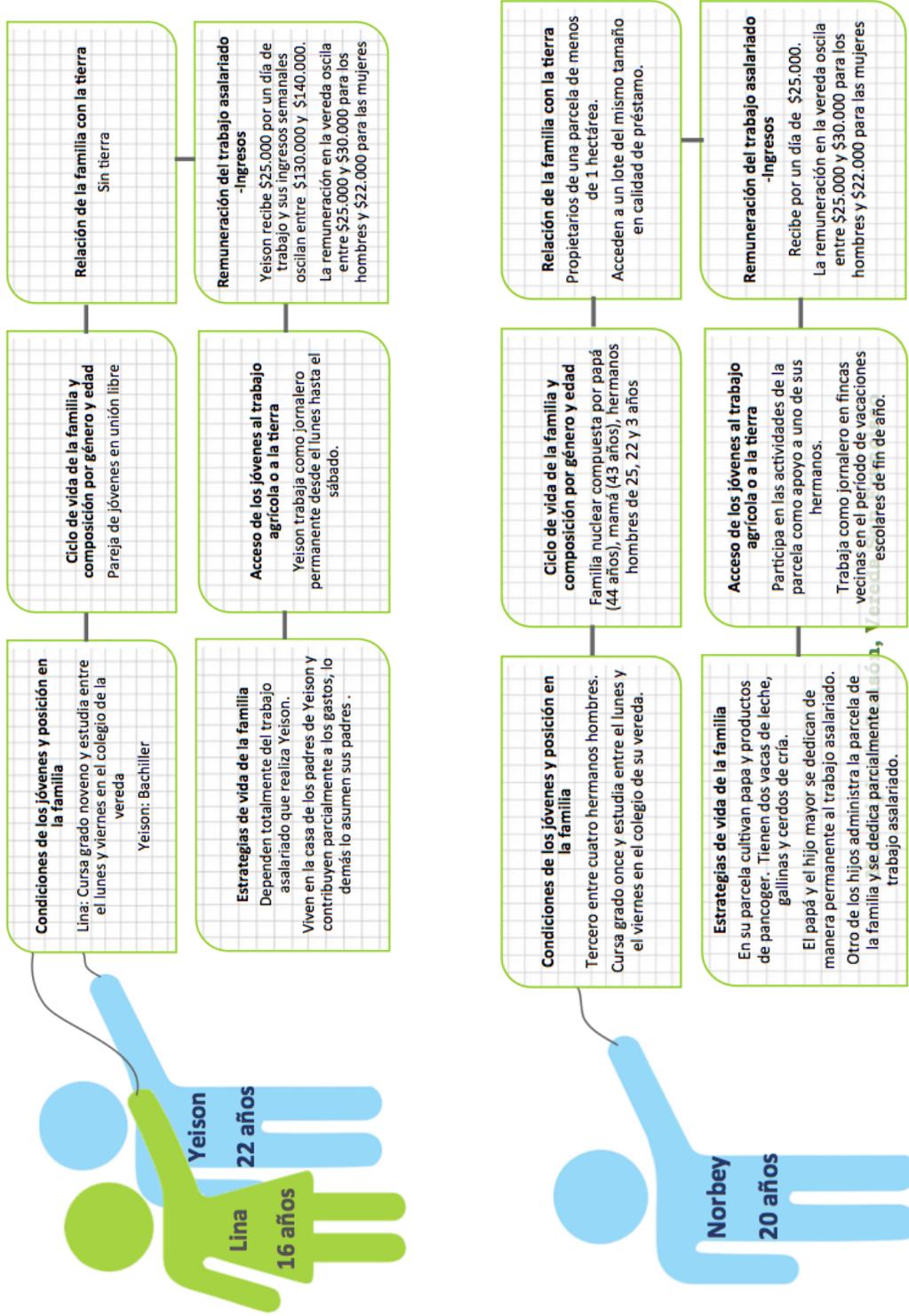


¹ La información veredal fue recolectada mediante estrategias de cartografía social con los y las jóvenes participantes en los escenarios de encuentro y reflexión propuestos desde este proyecto. El índice de calidad básico de vida calculado dentro del Sistema de Información Regional para la Paz (SIRPAZ) en su versión 2012 es una medida entre 0 y 5, indicando 5 mejores condiciones de vida. Es realizado a partir de variables que incluyen población, saneamiento básico, salud, vivienda, educación, cultura, equipamientos colectivos, vías, empleo e ingresos, servicios públicos, organización comunitaria, presencia institucional y sistemas de comunicación, entre otras. Es calculado para cada una de las veredas y barrios de los 23 municipios del Oriente Antioqueño.

Municipio de La Unión, Vereda San Juan

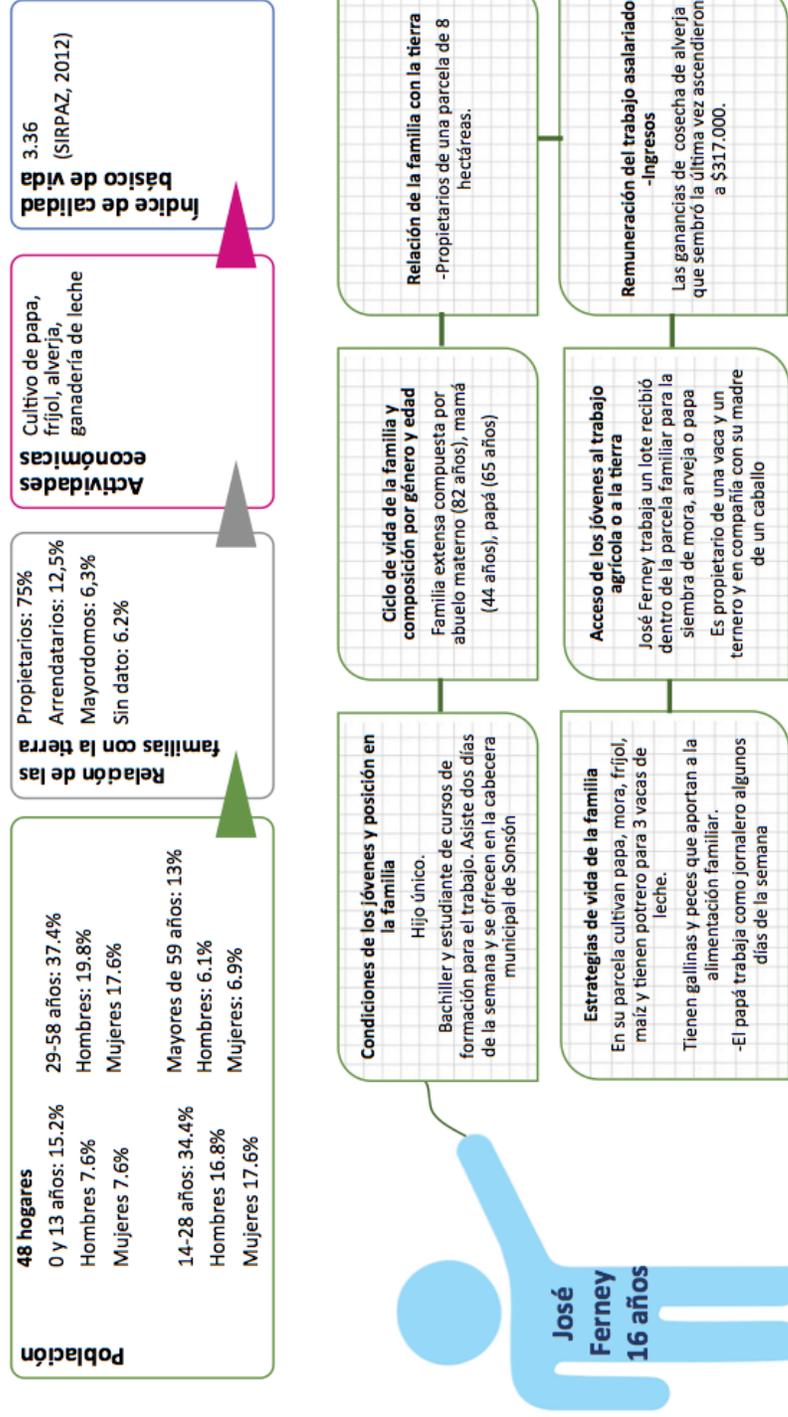
La vereda se localiza a 30 minutos de la cabecera municipal de La Unión a través de una vía secundaria pavimentada que une este municipio con el de Sonsón. De esta vía se desprenden dos carreteras terciarias que atraviesan la vereda. El transporte hacia y desde La Unión se realiza en moto taxis o carros colectivos.





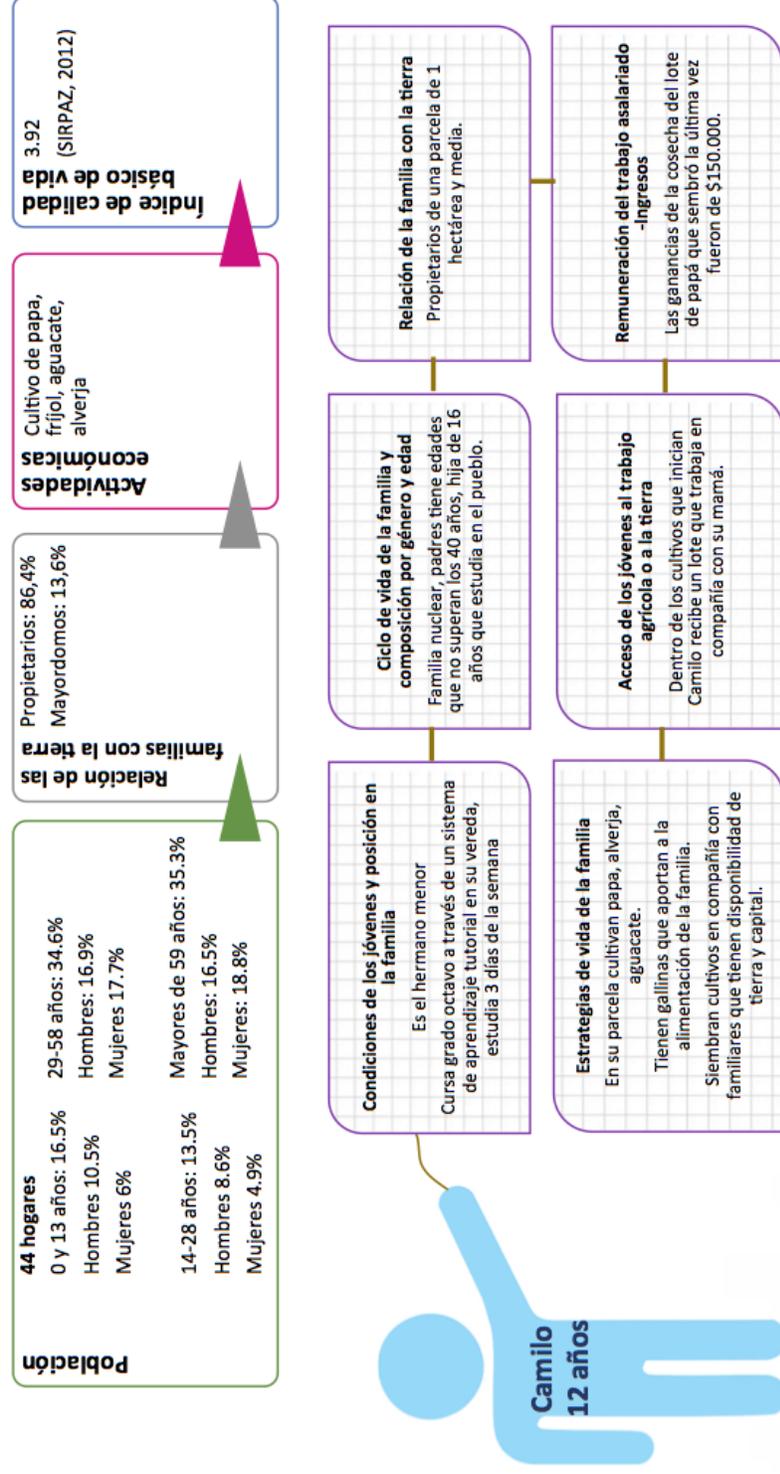
Municipio de Sonsón, Vereda San Francisco

La vereda se ubica a una hora de la cabecera urbana del municipio, después de llegar por una vía secundaria pavimentada que comunica a Sonsón con los municipios de Nariño y Argelia se desprende una carretera terciaria por la que se llega a la vereda en un recorrido de 30 minutos. El transporte hacia la vereda se realiza en carros colectivos los fines de semana, los demás días el transporte llega hasta donde se desprende la vía terciaria a la vereda.



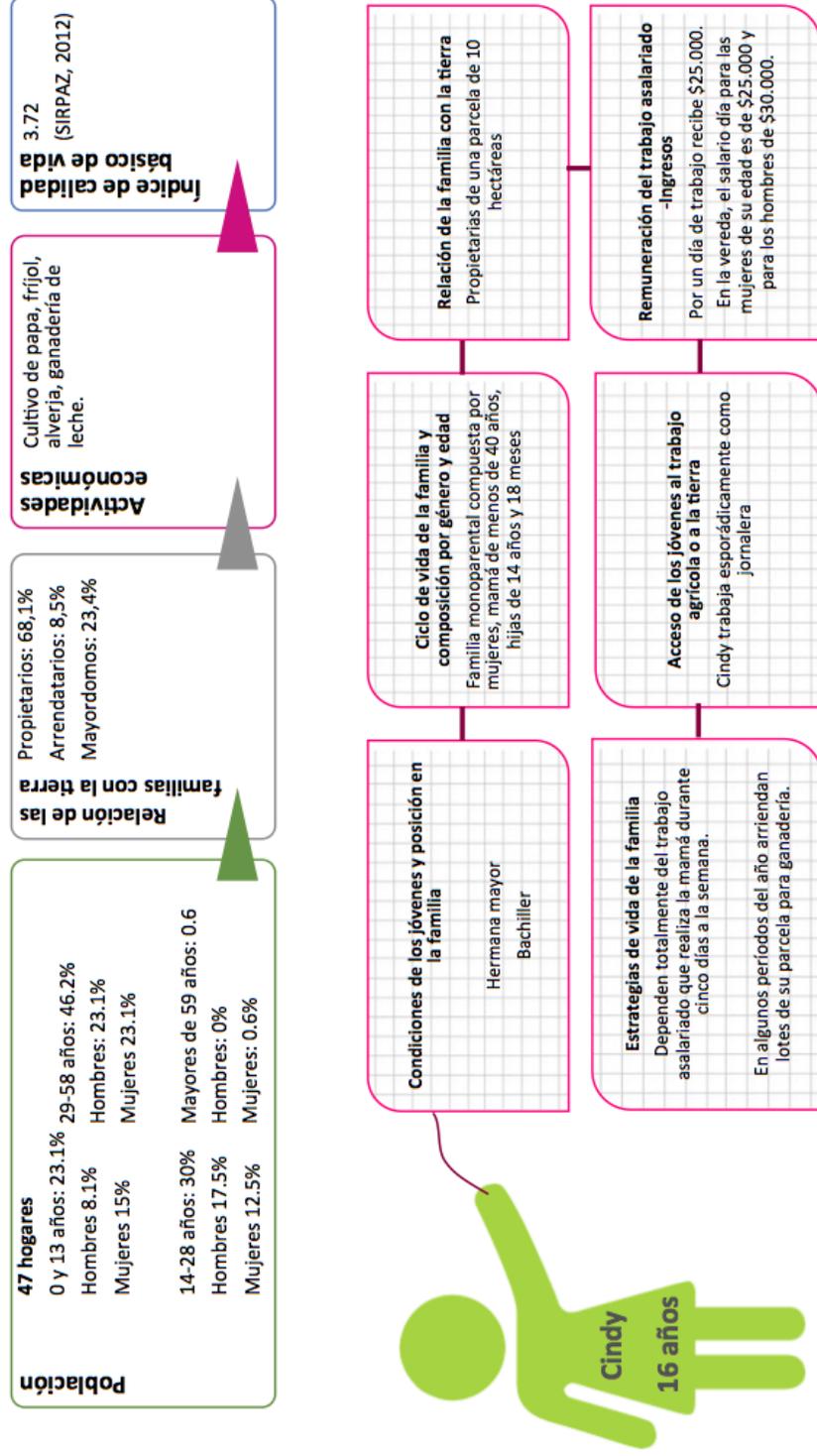
Municipio de Sonsón, Vereda Llanadas Santa Clara

La vereda se localiza a una hora y media de la cabecera municipal de Sonsón en un recorrido que se hace por una vía terciaria. El transporte se realiza a través de carros escalera que llegan a la vereda cinco días de la semana.



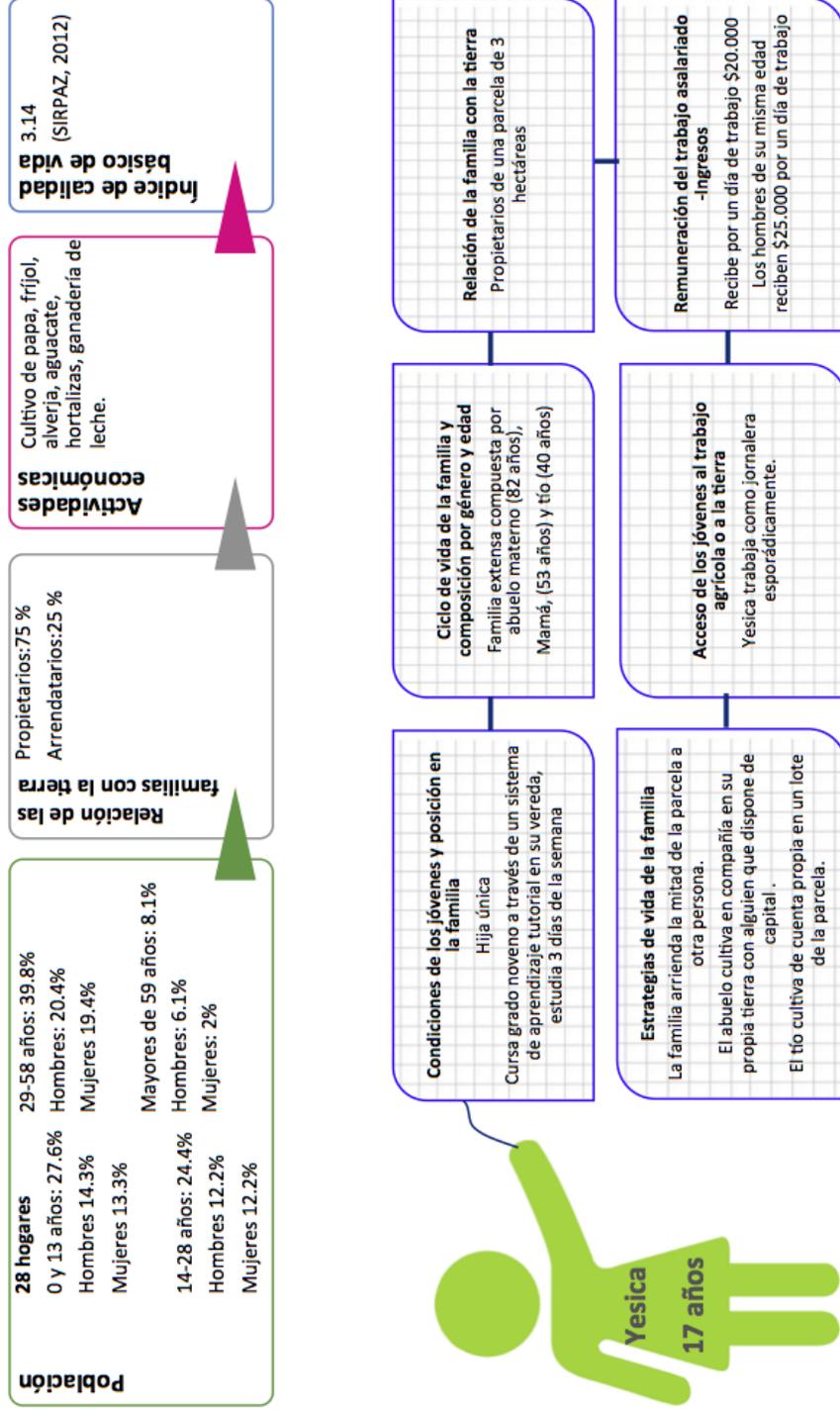
Municipio de Sonsón, Vereda Roblalito A

La vereda se localiza a 1 hora de la cabecera municipal a través de una vía terciaria. El transporte se realiza en carros escalera que van a la vereda los fines de semana.



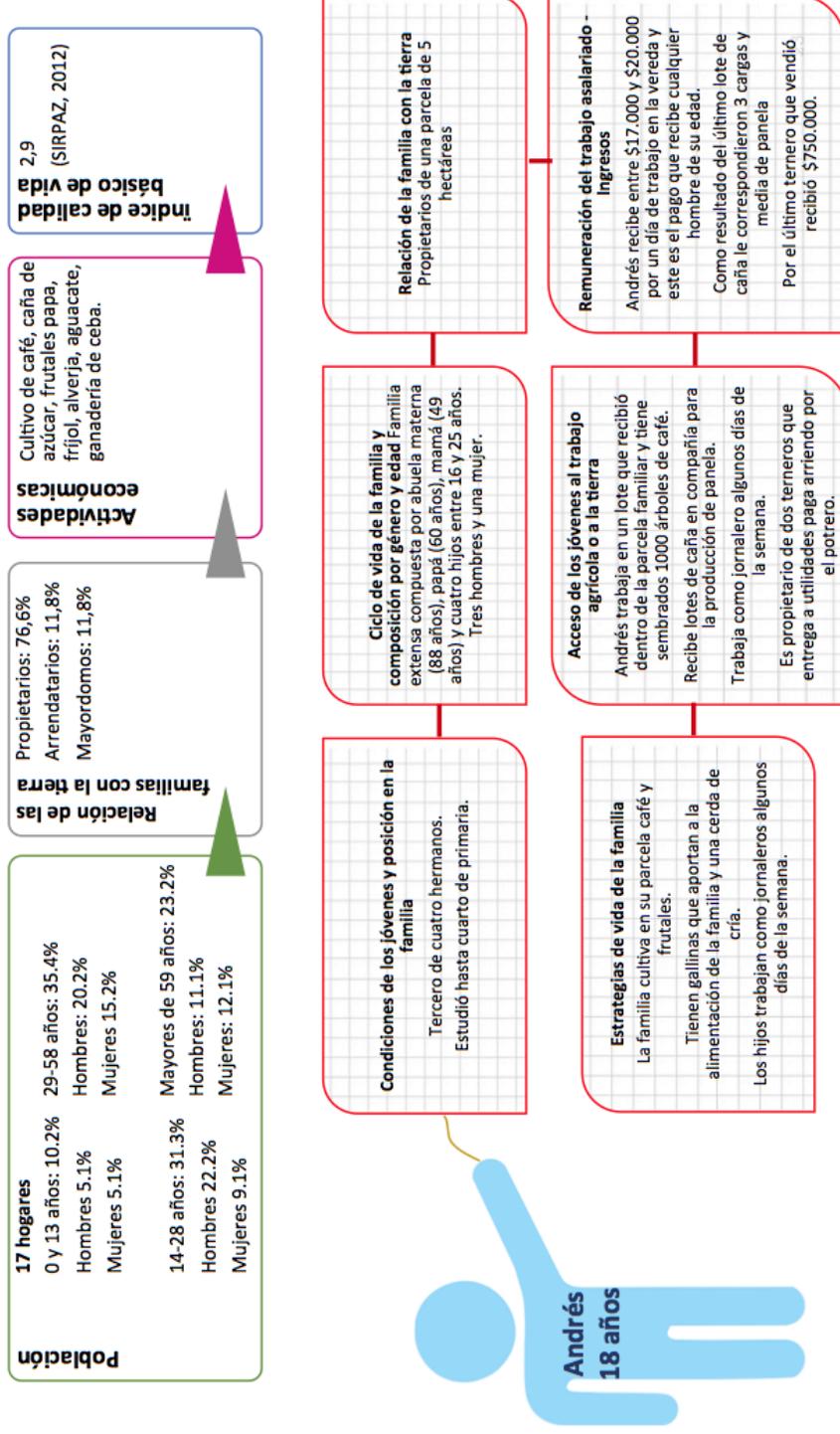
Municipio de Sonsón, Vereda Manzanares Abajo

La vereda se localiza a 1 hora de la cabecera municipal, tras un recorrido de 15 minutos por la vía que comunica a Sonsón con la capital del departamento se desprende una vía terciaria cuyo recorrido hasta la vereda tarda 45 minutos. El transporte se realiza en carros colectivos que llegan dos veces al día a la vereda.



Municipio de Sonsón, Vereda El Chirimoyo

La vereda se localiza a 3 horas de la cabecera municipal, el recorrido se realiza en un carro escalera que llega hasta un determinado punto y luego se continúa en mula o caminando. El carro escalera presta su servicio cinco días a la semana con una frecuencia diaria.



2. MEJOR QUEDARSE EN EL CAMPO

Brayan: "Me gusta trabajar porque con el dinero uno puede conseguir las cosas que necesita"



Fotografía: Amanda Orjuela

Brayan y su familia viven y trabajan en calidad de mayordomos en una finca de 76 hectáreas donde llegaron hace 10 años, tras vivir en otras veredas y municipios a causa del desplazamiento forzado que enfrentaron en 1998.

Brayan tiene 13 años y es el segundo entre cuatro hermanos hombres de 15, 11 y 9 años; cursa sexto grado en el colegio de una vereda cercana, pues en la suya solo se ofrece la primaria. "Mi papá sale a las siete a rozar, a cercar, a darle vuelta al ganado. A nosotros nos toca madrugar, ordeñar las vacas y despachar la leche y nos vamos a estudiar (...). Mi papito (abuelo) vive un poquito más lejos, la casa más bonita; tiene una huerta, acá no hay huerta, acá lo que hay es ganado y ya. En cambio uno allá en lo de papito, uno puede sembrar lo que uno quiera (...) cuando voy a estudiar ellos me ayudan con las tareas"

Por la administración de la parcela reciben un salario mínimo⁷ y en el trabajo participa toda la familia. Su papá se encarga de administrar los pastos, cuidar el ganado y rendir cuentas sobre los arrendamientos de los potreros al propietario. De acuerdo con Brayan, su mamá "trapea, barre, recoge los reblujos⁸, organiza la cocina, mi mamá hace de comer, a veces nosotros le ayudamos, pero muy poquito, nosotros gariteamos⁹ unas veces y ya". Además se hace cargo del cuidado de las gallinas y de llevar los alimentos hasta el lugar donde se encuentre trabajando su esposo o sus hijos cuando es el caso.

⁷ Que equivale a 617.000 pesos colombianos, alrededor de 300 US\$.

⁸ Designa el desorden o aquello que mejor se conoce como rebujo.

⁹ Consiste en llevar los alimentos desde la casa hasta el lugar de trabajo.

Desde niños los padres han vinculado a Brayan y sus hermanos a las labores de la parcela y la casa, aunque estas últimas son marginales dado que son hombres. Para el padre, "les enseño que no sean perezosos, y así ellos hagan poquito, con esto se están ganado ustedes el pan" y para la madre es importante que "sean hombres responsables, honrados (...) que no cojan malos vicios". Así los hijos ordeñan las vacas en las mañanas y tardes, algunas de ellas propiedad de la familia y los sábados salen con su padre a rozar o cortar las malezas del pasto. Aunque estas actividades se distribuyen entre todos los hermanos, el mayor decidió retirarse de la escuela y ahora trabaja con su padre. Según el papá de Brayan: "Yo me los iba llevando, ellos decían yo ordeño esta vaca (...) los dejaba que ordeñaran poquito, yo no los forzaba, ellos iban donde mí con un machetico y ellos así cortaban la maleza, pero al mayor sí hay que exigirle más porque ya va para 15 años; no le gustó estudiar".

En vacaciones escolares, a mediados y fines del año, Brayan trabaja también como jornalero en algunas fincas de la vereda. En cultivos de papa "yo cojo por ahí diez moños al día, no, póngale por ahí nueve, es lo máximo que he cogido; y eso lo bajan y pagan a mil doscientos (pesos) la moña"¹⁰. Ese es un valor menor al pagado a quien puede cargar la cantidad recogida hasta el lugar donde reúnen la cosecha. Por un día de trabajo que comienza a las siete de la mañana y termina a las cuatro de la tarde, Brayan recibe máximo 12.000 pesos, que es la mitad del pago que recibe un adulto en la región. En las vacaciones pasadas Brayan trabajó en un cultivo de frijol y recibió 300 pesos por kilo recolectado logrando en cinco días el equivalente a tres días de trabajo en el cultivo de papa.

"Me gusta la ordeñería (ordeño) y los cultivos porque uno (...) como que ve los pájaros cantando". Aunque expresa algunos reparos: "Nos toca levantarnos a las tres y media de la mañana para ir a ordeñar, eso es como uno casi durmiéndose ahí para ir a ordeñar esa vaca, pa' bajarla sí que es un problema, eso toca ir con una linterna y buscarlas, a veces se pierde un animal y se va pa' otra parte y a uno le toca qué pasarla". El que menos le gusta es el trabajo en los potreros.

"Me gusta trabajar (...) porque con el dinero que uno saca puede conseguir las cosas que uno necesita o para un día especial como el día del padre, el cumpleaños. También para salir a pasear... Me compro lo que yo necesito y doy pa' la casa;

¹⁰ Equivalente a 0.60 centavos de dólar.

compro la ropa, los zapatos, los tenis, la chaqueta, lo que necesito lo compro". Tener capacidad de compra es muy atractivo, si bien los patrones no siempre son amables. "Uno no puede dejar una pisca de frijol porque ahí mismo lo regaña. Hay otro patrón que es el de la papa, que es muy gruñón; eso le explica a uno pero con mucha rabia, es como muy chocante entonces como que ya no seguí trabajando con él".

El trabajo como mayordomo tiene sus limitaciones. Según Brayan el patrón es muy amable; "decide qué vamos hacer, qué vamos a sembrar, a veces nos toca pedirle permiso al patrón para ir a alguna parte a pasear, salir la familia". Los padres expresan sus insatisfacciones también. "El otro no trabaja y se lleva la mitad, en cambio usted tiene que dar tres golpes pa'l patrón y uno pa' usted" dice don Virley. Pero hay otras dificultades cotidianas. "Sale ella o salgo yo, o salimos los dos pero dejando quien cuide; (...) esta coloca es buena y es maluca, pero usted tiene que sacrificarse por algo" precisa Don Virley. "Yo quisiera tener una lavadora, cierto, pa' uno ahorrarse más trabajo de esa ropa y entonces no puedo porque el patrón, como él es el que paga la luz, no nos deja tener lavadora, ni nada de eso. Me gusta tener un horno microondas, quisiera un horno o una estufita porque pa' uno hacer pollo asado, tortas, o hacer cosas que uno hace el esfuerzo de hacer cosas como distintas, pero como no puede tener uno eso. O una ducha, porque la ducha es muy relajante, un baño con agua caliente, pero entonces no, no puede uno" amplía la madre.

La familia es propietaria de un lote de 400 m², heredado por el padre de Brayan, que está ubicado en otra vereda del mismo municipio. Allí construyeron una vivienda pero necesitan tierra para trabajar, por eso no viven allí. Hacia el año 2000 la familia debió abandonar la vereda por la guerra, enfrentando cambios abruptos y difíciles. Tener un trabajo y un techo hoy es muy importante. "Aquí estamos más estables, porque es que vivir rodando por ahí con los niños, entonces es muy maluco, y gracias a Dios aquí nos ha ido bien y estamos mejor" afirma la madre de Brayan. Y don Virley enfatiza: "Yo aquí económicamente vivo mejor, [...] dicen que ganarse un sueldo es ganarse un jornal, es mentira ¿por qué? porque usted aquí tiene la pensión, tiene la prima, las cesantías¹¹ y el subsidio de los niños. Allá (en la casa) me toca de un jornal y las vacas, pagar pensión, mercar y trabajar; entonces yo digo sería un error. Pero si yo aquí me

consigo más vaquitas, yo las cesantías las tengo guardadas y voy acumulando más cesantías, de pronto en vuelta de cinco o diez años, yo tengo un buen dinerito ahorrado, pienso yo, esa es mi meta".

Los sueños de la familia giran en torno a conseguir la tierra. Brayan se imagina el futuro con su familia "en una casa bien grande, de segundo piso, con piscina, una cocina bien grande y viviendo toda la familia, como sembrar el maíz, la papa, la papa criolla, tomate, muchas cosas y ordeñar". Tener tierra propia es importante para "que uno puede sembrar todo lo que uno quiera, en cambio que el patrón le tiene que ordenar a uno qué es lo que tiene que sembrar".

"Yo sé que cuando están grandes los hijos escogen" afirma doña Sandra, madre de Brayan, pero señala que preferiría "que se quedaran en el campo, con una familia, que tuvieran su familia, bien organizados y en el campo". Su esposo considera que la única razón para vivir en el pueblo o la ciudad sería el estudio para sus hijos; pero además la ciudad requiere estudio: "yo me llevo al mayor para una ciudad o pa' un pueblo y ¿qué lo voy a poner a hacer?"

"Nosotros estamos bregando, luchando para que el día que nosotros salgamos de acá vayamos a la propiedad y que ellos no tengan que jornalear, no tengan que vivir de otro, que eso es muy maluco, a que lo humille, a que el día menos pensado los echaron, que ellos tengan lo de ellos", señala doña Sandra. "Yo muy orgulloso de que los hijos trabajen el campo, pero ojalá sea de cuenta de ellos, por eso es que yo estoy montando las vaquitas" afirma don Virley. Y aunque cifra las esperanzas de conseguir una tierra propia a partir de su trabajo no desconoce las barreras para hacerlo. "Está muy costoso (...) una cuadra vale dizque diez millones de pesos. A usted ¿cuándo le va a quedar diez millones de pesos? Bendito sea mi Dios. ¡Eso ya por el campo ser tan bonito pero la paga muy mala!"

¹¹ En Colombia son una prestación que el empleador debe pagar a sus trabajadores para ser utilizadas en caso de quedar cesante.

Andrés: "en la vida hay que buscar cómo le va a uno mejor"

Andrés tiene 18 años y vive con su mamá de 49, su papá de 60, su abuela de 88 y su hermano menor que tiene 16 años. Además tiene dos hermanos mayores, un hombre y una mujer, que formaron sus propios hogares. Abandonó la escuela cuando cursaba cuarto de primaria y desde entonces se dedica a las actividades agrícolas y se hizo responsable de la parcela familiar ante el deterioro de la salud de su padre. Son cinco hectáreas donde cultivan café, yuca, maíz, plátano y frutales. Algunos días trabaja como jornalero en fincas vecinas y ha tenido en compañía algunas reses y lotes de caña de azúcar para producir panela.



Fotografía: Amanda Orjuela

Antes vivían en otra vereda, de las más alejadas del pueblo y hacia finales de la década de 1990 la guerra los obligó a dejar todo. "Nos vinimos de por allá y eso allá lo dejamos. Papá dijo: nadie se ha muerto de hambre, vámonos, imposible que no seamos capaces de mantenernos (...) hambre no hemos pasado hasta hoy, vivimos muy bueno por acá, mucho más bueno que por allá" cuenta Andrés. La madre recuerda los diferentes lugares que han habitado luego del desplazamiento. "En Sonsón estuvimos quince días donde una comadre mía (...) y ya nos vinimos pa' l Totumo. Imagínese que allá nos estuvimos nueve años, a los nueve años nos fuimos pa' l Tigre, por allá estuvimos un año y volvimos y caímos al Totumo y ya del Totumo nos vinimos pa' acá", es decir a la parcela donde viven actualmente.

La parcela que tienen ahora la consiguieron a través de un subsidio del gobierno y aunque tenían la opción de comprar una casa en el pueblo, decidieron que querían una tierra. La madre fue quien estuvo al frente de este proceso y el título de la tierra está a su nombre. "Yo allá no tenía nada. El esposo mío

tenía y él dejó eso por allá. Ya resulté yo con la finquita y él al ladito mío, de todas maneras ahí estamos todos juntos, así como estábamos allá, estamos aquí, todos en común viviendo bien bueno. Lo de allá se quedó, yo no sé más".

"Mi mamá en la casa viendo los animales, una casa es bonito pero que tengan animales, sin los animales no se ven bonitas. Y yo si me mantengo trabajando y aquí casi el de todo, porque el otro hermanito mío estudia tres días y cuando sale viene a colaborar por ahí, y hay que ir rebuscando trabajo por toda parte, para ver cómo se entra la comida; por el momento estoy por allí cortando una caña para moler. Papá cuando está aliviado nos ayuda por ahí a ratos, pero cuando está enfermo no nos colabora, nos toca a nosotros. Cuando está aliviadito es mandándonos por ahí, cuando no, nosotros somos los que salimos".

Desde hace algún tiempo, Andrés y cada uno de sus cuatro hermanos tienen un lote que está claramente delimitado dentro de la parcela. Según cuenta su mamá "nosotros llegamos a trabajar en común y un día le dije a él (esposo) que me diera dizque pa' comprarme yo unos interiores¹² y me dijo que no tenía y le dije yo: y cómo pa' trago si tiene. No le contesté nada, se quedó callado y tampoco le dije más nada. Y después me dijo: eso parta, deme un pedazo a mí y a cada uno le da el pedazo y así fue".

En relación con su lote Andrés afirma: "Tengo café, los mil palitos y por los medios le tengo yuca porque en ese tajo de allá pa' abajo, es mucho sombrío y sol no da y pa' l maicito tiene que estar haciéndole buen calor y si no, no echan nada. En los mediecitos que dé buen calor, siembro yuca. Cuando uno menos piense, hay que arrancar ya; el tiempo va pasando muy ligero, va resultando qué comer por ahí, no necesita uno comprar". Todos cultivan café en los lotes y es decisión de cada cuál incluir otros productos. Mientras que Andrés optó por el café su hermano menor planea un cultivo de maracuyá. Cada quien trabaja en su lote, pero se colaboran cuando es necesario. Así lo señala Andrés haciendo referencia al lote de su hermano que vive en otra vereda: "cuando él viene por aquí nosotros le ayudamos a trabajar".

¹²Ropa interior femenina.

En el manejo del lote del papá, Andrés tiene una mayor responsabilidad y la asume con el apoyo de su hermano menor. “Hay un tajito de él, pero nosotros se lo trabajamos, por ahí conseguimos trabajadores”. Los ingresos que obtienen los hermanos mayores son para cada uno; su hermano menor los comparte con el papá y Andrés con la madre. “Yo compro cosas pa’ la casa, pa’ la cocina, y estoy comprando el cuidado pa’ las gallinas, que no les falte, y si alguna cosa saco por ahí fiada, pa’ pagarla” dice la madre señalando que es un acuerdo claro y recíproco.

Aunque haya división de lotes, Andrés se hace cargo tanto de las labores de producción como de la comercialización; transporta los productos en mula en un recorrido que puede tardar hasta tres horas. El “lleva la obligación”, es decir, decide sobre las actividades para garantizar la subsistencia de la familia pues es el encargado de la compra semanal del mercado. “Hace poquito que soy yo como el de la obligación. Primero era papá, pero ahora que ha estado tan enfermo dijo: usted es el que arrea esas mulas, usted es el que funciona con todos esos animales, entonces trabaje usted con lo que sea capaz, briegue (trate) a mantener las cositas bien tenidas y verá que no le va mal. Así he hecho y hasta ahora no me va mal”.

“Uno en la vida hay que buscarle cómo le va mejor (...) Lo bueno del café es que a veces a uno la va bien (...) deja platica, no mucha, pero a lo menos trabaja uno de cuenta de uno, tiene la comidita y no tiene que mantenerse jornaleando. Entonces eso es lo que uno busca, sembrar cositas por ahí pa’ no tener que jornlear mucho, sino que con lo que uno siembra se va bandeando, comprando las cositas que uno necesite. Dicen que el que jornlea es muy bueno que porque cada ocho días le dan platica, pero eso no, uno se pone a jornlear y es la finquita la que va pa’ l suelo, porque le está administrando es a otro, no a la de uno” afirma Andrés refiriéndose a su trabajo como jornalero. “Hay veces que jornleo dos días o un mero día. Cuando hay buena carga pa’ sacar en la finca no jornleo en ninguna parte. De pronto porque el otro esté muy acosado y pueda colaborarle, de resto trabajo acá”.

Hace algunos años Andrés empezó a trabajar en un trapiche panelero. “A uno le enseñan los que ya sepan contornear o pesar y uno viendo. Desde que tenga inteligencia, aprende fácil, donde uno vaya, ya no sufre, porque lo que lo pongan a hacer, ya uno lo hace. Porque pa’ uno aprender siempre es difícil, pero

después de que uno se desenreda bien, lo hace bien”. Desde entonces Andrés recibe lotes de caña de azúcar en compañía y se encarga de su procesamiento y administración. El conocimiento y habilidades de Andrés para la producción de la panela también le representan posibilidades de trabajo asalariado y con frecuencia trabaja en los trapiches de la vereda.

El criterio de diversificar la producción es claro en la práctica. Andrés también tiene animales y como en la parcela de la familia no tienen potrero les paga arriendo o los entrega en utilidades¹³, los considera su ahorro y han servido a la familia para cubrir un gasto inesperado. “Tengo al momento dos animales. Hace por ahí medio año, tenía tres animales, dos terneros, y el otro lo vendí, cuando eso estuvo papá muy enfermo en el hospital seis días, entonces debíamos una plata por ahí (...) Pa’ eso es que uno tiene los animales, pa’ cuando uno se vea mal, pa’ cubrir las necesidades. Si Dios quiere vuelve uno y consigue otro animalito. Por eso es que busca uno sembrar cositas, porque si le queda alguna cosa, usted compra un animalito, le da a uno utilidades y más adelante ve uno que eso sí sirve (...) Uno tiene que ir pensando la vida cómo va, porque la que ya pasó ya estuvo, ¿pero la que viene? Esa es la que uno tiene que ir pensando”. Por eso, planea con su hermano mayor construir un invernadero para la producción de tomate.

“Es mejor en el campo, hay más capacidad de trabajar por ahí a ratos. En cambio en el pueblo no hay nada que hacer. En cambio por aquí se siente con ánimos de trabajar” asegura Andrés. “Los del campo entran la comida al pueblo pa’ que los otros coman, porque si no fuera por los del campo, los del pueblo ¿qué comían pues?”. Su deseo es conseguir una tierra a través del trabajo. “Desde que a uno le den una cosechita y le va bien, uno va viendo qué queda y con eso va librando la otra, hasta que la libra del todo. Ese es el pensado de uno, librar una tierra por ahí, pa’ uno trabajar más cómodamente”. Y agrega, “tener bien administrada la finquita que uno tenga, porque uno entre más días, más viejo (...) y no llegue la vejez y uno solo por ahí, si en una parte le dan comida a gusto, en otra no”.

¹³ Trato con el propietario de la tierra que recibe el ganado o los animales, al inicio se establece un precio para el animal y cuando se vende se dividen las ganancias obtenidas de la diferencia entre el precio inicial y el precio de venta.

Llama la atención la manera como cada uno de estos jóvenes se refiere al campo, a las actividades productivas que desarrollan con una experiencia producto de la responsabilidad que han venido teniendo junto con sus familias. Son varias las reflexiones que suscitan las experiencias y testimonios de Brayan y Andrés:

Salir del campo no está en sus planes y hay una percepción optimista del campo como lugar para vivir. Es sin embargo Andrés quien pone en evidencia una multiplicidad de actividades tanto en la agricultura como en la ganadería, que permiten comprenderlas como estrategias de vida entendidas como las capacidades, valores y actividades que desarrollan las familias campesinas para proveerse sus propios medios y garantizar su existencia. Se trata de las prácticas que tienen las unidades familiares de cada clase o estrato social, en base a las condiciones de vida desarrollan de manera deliberada, o no, ciertos comportamientos, encaminados a asegurar la reproducción material y biológica del grupo (Torrado, 1981: 205). Tales estrategias son acciones sociales contingentes frente al mercado, al Estado y al deterioro ambiental, pero no constituyen estrategias políticas que rompan las estructuras del mercado y del Estado (Reyna & Moreno, 2005). Habría que añadir también que no se trata solo de la reproducción material que es sin duda fundamental y prioritaria, sino también de la reproducción socio-cultural e incluso política, lo cual supone no solo prácticas económicas.

La apuesta por diversificar e innovar la actividad agropecuaria, cuyos productos se orientan tanto al mercado como al consumo permiten una dinámica productiva amplia para disminuir los riesgos de los precios y sortear las dificultades. Es evidente entonces desde estos dos jóvenes que las actividades agropecuarias permiten vivir bien y se puede incluso acumular, eso sí trabajando de manera constante y responsable. Cada trabajo con los animales y los cultivos constituye una experiencia que va ofreciendo una mayor cualificación.

Las relaciones de poder y autoridad con los patrones claramente restringen la autonomía personal y familiar más allá del ámbito laboral mismo. Trabajar como mayordomos, empleo que ambas familias han experimentado, muestra lo invasivo que se vuelven las decisiones de los patrones en los ámbitos de la vida personal y familiar, durante 24 horas todos los días de la semana. Esta situación que persiste en el caso de Brayan y su familia, constituye una apuesta que se toma en función de conseguir los recursos

para adquirir una tierra propia, horizonte que se constituye en el propósito cotidiano de cada uno de los miembros de la familia. Por ello, la mayordomía es una oportunidad temporal con costos para el bienestar de la familia en términos de sus decisiones y el manejo de su espacio doméstico, una queja generalizada de los diferentes miembros de la familia. Sin embargo, parece haber una especie de pacto para continuar en aras del proyecto familiar. Pero además, el caso del papá de Brayan es excepcional en términos de las condiciones laborales en la medida que tiene las prestaciones obligatorias para poder tener una pensión, situación que es inusual en los trabajos agrícolas. La sensación de humillación y de control que se asoma en algunos de los comentarios sin duda refuerza la idea familiar de conseguir una finca como deseo de un futuro mejor.

Es evidente una tensión constante entre trabajar en lo propio y jornalear, esto en el caso de Andrés que dispone de la tierra que recibió de su padre para aprovechamiento. El jornaleo permite un acceso monetario inmediato que resuelve gastos en la familia. Sin embargo, el costo se traduce en el descuido de sus propios cultivos, que no generan ingresos monetarios permanentes. En este sentido, la cuestión es mantener un equilibrio entre ambas actividades y buscar su complementariedad de acuerdo con los ciclos de los cultivos.

Las historias de Andrés y Brayan permiten conocer una serie de arreglos que no son monetarios pero sirven para ahorrar y producir a través de intercambios de trabajo y de semovientes. La “compañía” o el ganado a utilidades que se da para levantar entre dos socios un vacuno, se constituye en una muy buena posibilidad para facilitar de manera compartida el ahorro a través de un animal que va engordando y que va con las crías aumentando el patrimonio tanto para quien lo cuida, como para quien es el dueño. Esta estrategia es frecuente en el campo colombiano y se da entre pares, es decir, no se trata de relaciones marcadas necesariamente por una asimetría de poder. Para su buen funcionamiento se requiere construir una relación de responsabilidad y de confianza que permita avanzar en el negocio.

Los dilemas entre estudiar y trabajar están a la orden del día para algunos jóvenes, hombres y mujeres. La enfermedad de los padres, la falta de recursos económicos y otras dificultades llevan a poner en la balanza estas dos actividades. Para el caso de Andrés, el dilema se resolvió muy pronto en la medida en que

fue él quien relevó a su padre frente al trabajo y administración de la finca con bastante éxito. Las alianzas que ha construido con sus hermanos mayores y con su madre para el trabajo, el dinero, el ahorro, se fundamenta en un vínculo de reciprocidad que facilita su continuidad. Es indudable que en su familia Andrés se ha constituido en un motor no solo para el trabajo, sino también para las iniciativas y las decisiones. Brayan, por su parte, mantiene un vínculo con el estudio. El dilema entre estudio y trabajo agropecuario, sea en la finca propia o como jornalero, no es solo de los jóvenes sino también de las familias en su conjunto, incluyendo a los padres. No se trata solo de las dificultades de hacer ambas cosas, sino del sentido excluyente que se ha construido al respecto: por una parte, continuar los estudios exige abandonar el campo. Pero además, el estudio es importante y necesario en la ciudad pero en el campo, incluso sobra.

Es claro en estas familias, como en muchas otras de la región y del país, el valor del trabajo como una "ética" que permite formar buenas personas. La generación de ingresos adicionales, que otorgan cierta autonomía individual para administrarlos, tiene además una satisfacción personal que es reconocida por el entorno familiar. En esta medida, la participación de los jóvenes en el mercado laboral con pagos que son menores a los de los adultos, parece estar bastante legitimado como una estrategia económica, de formación y de autonomía. La discusión sobre el carácter precario y explotador del trabajo queda entonces excluida tanto a nivel familiar como comunitario. Para los jóvenes contar con ingresos que les permitan darse un gusto, aportar a su casa y tomar decisiones, es también un hecho importante que les confiere una posición reconocida en la vida familiar.

La composición familiar tiene mucho que ver en los desafíos de las familias rurales para autoabastecerse y generar alguna acumulación progresiva. El predio propio es, sin duda, una base importante sobre la cual hay que situar una serie de condiciones del ciclo de vida familiar, la composición de la familia en términos de género y edad y las condiciones de salud que permitan, sobre la base de la tierra propia, intensificar el trabajo como recurso propio. Esa ventaja comparativa es evidente en las familias con hijos varones, como lo podremos confrontar en algunos de los apartes siguientes.

El desplazamiento forzado ha sido una experiencia que han vivido estas dos familias. La pérdida, el dolor y las penurias que guardan en sus memorias, constituyen referentes relativamente próximos para contrastar la situación material que viven ahora. Ambas familias perdieron sus tierras que debieron abandonar para salvar sus vidas y que forman parte de los seis millones y medio que se calcula han sido abandonadas entre 1980 y julio 2010 (Comisión de seguimiento a la política pública de desplazamiento forzado, 2010). En el caso de la familia de Brayan, para situarse en un proyecto colectivo de volver a tener tierra propia para producir, a partir de un esfuerzo también colectivo para acumular en un empleo que, para la realidad rural del país, tiene condiciones ventajosas. En el caso de la familia de Andrés, para asumir también colectivamente la explotación juiciosa de una parcela que pudieron adquirir por parte del Estado, una situación también excepcional frente al común de familias desplazadas colombianas. Podría afirmarse que son dos casos de éxito relativo de estabilización económica luego del desplazamiento forzado, una posibilidad escasa para las familias que han sufrido la dura experiencia de abandonar sus predios por causa de la guerra.

Los testimonios de Andrés y Brayan se sitúan en un momento determinado bajo unas circunstancias de tipo personal y familiar. Difícilmente puede hacerse una generalización siquiera al grupo familiar mismo. Quiere esto decir que la posición de hermano mayor de Andrés, lo ha situado como relevo paterno y, por lo mismo, le confiere deberes pero también derechos en la vida familiar. ¿Qué camino y decisiones tomará su hermano menor? Y en el caso de Brayan, ¿qué expectativas pueden tener sus hermanos? Hay que recordar que el lugar que se ocupa en la familia tiene un valor específico también frente a estos legados paternos y posibilita o restringe asumir, aceptar y también transgredir tales legados. Los mismos límites de la tierra para generar ingresos suficientes llevan a generar rutas distintas para que, por ejemplo, a quien tiene un mejor desempeño escolar se le facilite desde el conjunto familiar la posibilidad de seguir estudiando en la ciudad.

Quedarse en el campo o partir hacia la ciudad. He ahí un dilema que para los jóvenes del campo está rondando con frecuencia, sea de manera implícita o explícita. Está en los mensajes velados y también directos de sus padres, abuelos, tíos, maestros y vecinos. Pero también procede de su pares, las y los otros jóvenes que van tomando sus decisiones y con sus caminos, van creando y recreando modelos y posibilidades sobre las ventajas y desventajas de vivir en uno u otro lado, de ir y volver, de ensayar e ir encontrando su propio lugar en uno u otro lado. Podría decirse, a manera de hipótesis, que ese dilema que se concentra en los jóvenes constituye un indicador importante de los pensamientos, valoraciones y expectativas de cada familia y de la sociedad rural en su conjunto frente la representación que construyen de la dualidad campo-ciudad en sus vidas presentes y futuras.

3. MEJOR SALIR A LA CIUDAD

“La china que yo tenía se fue p’á la capital, de nada valió quererla pues no quiso regresar. Se fue a pasar unos días dizque donde un familiar, pero también a mi china se la trago la ciudad. Se visten de arriba abajo se ponen no sé qué más, cambian de camina’o y hasta la forma de hablar. Me imagino yo a mi china preguntando que será, eso que llaman arepas, mazamorra y rebancá”.

(Fragmento, “La china que yo tenía”, Jorge Veloza, Los Carrangueros de Ráquira)

Camilo: “Lo que más he querido en la vida es ser un futbolista pero ya mi papá y mi mamá me dijeron que no. No me gustaría quedarme en la tierra, es muy difícil, pues le toca trabajar muy duro para uno poder sobrevivir”

Camilo tiene 13 años, cursa grado octavo en su vereda a través de un sistema de aprendizaje tutorial, estudia tres días y los demás trabaja. Su hermana, un par de años mayor, vive en la cabecera urbana del municipio desde que inició el bachillerato pues sus padres consideraron que allí tendrá una mejor educación. El acompaña a don Raúl, su papá, en las actividades agrícolas, cultivan papa, arveja, frijol, maíz y aguacate en una parcela de una hectárea y media que es propiedad de la familia y además tienen cultivos en compañía. Camilo también trabaja por su cuenta y en alianza con su mamá algunos lotes que su papá le entrega cuando inicia un cultivo.



Fotografía: Amanda Orjuela

“Mi familia es una familia muy unida, siempre hemos vivido acá en Llanadas. Mi papá y yo trabajamos la tierra (...) Mi mamá trabaja con nosotros y nos hace de comer y arregla la casa. La casa tiene cuatro piezas, una es la cocina, otra es la sala, otra es la alcoba y otra es la pieza donde duerme mi papá y mi mamá, yo duermo en la sala, mi hermana en la alcoba (...); en la sala está el televisor entonces yo todas las noches veo televisión”.

A esta parcela llegaron hace nueve años y el terreno donde hoy está la casa lo heredó don Raúl de sus padres. “Nosotros cuando nos casamos nos fuimos a vivir por allí de arrimados y después como que nos aburrimos allá y nos vinimos pa’ donde otra hermana mía que ahí duramos como veinte días; y ya de ahí una hermana (...) nos dijo que nos fuéramos a vivir a la casa de ella, allá duramos como cinco años; y ya después nos animamos aquí como hacer la casita, fuimos a la alcaldía a que nos dieran una ayudita allá y eso nos dio como ánimo y echamos pa’ delante” cuenta doña Estela, madre de Camilo. Recibieron cuatrocientos adobes que no fueron suficientes y su esposo “tenía por ahí como unos animalitos, unas vaquitas, entonces él vendió, cada vez que necesitaba iba vendiendo hasta que ya construimos la casita”. Tenerla representa para ella “la dicha más grande, uno llega a la casa de uno, por malita que sea, pues, no hay comparación”.

Además de su parcela, el papá de Camilo ha tenido “trabajaderos”, es decir cultivos de papa o frijol en compañía con otra persona que, por lo general, es uno de sus hermanos y que dispone de tierra. Tal como él lo describe, “uno es cosechero de ellos, ellos ponen el terreno y uno la mano de obra. Al principio ellos ponen la tierra, los abonos y la maquinaria para regar el terreno y ya uno pone la mano de obra y los venenos, los químicos. Entonces ya llega el proceso, ya a los cuatro meses o cinco, parten por partes iguales, si quedó pues alguna cosa, si no pues pierden, perderá más uno que los patrones”. Esta estrategia es necesaria pues “ya somos dos con el hijo mío entonces ya uno necesita más terreno, ya hay que buscar por otra parte” precisa el padre.

Recientemente la familia adquirió un lote que se suma a la parcela que recibieron por herencia y con ello esperan cambiar la estrategia. Según Camilo, “tenemos más en compañía pero ya papá piensa cómo trabajar este lote solos ya y como largar los “trabajaderos” que tenemos en compañía (...) el poquito tiempo que nos quede ya jornalear”. Según él, “cuando trabaja en compañía le queda muy poca plata, entonces es mejor trabajar nosotros”.

“Papá y mamá son los que piensan lo que van a sembrar, los abonos pa’ los aguacates y así” cuenta Camilo. Su mamá señala que las decisiones sobre la parcela son compartidas por ella y su esposo. “Él siempre me pregunta a mí, ve, vamos a sembrar una papita allí o ¿qué hacemos?, o le sembramos otro cultivo, pues como que siempre nos comunicamos (...) hasta que nos ponemos de acuerdo. A veces él está resuelto a sembrar una cosa y le digo yo: no, pero vea que tal cosa o viene más ligero y nos vamos como que comunicando más y ya así nos ponemos de acuerdo”. La madre es muy activa en la producción: “Uno coloca fibra, uno coge alverja, frijol, si me toca arrancar papa eso hago o si él tiene frijol pa’ aporcar pues yo también le ayudo, a descoger frijol, lo que sea. Yo mejor dicho hago todo lo que hacen ellos, no le rendirá a uno lo mismo pero si brego”. Reparte su tiempo con los quehaceres domésticos, alargando mucho más su jornada. “Cuando a mí me toca ir a trabajar yo me levanto más temprano, pues tengo que llevar desayuno, llevar el almuerzo, tengo que empacar, ellos se levantan y salen a trabajar, ellos no ayudan acá, ya uno llega por la tarde y ellos se sientan a ver televisión o alguna cosa y uno pa’ la cocina, que a arreglarles la comida, pues uno ve que el trabajo pa’ uno si es como más, pues como que tiene menos descanso”.

Mientras que a su hermana le enseñaron los oficios domésticos, Camilo aprendió las labores agrícolas desde que era niño. “Él (su papá) me explicaba y ya yo hacía lo que me decía y así; ya cuando me daba pereza me venía pa’ la casa. Él siempre me ha querido mucho pero ya uno trabaja todo el día, pero primero cuando estaba uno más chiquito cuando uno quería venirse uno se venía. Primero también trabajamos con mi papito (abuelo) y yo tenía un canastico chiquitico y yo cogía con mi papito, yo le ayudaba, él tenía muchos marranos y entonces le ayudábamos a llevar leña para que él cocinara papas o cidras para que los marranos comieran y nos manteníamos comiendo carne que él traía del pueblo”. También su mamá le “enseñó a coger alverja, porque yo primero cogía con una sola mano entonces ya ella me enseñó a coger con las dos manos”. Ese aprendizaje de las labores agrícolas en la familia es muy valorado. “Yo ya le decía al papá, tiene que llevárselo a trabajar porque si no se enseña a trabajar de pequeñito ya después de grande no va a salir de la casa (...) Camilo trabaja con el papá pero ya el día que el papá le falte, porque uno no sabe, él ya sabe defenderse, mejor dicho él ya se gana un jornal donde sea, él ya a la edad que tiene él ya fuera capaz de defenderse solo” cuenta doña Estela. Así ese aprendizaje es una garantía para su futuro.

Cuando inicia un cultivo Camilo recibe un lote que no es fijo, sino una parte dentro del cultivo más grande que funciona en interrelación completa con este. Se dan diferentes arreglos para establecer luego la división de las ganancias. Su mamá y su papá coinciden en que el principal sentido de entregar un lote a Camilo es lo que representa en términos del valor del trabajo. Ella expresa: “él tiene su lotecito y qué más que él se enseña a ser responsable y que tiene que ir consiguiendo las cosas pa’ él, que no es: deme tal cosa y que tenga y que tenga, sino que también él se esfuerce por conseguir, entonces más que todo que aprendan a trabajar también” y don Raúl considera que es importante porque “ya es capaz, ya se defiende a por sí mismo y sabe trabajarle, porque ya sabe que va a tener recursos ahí económicos, tener plata pa’ él y defenderse”. El lote ha representado para Camilo una posibilidad de obtener recursos y construir autonomía frente al uso de los mismos y se refiere así al lote: “bueno, porque así uno puede recoger plata para uno comprarse lo que quiere (...) cuando es el día por ahí de la madre les doy regalo, cuando son los cumpleaños de ellos y mecateo y compro ropa, zapatos, y quiero una moto”. Los resultados varían de una a otra cosecha.

El lote es muy importante para Camilo “para que uno aprenda a cultivarlo, por si uno no puede salir adelante con los estudios, aprender a trabajar bien la tierra”. Sin embargo, no es aquí donde se avizora en el futuro y su vinculación a las actividades agrícolas está relacionada con la imposibilidad de acceder a la educación superior. “Yo me imagino en una empresa o lo que más he querido en la vida es ser un futbolista pero ya mi papá y mi mamá me dijeron que no, ya que más bien quise como administrador de empresas, pero yo todavía quiero ser futbolista (...) No me gustaría quedarme en la tierra. Es muy difícil pues le toca mucho trabajo, trabajar muy duro para uno poder sobrevivir (...) cultivar es muy duro, tiene muchos gastos y si le va bien de pronto le queda alguna cosa o le queda pa’ pagar los gastos (...) pero si no es así pues ya le toca a uno es como prestar plata para uno pagar”. El futuro “yo me lo imagino con esto mismo acá pero como comprar más tierra, eso es lo que yo pienso (...) y ya pues si uno está por acá pues administrarlo, pero si uno no está dejar como un agregado¹⁴ y uno venir a pasear (...) No es tan fácil porque eso por acá como que es muy caro porque queda como cerquita del pueblo y es como muy buena la tierra”.

La educación es una apuesta clave para el futuro de sus hijos. Cuenta doña Estela que cuando se vende una cosecha “aquí en lo primero que se piensa es la niña que tenemos allá, en la pensión, que hay que cuadrar cada mes, a veces dejamos pasar hasta dos o tres meses, aunque si es complicado pa’ pagar (...) por eso me esfuerzo por esto y ellos me dicen, mamá no trabaje tanto yo me salgo pa’ trabajar con papá y uno dice no, que estudien (...) yo siempre he tenido como una ilusión grande, de que ellos sigan estudiando, porque el campo es muy bueno pero es que es muy duro trabajar, pues por una parte es muy duro trabajarlo y por otra porque el dinero que queda es muy poquito, a veces hasta se pierde incluso en la cosecha que uno saca, entonces esa es la ilusión que yo he tenido como que ellos sigan estudiando”. También comenta, pero “si van seguir estudiando pa’ quedarse por aquí no están haciendo nada, pues, porque por aquí no ve uno como proyectos de nada como pa’ ellos (...) la vida en el campo es muy buena, muy tranquila (...) pero si tuviera la forma si es mucho mejor como uno trasladarse a otra parte; por ejemplo, la niña ya con los proyectos que ella tiene de irse a estudiar a Medellín. Si uno tuviera la forma se iba con ella, ya uno dejaría la finca con una persona encargada”. El padre por su parte tiene más dudas sobre una migración de toda la familia: “dependiendo del estudio de los muchachos, dependiendo de cómo vayan avanzando, se ha pensado pero si hay que mirar muchas maneras porque el bolsillo a veces no alcanza, entonces el estudio es costoso y ya como la niña mayor ya va pa’ la universidad, ya es más difícil”.

¿Qué pasará con esta tierra si se van? “Uno cuando consigue alguna cosa no quiere venderla sino que eso le quedaría a los hijos. Yo cada rato les digo a ellos: el día que nosotros faltemos cuiden harto la tierrita que nosotros la quisimos mucho y ellos dicen, si nos vamos pa’ otra parte la casa no la vendemos, que ahí está pa’ las vacaciones (...) entonces uno le enseña a ellos que le tengan amor a las cosas de uno pues que con tanto esfuerzo consiguió” comenta la madre.

¹⁴ Un mayordomo, persona que se hace cargo de la administración de una parcela cuando sus propietarios están lejos o viven en otro lugar.

Juan Fernando: "Pa' uno conseguir algo tiene que irse para la ciudad, para tener más aspiraciones"

Juan Fernando tiene 16 años y su familia está compuesta por su papá de 45 años, su mamá de 43, su hermana de 19 y su hermano de 14 años. Viven en una parcela propia, su casa está al borde de la carretera que conduce al pueblo, en una de las veredas que rodean la zona urbana de Sonsón y que además de las actividades agropecuarias, tiene una importante vocación turística. Cursa grado décimo en el Instituto Técnico Industrial del municipio y estudia durante toda la semana; acompaña cada mañana a su padre en el ordeño de unas veinte vacas y apoya a su mamá en la cría de cerdos.



Fotografía: Amanda Orjuela

En algunos períodos la familia debe arrendar un lote contiguo a su parcela, ya que a veces resulta insuficiente para el ganado; además, cuentan con otra tierra en una vereda cercana. La familia siempre ha vivido allí y con el recrudescimiento de la guerra a finales de la década de 1990 fue de las pocas que no salieron y acudieron a estrategias para resistir este período. Cuenta doña Edilma, madre de Juan Fernando: "nos desplazábamos en las noches a dormir donde los abuelitos de él (Juan Fernando) por la noche era el miedo, esa soledad y nos tocó irnos a dormir por fuera como dos meses; no fuimos capaces de irnos y dejar lo que teníamos". En esta vereda viven también los tíos y el abuelo de Juan Fernando, lo cual ha permitido redes de solidaridad y trabajo compartido con la familia de su mamá.

Según doña Edilma, "desde siempre él (esposo) se ha dedicado a ordeñar, ese es sustento de nosotros, siempre las vacas. Primero compramos la casa y él ordeñaba de agregado¹⁵ y ya luego corrió con suerte y empezó a trabajar agricultura, a cosechar también en compañía con patrones, y la vida le fue dando la oportunidad de comprar la tierra, ya luego las vacas y ahí vamos gracias a Dios". La leche es vendida a una comercializadora regional y es la fuente de ingresos más importante. La familia tiene también parte de un negocio de restaurante y bar, en donde Juan Fernando ayuda algunos días. Mientras que él y su hermano trabajan en la finca y el negocio, su hermana es empleada de un almacén en el pueblo y nunca ha tomado parte de las actividades de la parcela. Aunque la mamá asume algunas de las tareas productivas, su hija no lo hace y para ella ese hecho constituye una de las diferencias más significativas en la relación que sus hijos y su hija mantienen con el campo. "Ella nunca se ha inclinado a los animales, ella no es: ah! mamá, venga yo la acompaño a echarle la comida a las gallinas porque ella al fin y al cabo ha sido la única hija, la verdad yo nunca la enseñé". Este asunto se relaciona con la percepción que doña Edilma tiene acerca de la vida en el campo para los hombres y las mujeres: "yo pienso que los hombres son más llamados a trabajar en el campo, están enseñados, pero a las mujeres sino me gusta".

"Hace nueve meses (los dos chicos) están estudiando y al mismo tiempo trabajando. Juan Fernando madruga en las mañanas, se levanta a las cuatro y media y Henry llega de estudiar, almuerza y sale a ordeñar con él (papá) por la tarde. A mí sí me parece triste eso de que ellos se hayan tenido que dedicar a ordeñar, porque hace unos años hemos tenido siempre ordeñador y ellos se dedicaban solamente a estudiar. (Pero) las personas no se responsabilizan de las vacas como ellos", comenta la madre. Sin embargo, encuentra que éstas actividades aportan también a su formación, más aún durante este período de la vida "pensamos que es muy importante por ejemplo él (Juan Fernando) que ya está en plena adolescencia, nos gusta que se mantenga por aquí entretenido, le da a uno mucho miedo, porque ya empiezan los malos vicios".

"Antes no era si no responder por las tareas, porque no perdiéramos materias y ya ahora nos pusimos a ordeñar y fuimos aprendiendo; él (papá) nos fue enseñando hasta que aprendimos todo lo que sabemos" señala Juan Fernando. "Nos

¹⁵ En calidad de mayordomos, ordeñando las vacas de otra persona, un patrón.

dice un profesor que a los campesinos siempre los desacreditan por ser campesinos, pero nos dice que sin los campesinos las personas de la ciudad nos serían nada, por los campesinos se produce la comida. Yo he vivido toda la vida en el campo, no me da pena, en el colegio me dicen que si yo ordeño o si trabajo y yo digo que sí". Aunque le gusta también le parece "esclavizante, a toda hora tiene que estar uno ahí al pie, porque si falta uno con el ordeño una vez, el ganado se enferma". Por ese trabajo hoy tiene ya dos terneras. "Papá me decía: yo no le doy plata por trabajar, le doy una ternera (...) uno tiene que empezar por algo, por ejemplo pasan dos años y las terneras ya crían y ahí tiene uno un ahorro y se gana una plata". Cuenta su mamá que con una venta reciente "él (Juan Fernando) está feliz porque dijo 'papá ya tengo la mitad de la moto'. "Los dos pensamos que hay crearles a ellos un futuro, que más adelante ellos digan: bueno, valió la pena trabajar desde tan temprana edad, porque luego van a tener lo de ellos", señala la madre.

"Yo aspiro a que más adelante tengan un buen trabajo, o que si van a tener su finca, digan: bueno, tenemos gente trabajando, que solo se dediquen a dar vuelta, que no toda la vida. Juan Fer por ejemplo ha dicho: yo no quiero estudiar más. Será que se sienten cansados y dicen: no vamos a estudiar, nos gusta más trabajar, he tenido muchos problemas con ellos por eso y yo les digo: no, primero tienen que estudiar". La madre no espera que sus hijos vivan allí, pero sí que conserven la parcela. Ella vislumbra la vida suya y de su esposo en el campo, pero no quiere para sus hijos la rutina y los ritmos que impone el ordeño. "No me veo viviendo en una ciudad, no me gusta; pienso que esta tierra es para ellos (los hijos) siempre. Yo digo: muy bueno que sea de ustedes, pero no se le esclavicen a ella como le está tocando al papá, que piensen distinto, que tengan otras oportunidades".

Juan Fernando encuentra argumentos para afirmar que su futuro no está en el campo. "Me gusta mucho, pero (...) uno conseguir algo tiene que irse para la ciudad, para tener más aspiraciones (...) el principal sueño mío es estudiar mecánica industrial, ya me toca irme para Medellín y si se me presenta la oportunidad, trabajar en una empresa (...) a mí no me gusta el estudio, es la verdad, yo no estoy si no por sacar la secundaria. Pero si se llega a presentar la oportunidad de irme a hacer a la ciudad un técnico, me voy, es como lo único que por ahora me interesa" señala.

La ciudad es un espacio que ejerce una enorme atracción como el lugar de realización personal y sobretodo de oportunidades que el campo no ofrece. Sin embargo, la realidad actual muestra que tales oportunidades son más bien espejismos. Es el caso del empleo. A nivel mundial "la tasa de empleo juvenil, estimada en un 12,6% para 2013, se acerca al nivel máximo registrado durante la crisis actual".

"Se calcula que en 2013 hay 73 millones de jóvenes desempleados. Al mismo tiempo, el empleo informal entre los jóvenes sigue muy extendido y las transiciones al trabajo decente son lentas y difíciles" (OIT, 2013: 4). Allí se llama la atención sobre una generación en peligro, precisamente por las condiciones precarias de empleo que enfrentan las y los jóvenes. Para los países en desarrollo, donde se encuentra el 90% de la juventud, el empleo escasea y el que hay presenta condiciones muy inseguras.

"Los trabajadores jóvenes a menudo reciben salarios por debajo de la media y ocupan puestos para los que cuentan con más o con menos competencias de las exigidas para desempeñarlo. En algunas economías en desarrollo, hasta dos tercios de la población joven está infrautilizada, es decir que los jóvenes están desempleados, trabajan en empleos ocasionales, probablemente en el sector informal, no forman parte ni de la fuerza de trabajo ni están recibiendo educación o formación" (OIT, 2013:2). De allí la categoría de los ni-ni, jóvenes que no trabajan ni estudian, dos actividades que resumen lo que la sociedad adulta espera que hagan las y los jóvenes, y lo que tradicionalmente han realizado. "En América Latina y el Caribe, por ejemplo, se calcula que en 2008 esa tasa se situaba alrededor del 19.8 por ciento" (Ibíd, 2013:6).

Camilo y Juan Fernando en el campo, no han vivido la experiencia ni-ni que empieza a preocupar a nivel global. Su vida ha transcurrido en sus hogares, cuyos padres se han esforzado para que, desde muy temprana edad, adquieran conocimiento y experiencia sobre las diversas actividades agropecuarias, que requieren un saber específico. El trabajo en la parcela no es solo la posibilidad de seguridad material, sino que actúa como un ejercicio preventivo frente a los vicios, tan temidos particularmente en estas edades. Muy rápidamente estos dos chicos han ingresado en una franja de jóvenes que tanto en el campo como en la ciudad, estudian y trabajan en horarios extendidos, que suscitan varias preocupaciones: ¿En

qué momento se divierten? ¿Dónde y cómo se dan sus tiempos de ocio? ¿Qué espacios para identificar y desarrollar sus aficiones y su creatividad les son permitidos?

Lo cierto es que su vida cotidiana está completamente ocupada en las muchas actividades que deben realizar. Ellos afirman que todo lo que han aprendido y realizan en términos del campo, les gusta y están de acuerdo en que es una forma de preparar su futuro si de pronto no encuentran un lugar en la ciudad, a donde dirigen sus esperanzas de ser alguien, idea que sus padres tienen también y que quizá les han inculcado en un balance que hacen desde su experiencia.

Los dos jóvenes están disfrutando el campo y desarrollan una serie de actividades con atención y responsabilidad. Su presente, de varias maneras, es satisfactorio pues incluso ya disponen de pequeños capitales sobre los cuales deciden. Sin embargo, el futuro próximo no lo imaginan allí, precisamente porque conocen de las dificultades, los ritmos de trabajo, las incertidumbres en las cosechas y el mercado. Sus vínculos con el campo parecen sin embargo fuertes, pues incluso la idea es poder seguir teniendo la tierra, pero sin trabajarla directamente y disfrutarla en las vacaciones. La perspectiva de la relación con la tierra es situada de manera próxima pero muy diferente a la que están experimentando en su infancia y adolescencia y distinta a la de sus padres.

Esa construcción de futuro próximo está imbuida de una valoración de la ciudad como el lugar que permite las realizaciones y sueños. Pareciera haber un corte muy definido por parte de los adultos para romper con una tradición de vida campesina. Es bueno para los adultos que quizá no se acomodarían a la ciudad, pero todo lo mejor que le desean a sus hijos, estudio, profesión, comodidades, un lugar reconocido en la sociedad, está enmarcado en un ámbito claramente urbano. Es ahí cuando el valor por la tierra por la cual tanto han luchado se convierte en un mero instrumento que garantiza ese futuro para las nuevas generaciones. El campo está ahí como reserva, como respaldo para edificar ese futuro urbano y los esfuerzos presentes que hace la familia para mejorar su situación económica, están orientados en buena parte a facilitar la salida de los jóvenes.

Ello se hace mucho más claro y coincidente, en ambas familias, para las mujeres jóvenes que no son incluidas en el aprendizaje agropecuario casero, porque o manifestaron muy pronto su

rechazo a tales trabajos y orientaron sus esfuerzos y expectativas hacia la formación académica que va acompañada de la salida hacia la ciudad. Si seguimos las reflexiones de Guaraná (2005), las mujeres jóvenes están mostrando con muchas más fuerza su búsqueda de distancia frente al hogar y a la autoridad paterna, y con ello al mundo rural, con todo el apoyo de los mismos padres, en el marco de un argumento legítimo y legitimado por ellos como es la formación profesional, como en el caso de las hermanas mayores de Camilo y Juan Fernando. Estas diferencias de género suponen, al parecer, que sobre la base de buscar un futuro mejor para las nuevas generaciones representadas en sus hijos e hijas jóvenes, las mujeres tienen mayores ventajas comparativas que los varones. Los esfuerzos de retención lo hacen los padres hacia ellos; en ese proceso, las estrategias de entregar parcelas, distribuir ganancias y reconocer económicamente o en especie esos esfuerzos laborales, son bastante eficientes. La migración rural urbana de las y los jóvenes entonces aparece como una suerte de "guión familiar" que orienta de manera explícita e implícita sus decisiones en torno a la intención de "ser alguien".

El gusto de Camilo por ser jugador de fútbol y el rechazo a esa idea, a la que él aún no renuncia, nos sitúa en el campo de las decisiones de las y los jóvenes sobre qué puede ser bien o mal visto por los adultos. Las vocaciones de las y los jóvenes constituyen con frecuencia un espacio bastante restringido, no solo por los costos, sino por la información y la presión de las familias para que se orienten por carreras, disciplinas u oficios considerados importantes, buenos, con estatus y buena remuneración. El imaginario que se teje al respecto pasa por las distorsiones de la información y por las modas que circulan por la televisión, entre otros medios. Por supuesto, estas decisiones constituyen un campo de mucha incertidumbres que no solo viven las y los jóvenes del campo; los ciudadanos pueden vivir situaciones semejantes, pero quizá pueden contar con mejores y más constantes recursos y referentes para tomar mejores decisiones. En la sección siguiente retomaremos esta discusión a partir de las historias de Norbey y José Ferney.

La ciudad es, en estas historias un punto de referencia constante para jóvenes y adultos. Pero ¿cómo se percibe y se imagina esa vida citadina? Habría que indagar mucho más en estos imaginarios y quizá experiencias de vida citadina que tienen los potenciales inmigrantes. No deja de ser interesante además, establecer puntos de comparación entre la vida cotidiana rural y

la urbana vistas desde las experiencias de las y los jóvenes. Un trabajo de Perea (2000) nos permite hacer ese puente para el caso colombiano. Se trata de un estudio sobre jóvenes raperos en algunos barrios del suroriente de Bogotá, cuyo “ensamble subjetivo de la autonomía dependiente entraña un ideal y unas formas de conexión con el mundo y los otros” donde “el papel capital del arte y las búsquedas expresivas” son fundamentales. Según el autor, “se trata de una subjetividad que no se deja atrapar en ningún marbete. Exige la desterritorialización tanto como el anclaje. Pide el afuera callejero tanto como el interior del sujeto” (2010:111). Sería muy interesante poner a dialogar los testimonios de las y los jóvenes de la ciudad, muchos de ellos inmigrantes o hijos de inmigrantes del campo.

Mientras Camilo y Juan Fernando nos recrean con el detalle de un ordeño o de cómo se cultiva un producto, donde la parcela es el espacio de socialización alterno a la casa y se vive fundamentalmente con el padre y los hermanos, Mario y Yeison en Bogotá se refieren a la calle como el escenario natural que remite a la libertad cotidiana “para hacer lo que quiera”. En esa mirada contrastada desde jóvenes situados en territorios urbanos y rurales, podríamos comprender mejor los puentes y muros entre el campo y la ciudad, la diversidad de lo rural y lo urbano, las dinámicas colectivas en tales entornos y las búsquedas específicas y comunes que trascienden el lugar habitado, para reconfigurar subjetividades que asumen su tarea de “exploradores de futuro”¹⁶ (Martín-Barbero, 2000:34) de sus propias sociedades.

4. ESTUDIAR PARA REGRESAR AL CAMPO

Norbey, “Ser alguien en el campo”

Norbey tiene 20 años y vive con su madre de 43, su padre de 44 y sus tres hermanos de 25, 22 y 3 años, en una tierra cuyo tamaño no supera una hectárea y de la que son propietarios. Cursa grado once en el colegio de la vereda, realiza actividades en la parcela, apoya a su madre en algunas labores y a veces trabaja como jornalero en cultivos de uchuva o papa en su vereda. Es vegetariano, en sus tiempos libres lee y le gustan los instrumentos de viento que ha aprendido a interpretar por cuenta propia. Quiere estudiar Ingeniería Ambiental e Ingeniería de Sistemas y desea seguir viviendo en el campo.



Fotografía: Amanda Orjuela

Su padre se dedica al trabajo asalariado por fuera de la parcela y algunas veces cultiva papa en compañía con otra persona. Su mamá se hace cargo de los quehaceres domésticos, el cuidado de su hijo pequeño y desde hace muchos años tiene unas cerdas de cría que representan su principal fuente de ingresos. El hermano mayor de Norbey trabaja en un cultivo de flores, mientras que su otro hermano se encarga de la parcela de la familia y en la semana trabaja otros días como jornalero.

La casa donde viven la construyeron sus padres en un lote que recibieron como herencia de los abuelos paternos de Norbey hace alrededor de 18 años y 4 años atrás compraron la tierra que hoy poseen con los ahorros del cultivo de papa y la cría de cerdos. El título de la tierra está a nombre de doña Dolly, la mamá de Norbey, y él considera que su aporte fue central en este proceso. “Yo digo que la platica era de ella y por eso digo que mi mamá se hizo a la tierra; ella era la que hacía eso (cría de cerdos), aunque a mi papá también le correspondían ganancias pero a él no le interesaba tanto la tierra y a mi mamá sí”. Allí cultivan

¹⁶ Testimonio de un joven.

papa, tienen una huerta con productos para el autoconsumo y dos vacas de leche. Además, administran la tierra de los abuelos maternos. La abuela, luego de un tiempo de viudez, decidió irse a vivir al pueblo con un hijo. "Mamá dijo ahí les queda la tierra, ya usted verá si ya quieren poner ganaito (ganado) o siembran, o sea ya es como si fuera de cuenta de nosotros trabajarla" señala la mamá de Norbey.

Tener una casa propia significó mucho, como lo cuenta ella, los tiempos anteriores no fueron fáciles. "El día que esté uno más amañado le dicen que necesitan la casa, porque así nos pasó (...) y nos tocó pegar pa'l rancho viejo, que se mojaba uno". Aunque desde entonces han vivido en este lugar, el desplazamiento forzado que enfrentaron en el año 2000 implicó dejarlo y permanecer en la cabecera urbana del municipio por unos meses, en una casa ajena y en condición de "arrimados", recuerda la mamá de Norbey. "En ese momento usted no piensa que tiene casa, que tiene tierra, ¡nada! Usted piensa cómo salir y estar lejos de lo que está pasando, así nos tocó". Es claro que en tales circunstancias la prioridad es la vida, no obstante, sería precisamente el arraigo por lo propio el motivador del regreso. Cuenta la mamá de Norbey: "mucha gente se desplazó, no fuimos nosotros no más. Ya veía que la gente estaba como volviendo a retornar a las viviendas, entonces uno como que se va animando, uno dice pero vea ¿por qué yo no irme pa' lo que es mío? Y la cosa se fue como calmando y ya volvió como la tranquilidad y hasta ahora gracias a mi Dios aquí vamos".

Norbey creció como el hijo menor y lo fue durante muchos años, lo que implicó una relación con el trabajo diferente a la de sus dos hermanos. "A todos les enseñaron desde pequeños, a mí también, pero el problema es que como mi papá poco a poco se fue alejando más de la casa por la lejanía del sitio de trabajo eso se fue perdiendo mucho (...) no era miedo, ni pereza de irme a trabajar, el problema es ¿cómo hacerlo? (...) yo me la pasaba más que todo haciendo travesuras". Norbey se siente en cierta desventaja, no sólo frente a sus hermanos sino en términos de lo que estos saberes representan para su futuro. Su hermano mayor le "ha enseñado poco a poco, me ha enseñado lo que yo sé de ordeño, lo que yo sé de arrancar papa (...) yo espero que cuando salga lo poco que sé ya lo sepa hacer mejor, pues me da mucho terror la ciudad y espero no tener que caer por allá. Me gusta como tal el campo, me gustaría como tomar eso y hacer de eso un disfrute".

Norbey va al colegio de lunes a viernes y es la actividad a la que principalmente se dedica, le gusta hacerlo, destina tiempo a hacer sus tareas y con cierta frecuencia visita la biblioteca del pueblo para hacer trabajos y acceder a internet. Además de jugar con su hermanito, se hace cargo de actividades que están definidas para él tanto en la casa como en la parcela: ordeñar, entrar la ropa, cuidar las gallinas, los viernes arregla la huerta de la casa, los fines de semana realiza la limpieza de su casa, lleva el almuerzo a su hermano a veces y todos los domingos le ayuda a su padre a llevar el mercado hasta la casa.

Durante el último embarazo la salud de su madre estuvo comprometida y Norbey su hermano debieron retirarse del colegio para hacerse cargo de sus cuidados y de la casa. Después de dos años Norbey regresó a estudiar mientras que su hermano decidió dedicarse al trabajo. "Fue decisión de él, él no volvió a estudiar, él manejaba aquí lo que era el ganado y ya dijo es que yo me voy a poner a sembrar pedacitos de papa" y ahora es el que decide las siembras, afirma la madre. Los recursos que obtienen de parcela son para el sustento de la familia.

En las épocas de vacaciones escolares Norbey trabaja como jornalero. "El año pasado me resultó trabajo (...) me la pasé cogiendo uchuva; otro día, al lado de mi casa había una cosecha muy grande de papa, entonces yo también me la pasé pues todas las vacaciones cogiendo pues la papita (...) aunque yo vivía en el campo no sabía nada; entonces yo la primera vez que trabajé, durísimo, ese mismo día me echaron (...) ellos ven que uno es muy bueno cargando o que uno es muy acostumbrado al trabajo (...) cuando uno demuestra eso ellos ven que uno es un buen trabajador y ya le empiezan pues a dar trabajo. Pero como uno es muy inexperimentado verdaderamente no le dan a uno porque ellos lanzan pues muchos estereotipos, "éste si es muy flojo".

Norbey valora y disfruta la vida en el campo. Se siente privilegiado “por tener el campo, por vivir en el campo y por ver el campo. ¿Por qué? Porque el mero hecho de uno arrancar una zanahoria, de a uno tocar un animal, de ver un amanecer diferente, de uno tener la comida ahí y toda la biodiversidad, es algo que no lo tiene la gente de la ciudad y se establece una relación con la naturaleza, con los animales y con todo que es indescriptible, es tanto que desde ahí es donde sale todo lo que una ciudad necesita”. Su percepción es similar a la de su abuela: “menos bulla, el aire libre, tantos sembraditos, tantos animalitos que podía uno mantener (...) En el campo uno mantiene muchas cositas” cuenta Doña Inés.

Norbey quisiera seguir estudiando pero no para vivir en la ciudad. En sus propias palabras, él quiere “ser alguien en el campo”. Se cuestiona por qué “si usted no trabaja en una empresa usted no es nadie, si no se va a conseguir plata a la ciudad usted no es nadie. Yo pienso que desde el campo uno puede ser alguien, sin tener que moverse (...) Esta semana la profesora nos estaba diciendo: Es que cuando a la gente del campo no se le educa se vuelve ignorante y las oportunidades, el trabajo, el conocimiento se va a ver reducido ¿Usted va a estudiar doce años para seguir arrancando papas?, ¿usted va a seguir estudiando catorce años para coger fresa o uchuva, sabiendo que hay oportunidades mejores? Yo digo que eso comienza desde la educación de la casa, la esperanza que tienen siempre los padres es que uno salga de la casa. Eso es muy válido porque uno como ser humano se debe hacer cargo de la existencia de uno. Lo que no es válido es que los padres le digan: es que para usted ser alguien usted tiene que tener un trabajo en Rionegro, en La Ceja, en Medellín y de más pa’ allá. Vea. Usted tiene que ser como esta persona que vivía acá y hoy en día está cuadrado en una floristería, está ganando mejor que nosotros (...) Es una comparación inútil, pero eso comienza desde la casa y desde la educación, le digo que con esa premisa le hacen tragar entero, si usted no sale del campo, si usted no sale de San Juan usted no va a ser nada y yo lo digo: eso es una mentira. ¿Por qué? Porque cuánta gente no hay que se va y les toca regresarse para un sitio rural porque no son capaz de vivir, que por los impuestos, por arriendo, alimentación. En cambio una persona que trabaja en el campo, si se educa, si se le da lo que necesita, si trabaja puede progresar desde donde está sin descalificar y sin devaluar lo que tiene. Yo digo que la gente del campo tendría más valor”.

La mamá de Norbey considera que “de todas maneras el campo es muy bueno pa’ todo, pero si un muchacho quiere salir adelante, en el campo tampoco va a salir adelante por ejemplo pa’ irse a estudiar en la universidad, igual le toca irse ¿no? (...) Si se queda en el campo, ahí se va a quedar trabajando la tierra toda la vida, pero si él quiere salir adelante le toca salir del campo e irse para la ciudad (...) ¿pero en el campo un profesional? No sé”. Los hijos mayores dejaron la escuela al empezar el bachillerato y por eso su futuro está en el trabajo agrícola. “Yo no tuve nada de estudio porque mis papás me levantaron en una parte donde no había escuela; me quedé sin estudio (...) Ese es como el sueño más grande mío: de nunca dejar los hijos sin estudio porque hace mucha falta y hoy en día más harta”.

El ingreso a la Universidad está relacionado con la posibilidad de conseguir un trabajo y Norbey ha pensado en un cultivo de flores; recibió una oferta para trabajar en una panadería en Rionegro y está explorando opciones en la educación virtual y la oferta de las universidades con presencia en la región, para no dejar el campo. “El que estudia no se tiene que ir para las ciudades porque entre más gente del campo se vaya para las ciudades el campo va a ser más fácil que otros agentes externos se adueñen de lo que verdaderamente es nuestro. Entre más ilusiones en las ciudades para que la gente del campo abandone, va a ser más difícil que nosotros podamos transformar este entorno”.

José Ferney: "Me parece muy bueno vivir en el campo por la libertad que hay. En el pueblo o en la ciudad no sería feliz"

José Ferney tiene 16 años y vive con su mamá de 43, su papá de 66 y su abuelo de 82 años. Ya terminó su bachillerato y está realizando dos cursos, uno de ganadería y otro de porcicultura. Trabaja en El Olivo, la parcela de su padre, una tierra de 8 hectáreas ubicada en la parte más alta de la vereda donde cultivan maíz, mora, frijol, alverja y tienen potrero para algunas vacas de leche. José Ferney también trabaja en un lote que recibió de su padre y tiene unos animales, entre ellos un caballo en el que hace el recorrido de una hora para tomar el transporte para el pueblo.



José Ferney vivió los primeros años de su vida con su madre y su abuelo en otra vereda del mismo municipio, en la parcela que su abuelo recibió de sus suegros y que trabajó por cerca de medio siglo. Cuenta don Antonio: "Yo sacaba carbón, yo sembraba frisol, maíz, papa, de todo hacía, aserraba madera para mantenernos, quemaba carbón para mantenernos. Cuando nos tocó venirnos

teníamos como 20 reses y nos tocó venderlas (...) y ya eso se fue enastrojando¹⁷, eso está en puro monte, pero la casa todavía no se ha caído". La guerra los obligó a salir, relata el abuelo: "esa tierra se quedó en parada¹⁸ porque como la guerrilla se metió por allá, nos hicieron aburrir y nos tuvimos que venir y tuvimos que abandonarla, ¿cómo se iba a quedar uno con ese animalero¹⁹ por allá?, se levantaba uno y era ese viaje de gente en el corredor así que nos fuimos aburriendo y para acabar de componer me mandaban a comprarles el mercado al pueblo y eso es muy peligroso. Y si uno no iba, lo mataban (...) esa tierra está sola, está abandonada". Perdió los derechos de propiedad porque no existía ningún documento y los hermanos de su esposa la reclamaron como propia.

José Ferney llegó a la vereda cuando iniciaba la escuela y al lado de su abuelo y su padre aprendió el trabajo en el campo. "Ellos me convidaban y yo iba aprendiendo, por ejemplo aporcando papa. Y si yo hacía un tajo torcido o estaba haciendo un solazo me daba rabia y yo me venía para acá para la casa (...) ellos me decían que a ellos también les pasó, que ellos también eran así". José Ferney ordeña y participa en todas las labores agrícolas: "hay dos días que estoy estudiando y los otros trabajo aquí en la finca, de miércoles a sábado y el domingo a descansar. Casi nunca salgo a jornalear, sólo una vez a un cultivo de allí arriba a coger tomate, pero es muy pocas veces. Lo que yo trabajo es aquí en la finca porque mi papá no está de acuerdo en que yo todavía jornalee pudiendo estar aquí ayudándole para él poder salir a jornalear, porque eso es muy duro y él espera que no me toque así tan duro como él". Acudir al jornal "depende de lo acosados que estemos".

La participación de José Ferney en las actividades agrícolas adquiere cada vez más importancia y se constituye en apoyo para su padre, mientras los quehaceres del ámbito doméstico son asumidos principalmente por doña María Nelly, su madre. "Todos trabajamos en los cultivos y a veces mamá coge mora, pero casi siempre trabajamos más mi papá y yo en los cultivos y las cosas de la finca y mi abuelo también nos ayudaba mucho (...) pero desde que se enfermó sólo coge mora y ya quedé yo trabajando solo o con papá y las cosas de la casa la hacen mamá

¹⁷ Es el estado al que llega un lote después de un tiempo en el que no se ha realizado alguna actividad productiva.

¹⁸ Quedarse en parada es una expresión que hace referencia a quedarse estancada.

¹⁹ Haciendo referencia a los integrantes de los grupos armados

y a veces me toca ayudar limpiando las mesas, el lavamanos, tendiendo las camas, o barriendo, sobre todo los domingos, pero eso es más o menos escaso, es más bien ella la que lo hace. Por la mañana se levanta papá y le da de comer a los pollos, a las gallinas, a los cerdos y ya al mediodía y por la tarde mamá”.

Cuando José Ferney iba a iniciar el grado once la institución que ofrecía el bachillerato en su vereda decidió retirarse y abrir un grupo en otra distinta. Por eso suspendió por un tiempo sus estudios y su padre decidió entregarle un lote. “Papá me dijo entonces yo le tengo esto, pique ese pedacito y siembre y me dio la semilla para sembrar. He sembrado papa, alverja, frijol y ya hice setenta y cinco matas de mora. Papá me da la semilla, me da los baños y me da los abonos, yo trato de no repetir cultivos, que si ya se sembró papa luego se siembra de frijol y así uno ya sabe después de cada cosecha qué le mete”. Las decisiones agrícolas las comparte con su papá e intercambian trabajo dependiendo de las necesidades en el resto de la parcela. El manejo de los recursos sí es competencia de José Ferney: “cuando vendemos la cosecha del trabajador mío el dinero es para mí y si me va bien le entregó a mamá para que ajuste para el mercado o comprar gas y ya. Con lo que me queda compra ropa (...) no es una condición de que tenga que partir o ayudar”.

Según su papá, el lote “es para que aprendiera y que no dijera: pues yo me voy a ir a vender colombinas al pueblo, sino que para que aprendiera, se entretuviera (...) más que todo era para que decidiera qué tan bueno o que tan maluco es (...) que decidiera si le gusta sembrar matas o conseguir un empleo en donde sea, cualquier pueblo o fuese la ciudad (...) fue como el caso de ensayo si él quería o no quería seguir trabajando”. Don Antonio comparte el punto de vista del papá de José Ferney. “Él puede ir aprendiendo muchas cosas, de todo eso, es muy bueno para aprender lo de la alverja, el frijol, para la papa, es que él tiene buena suerte, eso tiene suerte la verriónada en el trabajo, fíjese que no se le ha llegado a perder una cosecha”. El balance de José Ferney también es satisfactorio: “el último cultivo que tuve en el lote fue de alverja y me fue muy bien, le saqué de ganancia como trescientos diecisiete mil pesos y con eso le ayudé a papá y a mamá a apagar el anillo de grado y en rumba (...) A mí me parece bueno tener el lote porque ahí tengo un ahorro y porque ahí he aprendido a trabajar, y si quiero aprender más ahí puedo hacerlo”. Tres generaciones muy satisfechas con ese proceso de prueba del trabajo agrícola en una parcela con autonomía relativa.

José Ferney también tiene unos animales en la parcela de su papá, pero en este caso los beneficios que obtiene están integrados a la economía familiar. “Yo tengo la mitad de un caballo que se llama Morrongo, de la vaca Rosita y el ternero (...) la ventaja de tener animales es que es un ahorro, porque lo de la leche es para ayudar a comprar el mercado y los remedios para el abuelo, pagar el oxígeno y ahí tengo la vaca que cuando esté vieja la puedo vender y comprar otra que me dé más crías y esas crías las puedo poner a producir”.

“Me parece muy bueno vivir en el campo, magnífico, espectacular, maravilloso, por la libertad que hay, porque uno en Sonsón escuchar carros, encerrado, sin paisajes, sin qué hacer; en cambio aquí sí hay libertad. Lo que más me gusta del campo son los paisajes y que se puede trabajar (...) yo no le cambiaría nada al campo, así como está, está bien, de pronto que bajen más los precios de los abonos, de los insumos”. En coherencia con ello, José Ferney decidió estudiar algo no solamente relacionado con su quehacer en el campo sino también que no implicara la salida de allí. “Salió por el radio que la UMATA estaba dando que unos cursos, piscicultura, porcicultura y ganadería y me metí a esos dos porque yo de once salí aburrido, hastiado ¡ah! con tantas tareas, esos dos profesores de español y matemáticas, yo le cogí pereza y como miedo al estudio, pero el de ganadería y porcinos no, porque es algo sobre el campo y me gusta”. Estudiar y vivir en el campo es la apuesta de José Ferney. “Quiero ser veterinario y no necesariamente tengo que salir del campo, me puedo quedar aquí y puedo asesorar las personas (...) una persona que no estudia aprende la labor del campo, pero así como yo los dos cursos que estoy haciendo, tengo más conocimientos que no tenía”.

José Ferney aspira a una tierra en el futuro y el ahorro es la estrategia para adquirirla. “Yo sí le pido mi Diosito que así sea que yo tenga ochenta años pero que me dé el lujo de disfrutarme una finca que yo sea el dueño (...) yo espero tener una finca pero si no la tengo, eso no significa que por eso me voy a ir pa’ Sonsón. Yo espero quedarme en el campo”. Para doña María Nelly, lo más importante es “que se quedara pero con una tierra propia, que se quede y no le toque matarse tanto pa’ conseguir la panela”. Para el abuelo “sería una dicha que José tuviera una tierra, con trabajadores, con ganado, eso sería una dicha pero ¿de dónde? ¿con qué? No es fácil que él se la pueda conseguir porque no hay con qué, no tiene nada seguro, tal vez que se

saque un entierro²⁰". Su padre es más optimista. "Tiene que ser que él tenga edad, dieciocho años más o menos, yo hablo porque yo tengo con que respaldarlo. El respaldo es importante porque si no, es muy difícil (...) A él por edad de pronto no le prestan pero yo digo como tengo la propiedad, yo presto o le sirvo de fiador". "Yo en Sonsón o en una ciudad no sería feliz. Si papá, un ejemplo, dice vámonos pa' Sonsón yo voy a vender esto aquí, a mí me daría tristeza y yo le digo no, pues si es para el campo vamos, pero si es pa' una ciudad váyanse que yo me quedo en el campo", insiste con firmeza José Ferney.

Los testimonios de Norbey y José Ferney proponen un camino alterno a las dos secciones anteriores, de quedarse en el campo trabajando o salir para la ciudad para poder cumplir sus sueños. La afirmación "quiero ser alguien en el campo", con todos los argumentos que plantea Norbey, ofrece una ruptura importante frente a la consideración hegemónica de que habitar el campo es incompatible con el desarrollo intelectual y académico. Es una propuesta sincrética que propone acudir a la ampliación de la oferta educativa existente para buscar por esa vía continuar los estudios sin tener que vivir en la ciudad. Pero además, se sostiene no solo en una mirada optimista del campo sino también en un análisis crítico de las dificultades que tiene la ciudad y del juego perverso de la migración rural urbana como un camino irrenunciable si se quiere progresar, porque además de la falsedad que encierra, facilita "que otros agentes externos se adueñen de lo que verdaderamente es nuestro".

Norbey y José Ferney argumentan de diferentes maneras que estudiar y habitar el campo, que ser profesional y disfrutar la vida cotidiana en el campo, no solo es una posibilidad, sino que puede ser una realidad concreta. Sus razonamientos surgen desde una valoración muy positiva y vitalmente profunda del campo, de su deseo de seguir disfrutándolo, para buscar formas de resolver gustos y sueños, rompiendo con la relación excluyente entre educación y vida rural. Con apuestas parecidas, sus condiciones familiares y materiales son diferentes: mientras Norbey tiene tres hermanos más y menos recursos, José Ferney es hijo único y cuenta de entrada con tierra suficiente para trabajar.

Para las y los jóvenes del campo que pueden estudiar bachillerato, su culminación supone decisiones clave frente al dilema de salir o quedarse. Por supuesto, siempre está la distancia entre lo deseable y lo posible, en el marco de una gran incertidumbre. ¿Qué le gustaría hacer cuando termine el último grado de bachillerato? Es una cuestión que remite a trabajar o estudiar. Las dos actividades se sitúan usualmente por fuera del campo, dado que éste no es identificado como una fuente de oportunidades en ningún caso. La pregunta hecha a estudiantes del campo en algunos municipios del país da cuenta de esa constante, acompañada por algunas excepciones de mujeres y hombres jóvenes.

"A pesar de que los jóvenes claramente efectúan una valoración positiva de su sector rural, toda vez que expresan que el campo es tranquilo, les enseñó a trabajar, son personas sanas y fuertes gracias a él, y se sienten orgullosos de ser hijos de campesinos, desean una vez terminado su bachillerato migrar de sus zonas hacia las cabeceras de provincia o grandes ciudades" señala uno de estos estudios (Gómez, 2010). Algo similar sucede en el municipio de Calamar, Guaviare, un contexto totalmente distinto al anterior, pues se sitúa en la zona de la Orinoquía región de colonización reciente (Siaucho, 2014).

El estudio es un factor que impulsa la migración a la ciudad pero supone pocas probabilidades de retorno. La trampa de la vida urbana lleva a que se tome distancia física y emocional con el campo, deslumbrados con el espejismo del consumo, del conocimiento, la tecnología, entre otras cosas, mientras se estudia. Cuando estos se culminan, viene la promesa del empleo y sus obligaciones, que exige tiempos largos en tanto se va construyendo la vida familiar de los adultos jóvenes, con sus propias demandas y disfrutes. De allí que las posibilidades de retorno, así se tenga el deseo de volver a habitar el campo, se vayan posponiendo de manera permanente, hasta tanto no se logren ciertas metas de orden material. Este hecho se ve reforzado dado que, efectivamente, son muy remotas las ofertas que tanto el entorno local como el familiar ofrecen a las y los jóvenes una vez terminan sus estudios universitarios. Sin embargo, podría pensarse que el campo ambiental que le interesa a Norbey, y las ciencias agropecuarias en las que se está formando José Ferney, son espacios potenciales que aún están por desarrollarse en los niveles locales como una posibilidad importante de ocupación.

²⁰ Se refiere a encontrar una fortuna o tesoro sepultado.

El deseo de continuar estudios superiores o técnicos por parte de jóvenes rurales no es, sin embargo, muy probable cuando no se cuenta con un recurso monetario permanente por cinco años, que permita el pago de la universidad y la manutención en la ciudad. Las inequidades de los jóvenes rurales en relación con sus pares urbanos son significativas tal como lo ilustramos con el estudio de PROCASUR (2010) al comienzo de este texto. En esta misma perspectiva, señala Pineda: "(...) mientras por cada joven rural hay 5.3 jóvenes en cabeceras urbanas, por cada estudiante rural hay 10 estudiantes en cabeceras urbanas" (2005, p. 62). A pesar de que en las zonas rurales se evidencian avances importantes en términos de asistencia escolar, alfabetismo y escolaridad con respecto a la década pasada, las debilidades persisten. Como lo muestra Perfetti, "de 100 estudiantes que se matriculan en primero de primaria en las zonas rurales, sólo 35 terminan este ciclo y un poco menos de la mitad (16 estudiantes) pasan a secundaria; de éstos 8 completan el noveno grado y sólo 7 culminan el ciclo completo de educación básica" (2004:183).

La apuesta que enuncian Norbey y José Ferney, si bien no desconoce las ventajas materiales del campo, enfatiza de manera importante en otros valores de lo rural relacionados con la libertad, la belleza y la tranquilidad. Sus testimonios explicitan el goce de lo rural, un afecto profundo que se disfruta de manera permanente. Es evidente el vínculo emocional con el territorio rural que orienta sus intenciones y posiblemente sus decisiones concretas. El tiempo podrá mostrar cómo se fueron tejiendo los caminos de cada joven y por ello sería de mucho interés poder hacer estudios de largo plazo que permitan recoger miradas más amplias frente a las trayectorias vitales de las y los jóvenes del campo.

Las siguientes dos secciones de este texto fueron construidas en torno a referentes distintos a la decisión de partir y quedarse, aunque tal dilema no se excluye. Por una parte, abordamos las dinámicas en familias campesinas compuestas sólo por mujeres. Por la otra, damos cuenta de experiencias y expectativas de jóvenes que han configurado sus propios hogares. Seguiremos allí discutiendo temas transversales que han ido emergiendo frente a los dilemas migratorios, las valoraciones de lo rural y lo urbano, las tensiones entre estudio y trabajo, los condicionamientos que surgen del ciclo vital de las familias, del género y del lugar que se ocupe en la familia.

5. MUJERES EN EL CAMPO

Yesica: "cuando uno necesita plata va y jornalera"

Yesica tiene 17 años y vive con su madre de 53, su tío de 40 y su abuelo de 82 años, en una parcela de tres hectáreas que él heredó a su vez de sus padres. No tiene hermanos y ha vivido con su madre Rosina y su abuelo en ese lugar. La casa donde viven, construida en bahareque y con un corredor empedrado que la diferencia de otras de la vereda, tiene alrededor de 65 años. Aún en el tiempo en que otras familias de la vereda enfrentaron el desplazamiento forzado, ellos permanecieron en esta casa, según su madre "¿pa' dónde se iba a ir uno?, sabiendo que uno no se amaña en ninguna parte más".



"Más de la mitad de la finca es potrero y está arrendado, lo único que no está arrendado es donde el tío está trabajando. Tiene sembrado papa y (...) un lote pequeño de maíz que está en compañía con mi abuelo y el patrón" cuenta Yesica. El arrendatario es llamado patrón porque a veces ella ha trabajado allí como jornalera. Él es quien aporta los insumos para los lotes que cultiva su abuelo, convirtiéndose además en su socio. Los ingresos de la familia dependen principalmente del pago del arriendo de la tierra. El abuelo es el único que toma las decisiones frente a la tierra: "él nunca nos pide opinión ni a mi mamá, ni a mi tío pa' nada" y Yesica considera que el pago por el arriendo de la tierra debería ser mayor. Su madre tiene gallinas y con la venta de los huevos solventa algunas de las necesidades de ambas. Yesica trabaja como jornalera algunos días del mes en la misma vereda.

Cursa grado noveno en la vereda donde vive a través de un sistema de aprendizaje tutorial, modalidad que comprende tres días de trabajo escolarizado y dos de trabajo autónomo en su casa. Las jornadas en días escolares empiezan a las seis de la mañana y a las tres y media está llegando a la casa mientras que cuando está en la casa "me levanto a las siete y media o a las ocho, ya hago los destinos²¹ de la casa (...) le ayudó a mi mamá y ya mi mamá hace en la cocina porque a mí no me gusta (...) voy por pasto pa' los animales y ya me baño; en veces me voy pa' donde una amiga o en veces me quedo todo el día haciendo tareas que tengo que hacer o así escuchando música". Yesica también desyerba los alrededores de la casa, va por leña para cocinar y algunas veces es garitera²² de su tío y su abuelo. Ella es la encargada de remediar los daños en las tuberías que llevan el agua hasta la casa cuando se presentan y ocasionalmente le ayuda a su tío en la siembra o la cosecha. Al respecto de estas actividades señala: "a mí me gusta mucho lo de la casa, hacer los destinos de la casa y lo que no me gusta casi es cargar leña pero a uno porque le toca, porque eso pesa mucho y lo talla a uno mucho".

El trabajo como jornalera es ocasional y obedece tanto a la disposición de tiempo como a la necesidad de dinero para algo particular. Su principal actividad ahora es estudiar, pero cuando tenía 13 años interrumpió el colegio y se dedicó por

²¹ Se llama así regionalmente a los oficios domésticos, especialmente de aseo de la casa.

²² Se denomina así a la persona que lleva los alimentos hasta los cultivos o lotes donde están los trabajadores

completo al trabajo asalariado durante tres años "arrancando papa, cogiendo arveja, frijol, sembrando zanahoria, también arrancándola, escogiéndola". En ese tiempo sus jornadas comenzaban a las siete de la mañana y terminaban a las cinco de la tarde; empezó recibiendo quince mil pesos (15.000) y con el tiempo logró obtener el salario que recibe una mujer en la vereda, es decir veinte mil pesos (20.000). La diferencia de salario está dada por el menor rendimiento de los chicos. Pero también la desigualdad de pago es por género: "A los hombres sí les pagan veinticinco mil pesos (25.000) porque los hombres cargan y a las mujeres no (...) o si nos ponen a cargar nos pagan a veinticinco (mil pesos) pero muy escaso (...) Uno no va a cargar lo mismo que un hombre (...) uno pa' arrancar papa si hace casi lo mismo que un hombre pero pa' cargar si no".

El trabajo fue el espacio donde Yesica aprendió a realizar las labores agrícolas, pues con su madre recibió principalmente los saberes del ámbito doméstico, reafirmando una fuerte división de género en el trabajo de la casa y la parcela. "Uno por ejemplo iba y veía la gente trabajando y miraba y ya uno aprendía".

Dejar la escuela tuvo que ver con la inconformidad: "echaban muchas tareas, los profesores lo regañaban a uno mucho, no lo dejaban ni ir al baño a uno, decían dizque: no, ¿cómo así que pa'l baño?, me hace el favor y dizque orina bien en la casa o antes de entrar al colegio, pues, va al baño y cuando vuelvan a salir al recreo, no así, pues pedir permiso cada ratito". La decisión de regresar a terminar su bachillerato fue también de ella, porque "uno de pronto más adelante puede tener un futuro (...) hay gente que no le gusta estudiar, dice que pa' qué estudiar si algún día van a conseguir un marido. Uno más fácil puede conseguir un buen trabajo, en cambio uno así sin estudio no, es más difícil".

Para Yesica la vida en el campo es buena: "hay como que mucha libertad, no es como uno encerrado a toda hora y no tiene que pagar uno agua como en el pueblo". Sin embargo reconoce que "trabajar en la tierra es muy duro, está uno en el agua y en el sol". No es lo que quiere para su futuro. "Si uno quiere estudiar no están fácil (...) porque por acá casi no hay posibilidades". Pero además, "pa' sembrar un lote se necesita plata porque pa' uno bañar y todo eso. Es muy difícil porque uno siempre necesita plata y el abuelo con la plata que le dan del arriendo el merca y así, entonces no hay posibilidad". El trabajo doméstico doña Rosina y ella realizan no es reconocido. "Cuando me voy a ir pa'

Sonsón me dan un pasaje, eso de resto no" dice la madre. "Si uno le ayuda al abuelo ¿cómo le va a cobrar?" agrega Yesica. "Me gustaría irme a trabajar para ganar pues, pa' uno comprarme lo que necesite. Uno piensa como en Rionegro o en Medellín²³, pues como trabajar por allá (...) por acá es muy duro el trabajo (...) la tía me dice mucho que me vaya a vivir con ella que pa' que estudie y así, y yo le digo que no que porque me da pesar de mi mamá dejarla sola. A mi mamá no le ha tocado nunca jornalear, a uno le tocaría. No pudiera estudiar, sino jornalear para uno llevar la obligación, porque ya uno ¿cómo va a poner a trabajar la mamá? No, ya uno trabajaría".

La permanencia con su abuelo en el campo es incierta para madre e hija, pues "si algún día llega a faltar el abuelo o así demás que todos los hermanos la venden (...) los tíos no van a pensar venir a sembrar, ellos de una van a pensar en vender. A mi papito (abuelo) le han dicho mucho que venda esa finca, que nos lleve pues a vivir por allá y él dice que no" comenta Yesica. "Me han dicho mucho que me vaya, pero yo no. Porque ya queda uno de arrimado en otra parte y eso es diferente y así" dice la madre. Para ella el futuro de Yesica no está en el trabajo de la tierra propia o ajena, sino de las actividades domésticas: "que estudie pa' irse a un negocio que le guste, a ella no le gusta lidiar con fogones, ni con nada de eso", subraya.

Cindy: Con tierra y sin sembrar: la guerra se llevó la ilusión de sembrar

Cindy de 16 años hace parte de una familia compuesta por mujeres; vive con su madre y sus hermanas de 14 años y 18 meses en una parcela propia de 10 hectáreas. Su madre se dedica al trabajo como jornalera y ella se hace cargo de las labores de la casa y el cuidado de su hermana más pequeña. En algunas temporadas trabaja como jornalera en la misma vereda. Ya terminó su bachillerato e inició una Licenciatura en Educación Preescolar y al realizar el primer semestre decidió no continuar.



Fotografía: Amanda Orjuela

Los padres de Cindy llegaron a esta parcela hace 18 años en condición de mayordomos. Cuenta su madre, Zoraida, que un tiempo después "el esposo mío, el papá de las muchachas, tenía una motico y la vendió y compró la mitad; la otra parte era de un socio". En ese entonces la tierra se dedicaba a la agricultura y mientras el padre se hacía cargo de estas actividades, la madre se dedicaba a las labores domésticas y al cuidado de las hijas.

La vida de la familia tuvo un cambio vertiginoso con la guerra. "No me gusta recordar; fue cuando se llevaron a mi papá de aquí pa' matarlo, a mí no me gusta ese momento para nada" cuenta Cindy, ella iba a cumplir 6 años y su hermana 3. En medio del dolor y el miedo se desplazaron y estuvieron unos meses en casa de unos familiares en el pueblo. Sin embargo, "muy horrible, por allá no consigue uno trabajo ni nada; pues es mejor el campo. Y los servicios, todo eso tan caro. Vivía con la mamita (abuela) de ellas y una vez amaneció toreada²⁴ y le pegó a ella que porque desde que estuviéramos allá tenía derecho a pegarles entonces como que nos humilló, ahí fue donde nos vinimos. Me humilló las niñas (...) Y ahí sí, volví y empaqué la maleta y me vine con las muchachas" cuenta doña Zoraida.

²³ Son los centros urbanos más importantes de la región, siendo Medellín la capital del departamento de Antioquia.

²⁴ Disgustada.

La parcela que tienen está destinada a potreros que la madre arrienda. Ahora no siembra, pero "cuando vivía el papá de las niñas sí, alverja y papa. Cuando él se murió (...) ya dejé de sembrar". En ese momento, el socio decidió vender su parte y la compró un tío de Cindy. "Nunca yo llego a cultivar nada, tuve animalitos y me fue muy mal, se me murieron varias. Ya las otra las vendí para ponerle los "brackets" a la niña".

Con la viudez, el jornal de doña Zoraida fue el único ingreso del hogar. "Eso es muy horrible porque yo sola, las niñas estaban muy chiquitas (...) la hermana mía me las cuidaba pa' trabajar". Antes de la muerte de su esposo "a veces me iba dizque a coger alverja; era distinto, no tenía uno que salir, en cambio ahora sí tengo que decir es que me toca (...) es muy horrible porque uno sabe que esta semana me gano tanto y entonces si uno no va, sabe que tiene que mermar las cositas. En cambio con el esposo ya si uno "jornalea" ya es pa' comprar ropita pa' uno y la familia". El jornal tiene la ventaja de la seguridad. "Ahora me pagan a veinticinco mil pesos; sé que si trabajo cuatro días tengo cien mil pesos; en cambio, si siembro no sé si los tengo o no los tengo. Entonces es mejor "jornlear", sabe uno que el sábado tiene lo que trabajó".

Con el trabajo de la madre y el paso del tiempo las cargas se han reorganizado. "A mí me tocaba muy duro todo, me tocaba madrugar a despacharme, irme a llevar las niñas a que me las cuidaran y ya por la tarde hacer todo. Ya ahorita es un poco más distinto porque las muchachas están más grandecitas, pero a mí me tocó muy duro". Cindy como hermana mayor ha tenido un papel importante, mucho más ahora con su segunda hermana. "Desde que tenía diez años mamá me enseñó pa' que le hiciera las cosas; al principio todo quedaba super maluco, pero ya fui aprendiendo y ya soy la que hago casi todo acá de comida y eso (...) Me levanto por las mañanas, la despacho a ella pa' la escuela, luego baño a mi hermanita, cada ratico le doy tetero, estoy pendiente de ella, me toca barrer, trapear, lavar la ropa, hacer de comer y me toca ir a llevarle el almuerzo a mi mamá (...) acuesto a mi hermanita a dormir y acabo por ejemplo de trapear y acabo de arreglar cocina (...) yo puedo cuidar mi hermanita sin que mi mamá la tenga que llevar pa' otra parte, ya que ella me deja aquí con ella y está confiada de que la voy a cuidar todo el día, que no tiene que levantarse por las mañanas e ir a llevarla a otra parte, y de que yo pueda prepararle las comidas e ir a llevárselas para que pueda comer caliente, no tenga que comer frío". Sus tiempos libres los destina a "dormir y

hacer pereza, o si mi hermanita esta despierta me pongo a jugar con ella, o ya ahora que tenemos el computador me voy pa'l computador y ya cuando veo que van a ser las cuatro y media, a veces pongo hacer el algo para mamá".

Cindy toma las decisiones del espacio doméstico y los días que su hermana Paola no está estudiando las labores se distribuyen entre ambas. "Yo barro y trapeo y hago destinos²⁵ cuando yo no estoy estudiando y Cindy ya no los hace. Cindy ya hace otras cosas como hacer la lata²⁶ o cuando por ejemplo no estoy estudiando yo tengo que llevarle la lata a mi mamá y cuando estoy estudiando Cindy se la tiene que llevar entonces hago lo que ella no hace", cuenta Paola.

Las decisiones sobre la parcela son competencia de su mamá y su tío, aunque finalmente es solo doña Zoraida porque su hermano "no se mete en nada. Él viene aquí y mira, antes se venden aquí palos de eucalipto y llaman a él que si les vende un palo y él me da la plata a mí. Con él no hay problema de nada, es que esto es como si fuera mío solamente, porque él antes lo compró es pa' que no jodieran a las niñas".

En algunas temporadas Cindy ha trabajado como jornalera. "Muchas veces le dicen a mamá que si yo quiero ir a trabajar (...) pero nosotros es porque nos llaman, no porque pedimos trabajo". Ir a jornlear depende de que su tía se haga cargo de su hermana menor. En esos casos, "se levanta uno temprano, empaca el desayuno, el almuerzo, tiene que coger trabajo a las siete, a las nueve se sienta a desayunar, a las nueve y media se para, trabaja hasta las doce y a las doce se sienta a almorzar, se para a la una y ya de la una le toca trabajar hasta las cuatro y media o cuatro y cuarenta y ya sale y se viene pa' la casa. Coger arveja es bueno, arrancar papa no sé porque nunca he hecho el ensayo, entonces no sé cómo será (...) Llega uno muy cansado pero es bueno, yo he trabajado varios días seguidos". Su aprendizaje en estas labores tuvo lugar donde sus tíos. Cindy decide qué hacer con sus ingresos. "Por acá en partes pagan a veintidós. Muchas veces la guardo (la plata) o muchas veces compro cosas que necesitamos". Cindy recibe menos dinero pero su madre recibe el mismo salario que los hombres.

²⁵ Refiriéndose a los quehaceres domésticos.

²⁶ Hacer la comida, preparar los alimentos.

“El campo para vivir es muy bueno, pero el trabajo que hace mi mamá es muy duro, por lo que le toca hacer, porque levantarse todos los días a las cinco y media pa’ coger trabajo a las siete, de siete hasta cuatro y media derecho (...) porque si es al sol qué calor, le da dolor de cabeza y le toca aguantarse todo el día. Y si es lloviendo le toca aguantarse todo el día el mojado y así este enferma a ella le toca ir a trabajar porque como ella es la que nos sostiene diariamente. Ella es todo, ella es papá y mamá, entonces le toca”. Pese a lo exigente, para Cindy este es un mejor trabajo que el empleo doméstico. “En el pueblo ir a mantequiarle²⁷ a otra persona, en cambio en el campo no es mucho lo que se gana, pero si gana un poquito más que en el pueblo”.

Doña Zoraida ha considerado salir del campo. “A veces me aburro, pa’ hablarle real ya a fin de semana me vuelvo como cansada y como que me aburro. Yo pienso, ay qué buenoirme. En estos días les dije que nos fuéramos dizque pa’ Guarne y a ellas no les gusta, dicen que dizque de aquí no se van (...) ya descanso sábado y domingo y vuelvo y arranco y vuelvo y me contento (...) Un sobrino mío de Bogotá tiene mucha zapatería y tengo muchas ganas que se venga pa’ Rionegro, a ver si nos lleva. Ya el trabajo es distinto, ya uno puede trabajar pues como en la sombrita”. Si se fueran, la casita “nunca me ha pasado por la cabeza como venderla, no, aquí pueden hasta vivir las muchachas con el marido”.

Los deseos de su mamá en relación con el futuro de Cindy se apartan del trabajo en el campo. “Que no sea como el mío, trabajando la tierra. Yo le digo a aquella que no ha querido estudiar la Licenciatura en Preescolar o que estudie otra cosa. Que no les vaya a pasar lo que me pasa a mí, uno no sabe, uno no estudió, uno no le dieron estudio. Entonces este es el destino que uno tiene, porque ¿uno qué va hacer hoy en día sin estudio? ¡Nada!, yo les digo que estudien pa’ que después no tengan el mismo futuro que uno tiene”.

Estas historias de Yesica y Cindy, de sus madres y hermanas permiten comprender mejor el peso de las condiciones de género en la explotación de la tierra y en las dinámicas de las familias campesinas. Si retomamos las experiencias de Andrés y Brayan, por ejemplo, en donde la composición familiar es

fundamentalmente masculina, con presencia del padre y varios hijos varones, las dinámicas, posibilidades y oportunidades son bastante diferentes.

Por una parte, habría que subrayar las implicaciones del ejercicio de la jefatura femenina de hogar, que pone en condiciones de alta vulnerabilidad al grupo familiar en su conjunto. Dicha jefatura, para el caso de la madre de Cindy resulta directamente del conflicto armado. Hay que recordar que de acuerdo con algunos estudios nacionales la viudez en mujeres desplazadas a 2005 era de 29.9% (en 1993 era de 24.3%), para la población desplazada alcanzaba el 45%. En hogares desplazados como el de Cindy las mujeres ejercen su jefatura sin cónyuge en un 68.8% de los casos hecho que aumenta la vulnerabilidad de los hogares y en la mitad de los casos por lo menos hay hijos menores de 18 años (Garay, 2011).

El estudio de las condiciones de estas mujeres señala que sostienen económica, social y afectivamente los hogares que tienen tasas de dependencia más altas, al tiempo que ellas como jefas se encuentran en edades más extremas (menores de 20 y mayores de 50 años), y tienen menores niveles educativos. Pese a ello, es notorio que tienen un uso eficiente de los recursos de la red social de apoyo en salud, ingresos, vivienda y servicios públicos y sus ingresos los orientan prioritariamente para sus hijos (Velásquez, 2010).

La viudez de las mujeres exige reorganizar y se modifican los planes para ajustarlos a las necesidades y posibilidades de cada grupo en términos de cumplir el rol de proveedor. Así en el caso de la familia de Cindy, se ensaya en el casco urbano y se decide regresar a la finca para aprovechar ciertas condiciones ventajosas como la vivienda propia, el círculo de familiares y de vecindario, así como el jornaleo agrícola, excluyendo de plano la explotación agrícola o pecuaria en la finca. Los estudios de Cindy se comprometen para atender la crianza de la hermana menor y la atención del trabajo doméstico. La madre se constituye en la única proveedora y su hija mayor asume su relevo en la casa.

Algo similar pero con otros matices se da en el caso de la familia de Yesica. El grupo familiar compuesto por la madre y la hija se articula con la familia extensa, abuelo y tío, dos figuras masculinas que van a pesar de manera importante en la autonomía de las dos mujeres, además porque ellas no disponen de un bien material sobre el cual decidir. La jefatura femenina

²⁷ Expresión displicente para referirse a servirle a alguien en lo doméstico.

del hogar se diluye en varios aspectos, pero se mantiene para el papel de proveedora que asume la madre de manera prioritaria. La seguridad material y afectiva de ellas resulta transada con una disminución importante de su autonomía frente a sus familiares hombres. Pero además, es claro para Yesica que hay una situación de incertidumbre frente a su futuro inmediato, ante la muerte del abuelo y las implicaciones que puede tener para que madre e hija puedan mantenerse en las mismas condiciones. Juega aquí también un papel importante el hecho de que al ser Yesica hija única, tiene menos exigencias frente a su contribución económica al hogar, al punto de que puede decidir emplearse por temporadas y solo en función de satisfacer sus propios gustos.

La viudez y la orfandad generan impactos muy profundos en los proyectos de vida individual y familiar. Así, la madre de Cindy expresa con fuerza su pérdida de interés por producir en el campo. Hay en esa expresión una forma de comunicar un cambio sustancial en su proyecto de vida, entendido como una frustración e interferencia de su realización personal. Pese a estar emocionalmente afectada por la pérdida de su marido, debe postergar sus propios duelos para priorizar e incluso ocultar su pena en medio de los esfuerzos cotidianos para atender y proteger a sus hijos. Los daños tienen que ver con “la capacidad de los hechos violentos para truncar sus expectativas y alterar sus roles, funciones y posiciones en el mundo social y familiar, y para impedir la realización de sus sueños obligándolas a emprender rumbos no pensados ni deseados” (GMH, 2011:355).

No es solo el proyecto personal con su pareja, sino todo el proyecto familiar que queda interrumpido abruptamente y que va a demandarle ingentes esfuerzos para reorganizar múltiples ámbitos de cada uno de los hijos y del conjunto de la dinámica colectiva familiar. La soledad de las mujeres al asumir tales desafíos se amortigua de alguna manera con su participación en espacios organizativos, solidarios. Tal es el caso de la madre de Cindy, quien es muy activa en los grupos de memoria del municipio de Sonsón.

La orfandad paterna se constituye en cambio radical también para las hijas, para los propios proyectos de vida soñados y quizá prometidos por sus padres. En las condiciones de necesidad material y de angustia, las hijas deben asumir solidariamente las cargas de la familia, que se dan de manera diferencial según la edad y lugar dentro del grupo familiar.

En estos dos casos se reafirma una percepción y práctica generalizada en torno a lo exigente que resulta para las mujeres solas la producción agropecuaria. El campo puede ser un espacio para vivir y emplearse, pero se descarta pronto la posibilidad de asumir directamente la actividad agropecuaria. Ello tiene que ver fundamentalmente con tres situaciones: i) un factor físico-anatómico, pues los trabajos exigen con frecuencia tareas pesadas que requieren un nivel de resistencia que ellas no disponen; ii) un factor de orden económico para realizar las inversiones de cualquier producción; iii) y un factor de incertidumbre frente a los resultados en el mercado. Son demasiados riesgos que las mujeres no están dispuestas a asumir cuando además no pueden renunciar totalmente a las responsabilidades domésticas.

Como expresa la madre de Cindy: “ahí si es duro porque vea, pa’ cercar es un problema porque yo no sé cercar, entonces eso vive en rastrojada porque ¿cómo va uno a coger un machete y se va a ir por allá a rozar? En eso si hace falta un niño, y yo hasta a veces les digo a ellas no tener un niño para que me busque la leña... si, nos hace falta de verdad, un niño es distinto pa ir con un viaje de leña, en cambio nosotros con la leña... que uno ser todas mujeres en una casa si hace falta quien nos colabore”.

No se trata de evitar el trabajo en el campo, sino de situarse en alguno que corresponda con sus capacidades físicas. De ahí el ingreso como mano de obra en cultivos de medianos y pequeños productores que les permite, por una parte, un ingreso estable aunque menor que el que pagan a los hombres; y por otro, una continuidad relativa. De esta manera pueden garantizar ingresos constantes y seguros, aunque sin contar con ningún tipo de seguridad social ni de aportes para pensión.

Con todos los dolores y las dificultades, es evidente la capacidad y recursividad para seguir delante de estas mujeres. Una fuerza constante que ellas asignan a la maternidad, a la exigencia de proteger y “levantar” a sus hijas, se impone para animarlas a seguir la lucha cotidiana. Los ejercicios continuos de reciprocidad que se van tejiendo en estos hogares para compensar las dificultades por parte de las mujeres jóvenes con respecto a sus madres, muestran tempranamente un aprendizaje de renuncia relativa de sus propios intereses en función de la familia y de un reconocimiento constante del esfuerzo de sus madres.

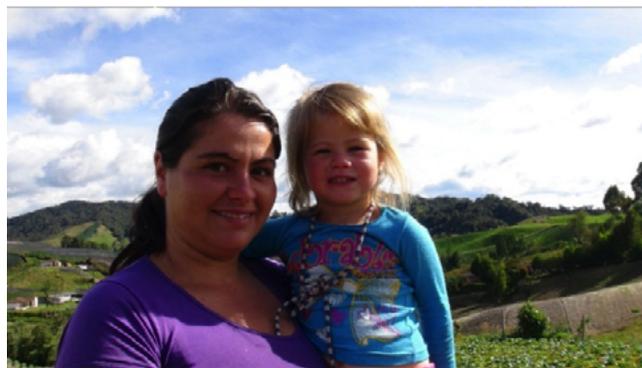
Es necesario recordar la diferencia sustantiva de la crianza y los códigos morales entre mujeres y hombres en las familias campesinas de la región, reflejo de una sociedad profundamente patriarcal, cuyos patrones con algunas ligeras variaciones se siguen replicando. Las mujeres parecen no tener un lugar suficientemente reconocido e integral en el mundo rural, dimensión que tampoco está presente en las sociedades urbanas necesariamente, si bien en apariencia la vanguardia de los cambios frente al patriarcalismo se están construyendo en la ciudad, un espacio que es heterogéneo.

Estos dos hogares, pese a su situación precaria, no reportan ningún tipo de apoyo estatal. Es posible que no lo hayan demandado e incluso contemplado siquiera esa posibilidad. No hay duda del significativo avance formal en las políticas para las mujeres rurales. Sin embargo, tanto las políticas agrícolas destinadas a aumentar la eficiencia productiva, como las políticas agrarias de orden redistributivo, han tenido un carácter marginal, desarticulado y poco sostenido (Villarreal 2004). ¿Qué se está proponiendo desde estas políticas para desincentivar la migración rural urbana de la juventud rural y particularmente de las mujeres jóvenes? No encontramos una respuesta institucional que se ocupe de esta realidad, cuyas orientaciones deberían comprender de manera amplia los intereses de este grupo de población para incluir un espectro mayor de actividades e intereses. ¿Cuáles serían esos intereses y posibilidades que plantearían esas mujeres y hombres como punto de partida? ¿Cómo esas propuestas pueden sacudir críticamente los estereotipos que cierran horizontes no sólo para ellas y ellos como individuos, sino también para las dinámicas colectivas de orden local y regional?

6. JÓVENES CONSTRUYENDO SUS FAMILIAS

Leidy: "En un pueblo, usted sin plata es nada y la plata no lo es todo. Aquí donde estoy, estoy muy bien"

Leidy tiene 21 años y una hija de 2 con la que vive en una casa arrendada en la vereda. Cuando tenía 15 dejó la casa de sus padres adoptivos y vivió en la cabecera urbana de La Unión y en La Ceja, una población vecina. Trabajó en un restaurante, un cultivo de flores y como empleada doméstica. Su embarazo supuso un rompimiento de las relaciones con su núcleo familiar y llegó a esta vereda porque recibió durante ese período el apoyo de otros familiares que habitan en San Juan. Desde entonces vive aquí y trabaja como jornalera en cultivos de fresa y tomate de árbol, entre otros. Estudió hasta el grado octavo e intentó retomar el colegio cuando estaba trabajando, pero suspendió, pues fue difícil combinar ambas actividades.



Fotografía: Amanda Orjuela

En su infancia aprendió las labores agrícolas y relata que "ya tenía experiencia de todo eso" cuando empezó como jornalera. "En el trabajo éramos parejos todos, no había problema en que fuéramos hombres o mujeres. Nos levantábamos a las dos de la mañana a ordeñar antes de irnos a estudiar. Llegábamos a las seis y media para organizarnos para irnos para la escuela; salíamos de la escuela a las dos y media porque nos teníamos que venir a ordeñar. Nos levantábamos un sábado también a ordeñar, nos íbamos a coger frijol, chícolo, maíz, uchuva. Para el trabajo era por igualdad, no había problema en que fuera la niña de la casa, pero para la libertad no era lo mismo. Mi hermanito llegaba un sábado a las tres de la tarde, se arreglaba y se iba a montar en bicicleta con los primos, a montar a caballo y salía y se iba. Yo me arreglaba y me quedaba en la casa encerrada. Era muy cohibida por el simple hecho de ser mujer".

Después de salir de su casa trabajó y vivió en el pueblo durante cuatro años. La maternidad temprana trajo cambios fuertes en su vida. “Todo cambió en mi vida. Yo vivía sola, pero comía en la calle, donde mis amiguitas, y ahora me tocó aprender a hacer de comer. Me cambió la libertad totalmente. Yo antes salía de un viernes a un lunes, muchas veces ni llegaba a la casa, y ahora, juiciosita todos los fines de semana. Además con un hijo, uno trabaja es para ellos. Yo antes trabajaba y me daba mis gustos y primero yo. Ahora uno trabaja es para ellos, ellos se vuelven el privilegio de uno”. Asumir la maternidad sin el apoyo del padre de su hija ha hecho que la relación con el trabajo adquiera otra dimensión. “Es durísimo, porque de todas maneras la niña yo no la hice sola y un hijo conlleva muchas obligaciones, mucha responsabilidad. Uno levantarse y saber que si no trabaja no van a estar los pañales pa’ la niña. A la niña mía le tocó muy duro, porque me tocó ponerle pañales de trapo, porque no tenía la forma de trabajar. Estaba muy pequeñita y me tocaba cuidarla. Es muy duro, claro que ahora, desde que uno tenga su trabajo, ya tengo mucha estabilidad aquí, sabe uno que tiene que mercar, las cositas pa’ la niña. Le va a uno muy mal cuando se enferma”.

“Un día mío comienza a las cinco de la mañana. Me levanto, hago el desayuno para irme a trabajar y el almuerzo, despierto a mi hija a las cinco y media porque tengo que llevarla a la guardería; salimos de aquí de mi casa con rumbo, yo a trabajar y la hija mía a la guardería, la jornada al trabajo es muy larga, es de una hora. Comienzo a las siete de la mañana, descansamos a las nueve, media hora; volvemos y descansamos a las doce y media, salgo a las tres y media porque tengo que subir por la niña a las cuatro. Llego a la casa, tipo cinco de la tarde, llego a arreglar casa, a lavar ropa, a arreglar lo que alcance, porque a veces llego muy cansada y me baño y me acuesto; lo mismo la niña llega también muy cansada. Nos bañamos y nos acostamos a descansar, a las siete de la noche ya estamos durmiendo, porque siempre llegamos muy cansadas (...) cuando no trabajo mi hobby favorito es dormir, me encanta dormir, pues a pasear sí salimos mucho, pero un día que no me toque trabajar y esté aquí en la casa, me dedico es a dormir”.

El sustento de ambas depende de manera exclusiva de los ingresos que Leidy obtiene, actualmente trabajando en un cultivo de fresa: “nos toca sembrarla, deshojarla, recoger el fruto, fumigan la fresa y nos toca jalar la manguerita para que la puedan bañar, abonarla. Tiene muchos trabajos pero todos son muy suaves, que uno es capaz de hacerlos (...) el trabajo

lo conseguí hace dos años con el mismo patrón, por medio de una amiga (...) Lo que me gusta es el pago, cada ocho días el pago, y lo que no me gusta es el sol, hace unos soles horribles, es preferible trabajar con frío que con sol. Claro que llueve y es más maluco para el patrón, si lloviera todos los días fuera mejor para nosotras, nos ganábamos el día muy fácil. Por ahí dicen que la lluvia es la madre del jornalero. Pero lo que más me incomoda es el sol. Sin embargo nos gusta mucho coger fresa, porque mientras la vamos cogiendo, también nos la vamos comiendo, nos comemos la fresas grandes, pues al escondido del patrón”.

Trabaja entre tres y cinco días a la semana y recibe 22.000 pesos por un día de trabajo o 2800 pesos por una hora, cuando no trabaja una jornada completa. Percibe entre 60.000 y 100.000 pesos semanales, pues los días de trabajo varían aunque por lo general son tres. El número de días o la duración de la jornada es decisión de su patrón²⁸ y, en el caso de la fresa, se relaciona también con el ciclo productivo del cultivo. Aunque sus ingresos mensuales oscilan, Leidy necesita 200.000 pesos para la compra de mercado, 70.000 pesos de arriendo y una cantidad que es variable para el pago de la energía. Al calcular sus gastos mensuales señala, “lo que sobra es para nosotras, aunque sobra como poquito”. Esos recursos son para la compra de ropa y las salidas al pueblo o a otros lugares con su hija y agrega que la principal desventaja es que “es un trabajo que no resulta para todos los días”.

Leidy considera que el campo le ofrece ventajas y puede tener una vida más tranquila. “En La Unión sería más complicado, me tocaría pagar quien me cuide la niña porque en un trabajo en la Unión tiene que cumplir un horario. La guardería la maneja la madrina de la niña y me colabora muchísimo y si, por ejemplo, me la tienen que cuidar un sábado, me la cuidan. En La Unión usted desde que tenga plata, vive súper bueno, pero sin plata es complicado, todo es comprado. Por aquí le regalan a uno las papitas, la fresa pa’l jugo, las moritas, por aquí un vecino arranca y manda las papitas. La leche hay que comprarla y muchas veces le regalan a uno un litrico. En La Unión todo es plata. La ventaja del campo es que por acá es más sencilla la vida, en cambio en un pueblo, usted sin plata es nada y la plata no lo es todo (...) El campo es bueno para la educación de un niño. Al menos los niños desde muy pequeños salen muy trabajadores, en cambio

²⁸ La cantidad de trabajadores en el cultivo puede depender por ejemplo del precio del producto en el mercado y las posibilidades de comercialización del producto.

los niños del pueblo siempre se ven más flojitos, claro que hay niños muy rebuscadores en el pueblo, me ha tocado ver niños por ahí vendiendo chicles, recogiendo envases, de todo. En el campo la ventaja que veo es que los niños sean más trabajadores y un poco más juiciosos”.

Leidy prefiere su trabajo como jornalera y no el trabajo doméstico. “El trabajo de una empleada doméstica yo digo que es demasiado duro, porque uno tiene horario para levantarse pero no para acostarse. Cuando a mí me contrataron era para que cuidara una señora y ¡mentiras! Un fin de semana había una gallada horrible, venían los nietos, los hijos, y el horario era de cinco de la mañana a ocho de la noche y se me llegaba la una de la mañana atendiendo la gente, el trabajo de una empleada es muy horrible y muy mal pagado, porque yo era interna y me pagaban apenas \$300.000 mensual”.

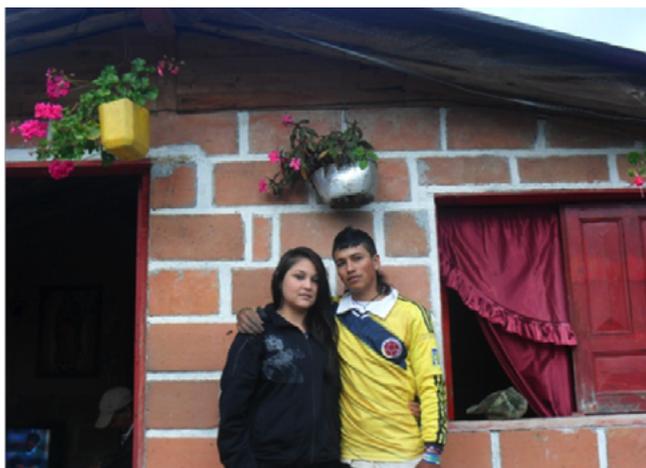
“En mi concepto sí, es mejor jornalear (...) independizarse económicamente, fuera bueno porque ya uno sería dueño de su tiempo, claro, para uno independizarse económicamente es muy difícil, porque lo que uno va a comprar vale mucho y lo que uno va a vender vale muy poco. De jornalera me ha ido muy bien, en ningún momento se me ha pasado comprar o sembrar un cultivo, lo veo muy difícil”. ¿Le gustaría tener tierra propia? “Lo más difícil es que para conseguirla se necesita plata. Después de conseguirla, ¿cómo la trabaja?, necesita un capital horrible para conseguirla, trabajarla, colaborar quien le trabaje a uno. Manejar trabajadores, dice el patrón que es súper difícil, entonces lo veo difícil por todos los lados”. Tener tierra “sí debe tener sus ventajas, pero yo no las veo”.

Su futuro lo vislumbra “casi en los mismo, de pronto ya la hija mía más grande y ya que me colabore más, pero sí, me veo trabajando en lo mismo o de pronto con otro trabajo mejor o más bien pagado. Pero para tener un trabajo mejor y más bien pagado, hay que estudiar (...) A mí me gusta mucho arreglar flor, porque es a la sombra, no tiene uno que salir a asolearse; pero el problema es que la flor tiene sus épocas, por ahí dicen que los picos, entonces no es tan consistente. Me imagino el trabajo también en la fresera, en una fresera más grande, que al menos tengamos trabajo de lunes a sábado, y más bien pagado, que ya nos paguen a veinticinco o a treinta (mil pesos), soñar no cuesta nada”. Sobre el futuro de su hija, le “gustaría que estudiara para que tuviera mejor vida, o no mejor, porque yo llevo una vida muy rica, pero al menos más posibilidades”.

Ha vivido el peso del machismo. “La visión que tiene la gente de uno, que la gente no discrimine y señale a las mujeres, sino que antes les colabore, porque veo que como madres solteras nos discriminan mucho, por estar solas. Cambiar el concepto de la gente, de cómo nos ven como madres solteras, sería lo único; de resto todo está como bien, o al menos uno se acopla a las situaciones (...) No sé cuál es el problema de que sea una mujer sola, que responda por su hijo, no le veo el problema, ¿que es difícil?, sí y se pasan a veces necesidades, pero tampoco para uno rebajarse de esa manera. La idea de esta sociedad es que si usted está sola y tiene obligación, es una mujer fácil. La idea de los hombres del campo es que una mujer sola no es capaz de hacer nada, una mujer con un hijo y su casa, no, tienen que tener el marido a un lado, y al verla a una sola, ellos piensan que uno está súper necesitado y está que lo da por lo que le den”.

Lina y Yeison, "la meta es salir a estudiar y tener otro trabajo"

Lina y Yeison viven hace ocho meses en unión libre, se conocieron en el colegio de la vereda al iniciar el bachillerato. Yeison tiene 22 años y ahora que terminó su bachillerato se dedica principalmente al trabajo. Lina tiene 16 años, cursa grado noveno y estudia desde el lunes hasta el viernes. Viven con los padres de Yeison y planean dejar el campo para buscar otras oportunidades.



El padre de Lina murió cuando ella era muy pequeña, es la mayor de cuatro hermanos cuyas edades oscilan entre 7 y 14 años. Ellos viven con su mamá y su compañero, con quien Lina nunca tuvo una buena relación. Su mamá tiene una parcela propia donde ella misma cultiva productos de pancoger, tiene un lote arrendado para el cultivo de flores y otro que un hermano utiliza como potrero para ganado. Es ella quien se ha hecho cargo de la parcela después de la muerte de su esposo y su compañero actual se ha dedicado siempre al trabajo asalariado.

Yeison también tiene cuatro hermanos, dos ya tienen sus propios hogares, uno está en el servicio militar obligatorio y la menor estudia y vive en el pueblo. Cuando Yeison tenía tres años llegaron a vivir a ésta vereda, procedentes de un municipio donde se enfrentaron al desplazamiento forzado. Construyeron la casa donde viven en un lote que recibió su papá como herencia y cuyo tamaño es mucho menos que una hectárea. Allí cultivan productos para el autoconsumo y su papá ha tenido actividades complementarias, durante un tiempo tuvo una tienda para la venta de víveres en la vereda y además es oficial de construcción, por lo tanto el trabajo de la tierra no ha representado su principal fuente de ingresos.

La cotidianidad de Lina cambió de manera importante desde que vive con Yeison. En casa de su madre se ocupaba de las labores domésticas y el cuidado de sus hermanos menores mientras que su mamá trabajaba en el programa de alimentación que se ofrece a los niños en la escuela de la vereda: "por la mañana, me levantaba por ahí a las cinco, a veces lavaba ropa pa'irme pa' la escuela, me tocaba bañar los niños, darles el desayuno, arreglar más o menos la casa, para por la tarde llegar y hacer lo otro, que no me quedara tanto". Ahora, las tareas en el espacio doméstico son menores: "en la casa yo tenía mucha responsabilidad, mamá salía para alguna parte y yo cuidaba los niños. En cambio aquí yo le digo a Yeison: yo hago el desayuno y le dejo el desayuno ahí, él lo calienta o a veces lo hace". Lina participa también de la limpieza de la casa, pero en todo caso su actividades resultan un complemento para la mamá de Yeison, que es quien principalmente las asume.

Por el contrario Yeison señala que la llegada de Lina no ha significado cambio alguno en relación con su trabajo "de todas maneras la responsabilidad es la misma, desde que ella ha venido no me ha tocado más". Yeison empezó a trabajar desde temprano y lo hizo con el propósito de permanecer en la escuela. Es el único de los hermanos hombres que terminó el bachillerato: "cuando yo estaba en sexto, comencé a trabajar, yo me daba el estudio, compraba mis cuadernos, lo que necesitara. Y como a mí me ha gustado yo trabajaba los sábados y domingos y jugaba por las tardes, los partidos eran por ahí a las cinco o seis de la tarde, trabajaba de siete a cuatro de la tarde, y los domingos me iba a ordeñar, comencé a trabajar dos días a la semana, y lo que me ganaba, lo daba para la casa".

Yeison continúa como jornalero y actualmente con mejores condiciones que las que tenía mientras estudiaba, es un trabajo estable y puede tener definidos sus ingresos semanales. "Yo me aburrí por allá porque la jornada era muy larga y me tocaba ordeñar, trabajaba con fresa y papa, lo que actualmente estoy haciendo también, a los seis meses ese trabajo resultó aquí, que pusieron fresera, sembramos lechuga entonces yo hablé con él (patrón) viendo que era más cerquita de la casa. Eso no es un contrato, pero como yo di rendimiento, me dejaron en la finca y en este momento los patrones están amañados conmigo; es de lunes a sábado, salgo los sábados temprano, la jornada es más tranquila, puedo descansar un poquito más. Empiezo a las siete, sacamos media hora al desayuno y cuarenta minutos para el almuerzo, y a las cuatro pa' la casa, yo trabajo a veinticinco

mil pesos (25.000), pero no me tocaba tan duro como arriba". Aunque en algunas partes de la vereda la remuneración de los hombres llega a treinta mil pesos (30.000) Yeison prefiere las condiciones que este trabajo le ofrece.

El sostenimiento económico de Lina y Yeison depende de manera exclusiva de los ingresos que él obtiene de su trabajo como jornalero, que corresponden aproximadamente a 130.000 mil o 140.000 mil pesos semanales. Los aportes que realiza en la casa de sus padres varían en función de la ocupación de su papá y cuando estos se ven comprometidos por la falta de trabajo como oficial de construcción, Yeison debe suplir los gastos de su familia: "cuando mi papá tiene trabajito, él merca y como yo estoy pagando un computador, un equipo (de sonido) y un televisor, entonces esas cuentas se me van ahí, yo voy distribuyendo el dinero en eso. Cuando no tengo que dar la cuota, yo doy 60 o 100.000 pesos para ayudar para el mercado, pago la luz a veces cuando me toca, compro el gas. A veces saco cositas pa' los pasajes pa' esta mujer (Lina) o a veces le doy a ella pa' que gaste".

El propósito de Lina y Yeison es salir del campo y buscar un trabajo en un centro urbano como Rionegro o Medellín, donde consideran que hay mayores posibilidades. En palabras de Lina, "él dice que se quiere ir pa' Rionegro a hacer un curso de vigilancia y yo lo sigo pa' donde él se vaya, yo cómo me voy a quedar por acá. Él dice que se va y que cuando ya esté cuadrado con apartamento, viene por mí y ya nos vamos los dos. Y que conseguir los dos el trabajo, pues si de aquí a eso no tenemos hijos. Él dice que en Medellín, porque a él le dijeron que si tenía la libreta y hacía un curso de vigilancia, ahí mismo salía con el trabajo en Medellín, en unas academias, él está esperando sacar la libreta y se va de una a hacer ese curso". Yeison quiere estudiar Licenciatura en Educación Física y afirma: "la meta es salir a estudiar y a tener otro trabajo, porque no se puede dejar de trabajar, usted sabe que uno tiene que trabajar pa' poder estudiar". Aunque el proyecto se está delineando principalmente en función de las expectativas de Yeison, la idea de ir a la ciudad revela la falta de posibilidades que ambos vislumbran el campo.

Cuando Lina vivía en casa de su madre trabajaba esporádicamente como jornalera en cultivos de fresa y flores y lo hacía por los ingresos que obtenía: "a mí casi no me gusta trabajar en la tierra, uno no dice nada sembrar matas o así en la misma huerta de uno, pero pa' uno ir a trabajar a otra parte

como que no me gusta". Además Lina encuentra que el campo no le ofrece oportunidades diferentes al trabajo agrícola y allí se fundamenta el anhelo de ir a la ciudad: "yo veo que en el campo no hay tantas posibilidades, porque a uno el campo le ofrece trabajar en la agricultura, no veo qué más le ofrece y a las mujeres que les toca más duro en el campo. En cambio si una mujer se va a trabajar a la ciudad, por ejemplo siendo secretaria o alguna cosa así, ya más fácil".

En las motivaciones de Yeison para ir a la ciudad confluyen dos elementos, relacionados entre ellos. El primero se relaciona con la imposibilidad misma que percibe para construir un proyecto económico en el campo distinto al de ser jornalero. Comenta Yeison: "tendría que ser que uno tuviera un capital, donde uno trabajaría de cuenta de uno, pero uno trabajándole a otro, no tendría cosas. Yo conozco gente que tienen fincas en el campo y trabajan de cuenta de ellos y les va bien, y tienen una vida económica bien. Así como uno que no tiene recursos, y la tierra de nosotros es muy chiquita y uno no tiene con qué comprar una tierrita o poder trabajar, entonces uno pensaría en estudiar para conseguirse un trabajo o trabajar en otra cosa y ya salir graduado". En este orden de ideas él percibe que el campo no le ofrece posibilidades de estudiar: "uno no puede ser desagradecido del campo, porque qué harían los de la ciudad sin el campesino. Uno tiene que mirar al futuro, que el campo es muy duro trabajarlo y el campo no tiene posibilidades de que usted pueda estudiar y pueda salir adelante. El campo es muy bonito, pero si usted se dedica a trabajar o a ganar plata, usted no tiene nada, porque sí no estudia y se pone a trabajar, no tiene una meta. A mí el campo me gusta mucho, pero en realidad para trabajarlo no me ha gustado. Yo lo hago porque tampoco me da pereza, pero si consigo un trabajo que no sea al sol u otra cosa porque no hay trabajo fácil, uno no puede decir que se salió del campo que porque es muy duro".

Yeison y Lina enfrentan situaciones de orden económico y social que constituyen tropiezos para el proyecto conjunto que han decidido. Yeison se encuentra ante la necesidad de resolver su situación militar pues constituye una limitante para acceder a las oportunidades laborales y educativas, aún más si se trata de trabajar en el campo de la vigilancia. Además, su hermano fue reclutado un día que fue al pueblo y esto no es lo que Yeison quisiera vivir: "desde que empezó este año la expectativa mía era conseguir la libreta, yo ya tenía la plata recogida, sino que tuve que pagar varias cositas, entonces no se ha podido. Pero

entonces en el momento, tengo que tener paciencia, porque la libreta no la tengo, pero para el otro año con la ayuda de dios, ya la tengo”.

Por otra parte, existen presiones sociales sobre la unión libre. La familia de Yeison no se ha mostrado en desacuerdo pero Lina sí las ha experimentado de manera más directa. La relación con Yeison siempre generó dificultades con su mamá y la unión libre polarizó aún más su posición: “dice que hasta que no nos casemos que ella no recibe a Yeison en la casa”. Lina además percibe que estas son demandas del entorno social más amplio donde vive: “yo me caso porque la gente dice que uno está pecando viviendo así, que así sea por lo civil, qué le hace que uno se case, pues yo no le veo lo malo que uno viva así”.

La historia de Lina y Yeison apenas comienza a construirse y aparte de los tropiezos que pueden enfrentar en la búsqueda de posibilidades fuera del campo, están los dilemas que surgen en el centro mismo de la relación. “Yo a ella le estoy dando el estudio, a ella no le gusta estudiar, eso es porque yo la mando. Ella tiene que terminar el bachiller, porque el día que a ella le exijan un cartón. Ella dice que no quiere estudiar, pero yo sé que después de que tenga el cartón, ella va agradecer eso. Pienso que ella debería conseguirse un trabajo, o si yo tengo posibilidad después de que ella salga, yo ya le daría el estudio en una universidad, porque ella también debería tener un título”, comenta Yeison.

Para Lina las prioridades son otras: “que consiga la libreta pronto para que se pueda ir a estudiar lo que quiere y tenga un trabajo mejor, porque yo veo que a él le toca muy duro. Él dice que allá trabaja muy bueno, pero a mí me parece que le toca muy duro. Yo quisiera que se fuera para otro lado, donde ganara más plata y trabajara más fácil”.

También están las expectativas por tener descendencia. “Hemos pensado también en los hijos. Ella en este momento está planificando, de todas maneras yo también me tengo que cuidar, porque eso no es de uno solo. Porque yo digo que los hijos no son una perdición en la vida, pero es una responsabilidad, y ella está muy joven. Yo ya tengo la suficiente edad, pero ella es una niña todavía, yo la estoy criando prácticamente. Yo ya estoy un poquito más maduro, estoy más consciente de las cosas. Ella si me tiene hijos y yo respondo por ellos, pero entonces, yo ya no podría estudiar, eso ya es una dificultad. Y no es que los hijos

sean un estorbo, sino que las cosas se ponen más duras. Hay que tratar de seguirnos cuidando y ya. Ya más adelante miramos la posibilidad de poder sostener un hijo, de darles gusto”, dice sonriendo Yeison.

Tanto Leidy como Yeison y Lina nos sitúan en una fase del ciclo familiar en la cual se comienza un camino de autonomía por parte de los jóvenes. Se trata ya sea de la vida en pareja o del ejercicio de la maternidad y/o paternidad. Es un tiempo de múltiples expectativas y sueños, pero también de diversas tensiones. Como lo señala Durston (1998), “si bien todas las relaciones humanas dentro del hogar están marcadas simultánea y paradójicamente por la complementariedad y por la pugna entre intereses encontrados, la juventud es una etapa de especial tensión intergeneracional. Esto se debe a que el momento de su ciclo de vida en que el jefe (mayor) tendrá la máxima posibilidad de escapar de la pobreza (mediante la ayuda de hijos, hijas, nueras y yernos), coincide en el tiempo con el de máximo interés de los hijos e hijas en concretar y adelantar la ruptura de esa relación de dependencia y control. En la actualidad, ese interés de los jóvenes es exacerbado por el cambio cultural y por las nuevas posibilidades de poder económico independiente que abren la educación y el trabajo asalariado” (1998:11-12).

La vida en pareja en la adolescencia y la juventud constituye un salto fundamental frente a las responsabilidades y la autonomía. Si bien hay cosas que cambian, como la carga de los oficios domésticos para las mujeres, se añaden otras situaciones para sortear con la familia política de la pareja como lo comenta Lina. Con frecuencia las condiciones son precarias en términos económicos y aún no se han culminado los estudios. En resumen, las expectativas de autonomía se ven enfrentadas con la precariedad de los recursos propios que les lleva a redefinir mecanismos temporales para sobrevivir mientras se dan las circunstancias para cumplir sus propósitos.

El ejercicio de la maternidad y también de la paternidad cuando se ejerce, es una realidad que reconfigura de manera profunda su condición y posición como jóvenes. Especialmente la maternidad en la adolescencia y la juventud, es un acontecimiento y una responsabilidad que genera giros sustanciales e irreversibles en el curso de la vida individual. La maternidad adolescente es una

situación que se incrementa sustancialmente en América Latina y que preocupa en términos generales por las implicaciones en términos de salud, deserción escolar, la inmadurez psicológica de las madres, pero también por las potenciales implicaciones para los bebés, especialmente cuando los padres no asumen su responsabilidad y las familias rechazan a la joven madre. En Colombia se calcula para 2010 que una de cada cinco adolescentes ha estado alguna vez embarazada (Alta Consejería Presidencial de Asuntos para la Equidad, sf), situación que ubica al país en los primeros lugares en Latinoamérica con mayor número de embarazos precoces, al lado de Ecuador, Nicaragua y República Dominicana, donde se dan proporciones similares.

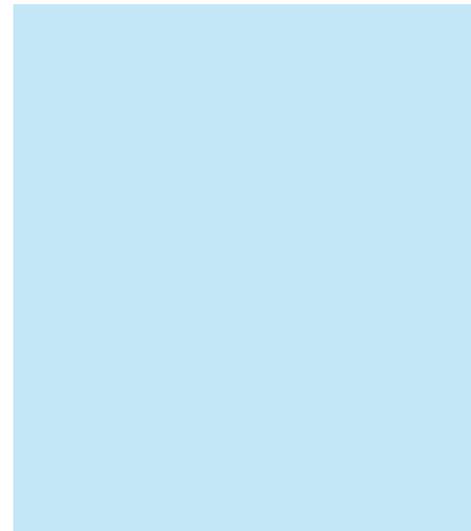
Diversos estudios señalan los impactos en distintas dimensiones de la vida de las madres y en las implicaciones para el bebé. El proceso puede tener varios caminos según sea o no un hijo deseado, esté o no el padre dispuesto a responder tanto en lo económico como en lo afectivo y en la solidaridad y acompañamiento de la familia de la mujer. La experiencia de Leidy parece corresponder a condiciones más bien hostiles de su familia y del padre de su hija, lo cual ha significado rupturas y distancias afectivas importantes. Pese a estas circunstancias adversas, ella ha organizado su vida en función de su bebé y de un empleo agrícola precario, pero relativamente estable que le permite cubrir los gastos de las dos. Ha optado por seguir viviendo en el campo pues el costo de vida es menor que en el pueblo y le permite vivir en un vecindario seguro y solidario.

La construcción de un nuevo hogar por una joven pareja, va de la mano de decisiones importantes que no siempre son coincidentes. La suma de las expectativas de él y de ella no siempre convergen, lo cual puede llevar por diferentes caminos el curso del nuevo hogar. Planes que van y vienen y que se deben rehacer además en función de las condiciones, de los azares y de las búsquedas que pueden acortar o distanciar los deseos de las realidades cotidianas. ¿Es el campo un lugar para quedarse en pareja? O quizá, como lo planea Yeison, la ciudad puede ofrecer mejores posibilidades para ese futuro. Llama la atención la importancia de la decisión de en qué momento tener los hijos, y la propiedad con que Yeison habla en este sentido. La indagación sobre el uso de los métodos anticonceptivos y los acuerdos que establecen las parejas al respecto en el mundo rural, surgen como preguntas para nuevos estudios, en la

medida en que hay todavía un largo camino por recorrer frente a las prácticas del control de la natalidad y a las implicaciones de estas decisiones en las y los jóvenes del campo.

La discusión sobre la información sobre estos temas e incluso la cátedra de sexualidad obligatoria en los colegios, frente a la persistencia e incremento del embarazo en adolescentes, plantea serias preguntas frente a este tema en toda la sociedad colombiana, urbana y rural. Así lo señala la Encuesta Nacional de Demografía y Salud, en la región del Magdalena Medio (2007), el 40 % de los encuestados no sabe en qué etapa del ciclo menstrual se queda en embarazo, solo el 19% de las mujeres cree estar en riesgo de contraer el VIH, una de cada cinco adolescentes es madre o está en embarazo y en buena parte son embarazos deseados: las niñas optan por ser madres como proyecto de vida al ver sus reducidas oportunidades. Si a estas tendencias se le suma la violencia doméstica, que lleva que una de cada dos mujeres sea golpeada por su esposo o compañero, nos encontramos con un panorama bastante difícil, con pocos servicios y poco acompañamiento de tantos grupos familiares que comienzan a muy temprana edad sus vidas en pareja.

Las dos historias ponen de relieve que la pregunta por la tierra implica su contracara: ¿por qué no la tierra? La posición de Leidy es clara en términos de que ante los riesgos que conllevan la inversión y producción agrícola, ella prefiere ser jornalera. Yeison señala la imposibilidad de conseguir recursos suficientes para emprender un proyecto en tal sentido a partir de sus condiciones y las de su familia, pues es claro que el tamaño de la parcela no permitirá la herencia para los hijos. Conseguir tierra no se encuentra tampoco en sus proyectos futuros, en el caso de Lina y Yeison confluye el interés de ella por la vida en la ciudad y las mayores oportunidades para la continuidad del estudio que él vislumbra dejando el campo. Leidy, aunque quiere permanecer en el campo, supedita esta posibilidad a un posible proyecto de familia entendiendo que sería el hombre quien estaría al frente de la producción agrícola. Ella es contundente en reafirmar las realidades que el campo plantea a las mujeres y que fueron también abordadas en las historias de las familias Cindy y Yesica. En ambos casos evidenciamos que la tierra por sí sola no representa un factor definitivo en las decisiones que atraviesan la vida de los jóvenes en esta etapa, múltiples condiciones materiales y simbólicas se entrecruzan en sus prácticas y expectativas.



7. REFLEXIONES FINALES

Los y las jóvenes participan de múltiples maneras en las estrategias que las familias del campo emplean y combinan para garantizar su reproducción. Estas diez historias muestran la diversidad de actividades y niveles de responsabilidad que los integrantes más jóvenes asumen en el espacio doméstico y la parcela. En cada caso se definen de acuerdo a condiciones propias del núcleo familiar como la tenencia y tamaño de la tierra, la composición de la familia y su situación socioeconómica, la situación particular de los, el género, la edad, la participación en el sistema escolar, sus gustos y expectativas. Encontramos que en la parcela y el ámbito de trabajo transcurre buena parte de la vida cotidiana de los y las jóvenes y los escenarios y las relaciones que allí se configuran constituyen importantes instancias de socialización.

Las prácticas y decisiones de los y las jóvenes durante esta etapa se encuentran estrechamente relacionadas con las dinámicas y condiciones familiares, de ahí que resulte necesario comprenderlas dentro de ese contexto. Encontramos tres fuentes importantes que permiten el sustento de las familias: la tierra, el empleo rural y la producción animal que en muchos casos se considera un ahorro. Los arreglos entre las distintas estrategias se construyen en función de las posibilidades de cada familia y, tal como se muestra en el gráfico, las prácticas de los y las jóvenes en la parcela responden también a la lógica de

reproducción de la familia y advierten experiencias distintas en la parcela familiar y el trabajo

Las familias propietarias tienen parcelas que no superan las 10 hectáreas que fueron adquiridas mediante la herencia, la compra de pequeños lotes con ahorros que permitieron construir la vivienda y posteriormente adquirir más tierra. La compra por medio de los ingresos y el crédito y un subsidio del Estado como caso excepcional, aparecen como las alternativas por las que fue posible la tenencia de la tierra. La propiedad es una condición que facilita el acceso de los jóvenes a la tierra: es el caso de Andrés, José Ferney y Camilo. No obstante, esta parece ser una opción más factible para los hijos varones que para las mujeres.

El empleo rural constituye la única fuente de ingresos para las familias que no tienen tierra, es el caso de las que apenas empiezan: Leidy con su hija y Lina y Yeison. El trabajo remunerado por fuera de la parcela aparece como una estrategia ampliamente utilizada para complementar los ingresos familiares. Los y las jóvenes logran allí un protagonismo importante. La vinculación al trabajo asalariado tiene intensidades variables de acuerdo a las condiciones familiares y el género, con diferencias importantes pues para las mujeres jóvenes la tensión entre el trabajo asalariado y las responsabilidades en el espacio doméstico están a la orden del día.

De otro lado está la producción animal y en la mayoría de estas familias es posible por un excedente que se decide invertir en cerdos o ganado y cuya producción potencia el ahorro futuro e impulsa la economía familiar. Hombres y mujeres jóvenes participan activamente en el cuidado de las unidades pecuarias e incluso reciben animales a través de arreglos con sus padres haciendo posible desde tempranas edades la construcción de su propio patrimonio.

Estrategias de vida de las familias



Las realidades de estas familias muestran un escenario que permite satisfacer las necesidades del día a día, en algunos casos con precariedad, de tal manera que el futuro aparece como un cúmulo de incertidumbres que delimitan las oportunidades para los y las jóvenes y a partir de las cuales se toman las decisiones en relación con la permanencia en la parcela familiar, la continuidad de los estudios, la adquisición de una tierra propia o la migración a la ciudad. Estas condiciones presentes anticipan de alguna manera los trayectos próximos de los y las jóvenes y advierten los dilemas que enfrentan tanto ellos como sus familias ante las rupturas que proponen hechos propios de esta etapa como el fin del bachillerato, el abandono del sistema escolar, la paternidad o maternidad tempranas o el inicio o de un proyecto familiar propio.

El acceso de los hombres y mujeres jóvenes a la tierra está marcado por diversas situaciones y tensiones que el recorrido de las historias ilustra. Consideramos que ésta aproximación micro da cuenta de un ensamblaje con realidades más amplias que no se circunscriben solamente a la tenencia y acceso a la tierra como un factor productivo. Aunque es una base importante para la reproducción de la familia en el campo, muchos otros elementos se hicieron presentes en la relación que los y las jóvenes construyen con la tierra y el territorio.

Como lo expresa Guaraná (2005), la decisión de quedarse o salir de la finca y de la zona rural, dice mucho también sobre su decisión de quedarse o salir de la casa de los padres y del alcance de la autoridad paterna, especialmente, que es mucho más fuerte en los casos de las mujeres. La dimensión de la relación y disputa que se ejerce por parte de los adultos y mayores con respecto a los jóvenes, despliega diversas formas de control social que contribuyen a acelerar o no estas decisiones. Según Guaraná, la categoría "joven", caracterizada en la imagen de desinterés por el campo, parece representar el riesgo de la discontinuidad de las relaciones familiares establecidas con la tierra. A las dinámicas de autonomía y subordinación que existen en la familia se suman las valoraciones de la ciudad y los reconocimientos construidos socialmente acerca de la vida en el campo. Las preguntas ¿por qué la tierra? y ¿por qué no la tierra? no se pueden desligar y adquieren sentido frente a las dinámicas migratorias de los y las jóvenes a los espacios urbanos. Las posibilidades materiales y concretas de acceder a una tierra no resultan definitivas en esta decisión pues las expectativas y valoraciones de los y las jóvenes acerca de la vida en el campo o la búsqueda de un proyecto en la ciudad se construyen a partir de sus propias vivencias y realidades pero también son reforzadas por las experiencias migratorias de sus pares y los discursos que provienen de la propia familia, la escuela y otros ámbitos donde la ciudad se posiciona como un referente de bienestar y progreso.

El género delinea de manera significativa el vínculo presente y futuro que se construye con la tierra, el trabajo agrícola y el campo. Identificamos prácticas de crianza con separaciones claras entre el trabajo de la parcela y los quehaceres del ámbito doméstico, que asignan y absuelven a hombres y mujeres jóvenes de ciertas responsabilidades. Persiste una profunda invisibilidad del trabajo de las mujeres jóvenes en los espacios domésticos que además de la inexistencia de un reconocimiento económico se refleja en un enorme desconocimiento del aporte al trabajo agrícola que realizan otros integrantes de la familia y las dobles jornadas que asumen tanto las mujeres adultas como las jóvenes. En el ámbito del trabajo asalariado, las remuneraciones de las mujeres son más bajas y las condiciones físicas suponen desventajas frente a la naturaleza de las labores en el campo. Las prácticas de herencia poco favorecen a las mujeres y son una constante intergeneracional. Algunos de los padres de los jóvenes recibieron tierras porque eran hombres y las familias entregan lotes y ganado a sus hijos varones mientras

que ellas parecen resultar más privilegiadas en la educación y el apoyo para salir del campo.

La composición familiar, la posición que se ocupa, el género, la edad, y el ciclo de vida de la familia generan posibilidades diversas para los y las jóvenes. La presencia de varios hijos aumenta el vínculo de la familia con el trabajo asalariado por fuera de la parcela, que resulta central en el sostenimiento económico del hogar. Las limitaciones impuestas por el tamaño de la tierra o la ausencia de ella reducen las oportunidades de que los y las jóvenes desarrollen actividades de cuenta propia dentro de la parcela familiar y construyan desde edades tempranas un patrimonio. En los casos donde esto es posible y existen prácticas de acceso a tierra por parte de los jóvenes encontramos balances y valoraciones muy positivas de las distintas generaciones, que estarían mostrando las potencialidades de arreglos entre padres e hijos que aportarían a creación de condiciones para que los y las jóvenes apuesten por proyectos de vida en el campo. En el caso de las jefaturas femeninas o los hogares monoparentales las decisiones se toman en función de garantizar las condiciones de reproducción, aunque las expectativas o sueños de los jóvenes se vean comprometidos. La familia extensa con la presencia de los abuelos también es significativa: los más viejos prefieren permanecer en el campo y eso supone otros desafíos para la familia que asume los cuidados y ritmos de esta etapa.

La educación y la vida rural aparecen en una relación excluyente que genera fuertes dilemas a los y las jóvenes y sus familias. La valoración que existe por el estudio y lo que representa para el futuro de los hijos en la búsqueda de alternativas distintas al trabajo agrícola y la idea misma de los jóvenes, reforzada por la escuela, de que la educación es el camino que permite el ascenso personal y social, genera tensiones que se expresan más directamente cuando se culmina el bachillerato. Por un lado, las condiciones económicas de las familias impiden proporcionar el apoyo suficiente a los hijos e hijas para salir a los centros urbanos que concentran las posibilidades de educación superior. Por otro, quienes desean permanecer en el campo o estudiar y regresar no solo enfrentan las limitaciones económicas para hacerlo, sino también las presiones sociales originadas en la percepción de que no se necesita estudiar para el trabajo agrícola y no hay cabida en el campo para un profesional. Aunque persisten brechas materiales y simbólicas muy importantes expresadas en la relación entre la educación y la vida rural, Norbey y José Ferney proponen nuevos caminos

y están advirtiendo las posibilidades de construir arreglos distintos entre el campo y la ciudad a partir de las oportunidades educativas.

La guerra no tiene una influencia menos importante pues generó marcas y rupturas en la vida de las familias y los y las jóvenes desde edades muy tempranas. El desplazamiento y la inestabilidad que impuso, la pérdida de familiares, el abandono de las tierras y el detrimento de los patrimonios económicos y sociales construidos se manifiestan aún con el paso de los años y delimitan y se suman a las demás incertidumbres que las condiciones presentes generan pues se reconoce que en el futuro próximo “puede volver a suceder”.

Aunque la tierra genera unas condiciones mínimas no supone por sí misma la garantía de estabilidad económica. Si bien aparece en los horizontes futuros de algunos jóvenes y se valora enormemente, la tenencia de una parcela propia no resulta suficiente. Se convierte en un anhelo muy lejano para los y las jóvenes pues el trabajo agrícola difícilmente hará posible la adquisición de una tierra en el futuro cercano y tenerla tampoco representa un cambio frente a las condiciones materiales que viven sus familias. No obstante, las historias y experiencias de estos jóvenes están mostrando la necesidad de crear oportunidades reales, no solo para acceder a la tierra, sino también para construir proyectos de vida en el campo. Para ello se hace necesaria la búsqueda de otras valoraciones de lo rural y la construcción de relaciones más equitativas con la ciudad, tarea que exige la convergencia de diversos actores, pues la pregunta por los y las jóvenes y la tierra entraña en sí misma el presente y el futuro de la sociedad rural en su conjunto.

Bibliografía

ACCIÓN SOCIAL, (2010a) Dinámica del desplazamiento forzado. Informe oficial. Colombia.

ACCIÓN SOCIAL. (2010). Informe Nacional de Desplazamiento Forzado en Colombia 1985-2012.

Alta Consejería Presidencial de Asuntos para la Equidad, sf. "Embarazo y maternidad de adolescentes en Colombia - ENDS 2010" en: Observatorio de asuntos de género. <http://www.equidadmujer.gov.co/OAG/Documents/Salud-Estado-Embarazo-maternidad-Adolescentes.pdf>

Anuario Estadístico de Antioquia (2012). Recuperado de <http://antioquia.gov.co/PDF2/anuarios/2012/data/poblacion/capituloCompleto.html> [Consultado en febrero 17 de 2014]

Arias, María Alejandra; Caro, Andrea; Farah, María Adelaida y otros (2013). El nuevo perfil de las mujeres rurales jóvenes en Colombia. Lima, IEP; Nuevas Trenzas. Documento de Trabajo 178. Serie Programa Nuevas Trenzas, 3.

Betancur, María Soledad (2012). La locomotora minera: Concentración y despojo. En: Observatorio de Derechos Humanos N° 16. IPC, Medellín, 43p.

CODHES. (2011). Boletín informativo de la consultoría para los derechos humanos y el desplazamiento N° 77. Bogotá, Colombia.

Comisión de seguimiento a la política pública sobre desplazamiento forzado; CODHES (2009). El reto ante la tragedia humanitaria del desplazamiento forzado. Reparar de manera integral el despojo de tierras y bienes. Volumen 5. Colombia, 91 p.

Comisión de Seguimiento a la Política Pública sobre Desplazamiento. (2009). Décimo primer informe. Cuantificación y valoración de las tierras y los bienes abandonados o despojados a la población desplazada en Colombia. Bases para el desarrollo de procesos de reparación. Bogotá.

Comisión de Seguimiento a la Política Pública sobre Desplazamiento. (2010). III Encuesta Nacional de verificación de los derechos de la población desplazada 2010. Resumen de resultados preliminares en materia de bienes rurales. Bogotá.

Comisión de Seguimiento a la Política Pública sobre Desplazamiento. (2010). Tercera Encuesta Nacional de Verificación de los derechos de la población desplazada. Bogotá.

Corporación Forjando Futuros CFF; Instituto Popular de Capacitación IPC (2012). Restitución colectiva de tierras en Colombia. Una propuesta para cumplir con éxito la devolución de tierras en los 143 municipios de mayor despojo. Medellín: Pregón Ltda.

DANE (2005). Censo General.

DANE (2005a). Boletín Censo General. Necesidades Básicas Insatisfechas.

DANE (2012). Cuentas Departamentales. Resultados año 2011.

Durston, John (1998). Juventud y desarrollo rural. Marco conceptual y contextual. Serie Políticas sociales 28. Naciones Unidas Cepal. Santiago de Chile.

Estatuto de Ciudadanía Juvenil de Colombia. Ley 1622 de 2013.

Garay, Luis Jorge (Director) (2011). El reto ante la tragedia humanitaria del desplazamiento forzado: garantizar la observancia de los derechos de la población desplazada II. Volumen 9. Comisión de seguimiento a la política pública sobre desplazamiento forzado. Codhes. Bogotá. Recuperado de <http://www.codhes.org/images/Encuestas/Vol%209%20Observancia%20de%20derechos%20II%20III%20ENV%20julio%202011.pdf>

García, Clara Inés. (2007). Conflicto, discursos y reconfiguración regional. El oriente antioqueño: De la Violencia de los cincuenta al Laboratorio de Paz. En: Controversia. Tercera Etapa. (189). 129-146.

García, Clara Inés (2004) "Resistencias. Análisis comparado de la acción colectiva frente a la guerra en Urabá y Oriente Antioqueño". En: Nómadas (Bogotá) N° 20.

Gaviria, Carlos Felipe; Muñoz, Juan Carlos (2007). Desplazamiento forzado y propiedad de la tierra en Antioquia, 1996-2004. En: Lecturas de Economía N° 66, pp 9-45

- GMH (2011) Mujeres y Guerra. Víctimas y resistencias del conflicto armado. Bogotá: Taurus.
- Gómez, Diego (2010). Causas de la migración rural-urbana de los estudiantes de 11° grado del colegio agropecuario Alberto Santos, vereda Morros del municipio del Socorro, Santander. Ejercicio de investigación de primer año. Maestría en desarrollo Rural. Universidad Javeriana. Bogotá. Documento inédito.
- Guaraná de Castro, Elisa (2005). Entre Ficar e Sair: uma etnografia da construcao social da categoria joven rural. Universidade Federal do Rio de Janeiro. Tese (Doutorado) UFRJ/PPGAS/ Programa de Ps-graduao em Antropologia Social.
- Ibáñez, Ana María; Muñoz, Juan Carlos (2011). La persistencia de la concentración de la tierra en Colombia ¿Qué pasó entre 200' y 2010? En: Notas de Política N° 9. Universidad de los Andes.
- IGAC (2012). Atlas de la distribución de la propiedad rural en Colombia. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia. 538 p.
- Jaramillo, Olga Elena; Osorio, Flor Edilma (2010). Aproximación al Estado del Arte sobre juventud rural en Colombia. Documento Inédito.
- Martín-Barbero Jesús (2000). "Cambios culturales, desafíos y juventud". En: Umbrales. Cambio socioculturales, desafíos nacionales y juventud. Medellín: Corporación Región.
- Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural - INCODER. Resolución 1133 de 2013.
- Mocada Carvajal, Juan José (comp) (2011). Realidades del despojo de tierras. Retos para la paz en Colombia. Medellín: Instituto Popular de Capacitación.
- Mora, Tatiana Maritza; Muñoz, Juan Carlos (2008). Concentración de la propiedad de la tierra y producto agrícola en Antioquia. 1995-2004. En: Ecos de Economía N° 26, pp 71-107.
- OIT (2013). Tendencias mundiales del empleo juvenil 2013. Una generación en peligro. Ginebra, Suiza.
- Osorio, Flor Edilma (2009) Reconstrucción de territorios en contextos de guerra. Reflexiones desde el caso Colombiano. En: Lozano Fabio; Ferro Juan Guillermo (Edits). Las configuraciones de los territorios rurales en el siglo XXI. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Osorio, Flor Edilma; Jaramillo, Olga Elena; Orjuela, Amanda (2010). Jóvenes rurales: Identidades y territorialidades contradictorias. Algunas reflexiones desde la realidad Colombiana. En: Boletín N° 1. Observatorio Javeriano de Juventudes, pp 1-40.
- Osorio, Flor Edilma; Villegas, Holmes (2010). Uno en el campo tiene esperanza. Mujeres rurales y recomposición en el acceso, tenencia y uso de la tierra por el conflicto armado en Bugá, Colombia. ILC. CINEP: Bogotá.
- Perea, Carlos Mario (2000). "La sola vida te enseña: subjetividad y autonomía dependiente". En: Umbrales. Cambio socioculturales, desafíos nacionales y juventud. Medellín: Corporación Región.
- Perfetti, Mauricio (2004). Estudio sobre la educación rural para la población rural en Colombia. Sin publicar. Documento digital. 216 p. Recuperado de <http://www.redetis.org.ar/media/document/educruralcolombia.pdf>
- Pineda, Javier. Disparidades de género e inequidades sociales. En: Revista Javeriana. N° 717. Tomo 141. Años de publicación 72. Agosto de 2005. p 58-67.
- PNUD (2011). Colombia Rural Razones para la Esperanza. Informe Nacional de Desarrollo Humano. Bogotá: INDH PNUD.
- PNUD (2010). Oriente Antioqueño: Análisis de la conflictividad. Recuperado de <http://www.undp.org/content/dam/undp/documents/projects/COL/00058220/Analisis%20conflictividad%20Oriente%20Antioque%C3%B1o.pdf>
- PROCASUR (2010) Algunos datos sobre juventud en América Latina y Colombia.
- PROFAMILIA (2007) Encuesta Nacional de Demografía y Salud, en la región del Magdalena Medio.
- Reyna, Miguel; Moreno, Sandra (1998). Estrategias sociales: de la sobrevivencia a la contingencia. En: Papeles de Población, vol. 11, núm. 46, octubre-diciembre, 2005, pp. 139-159, Universidad Autónoma del Estado de México, México.

Salazar, Irene (2010). Geografía Económica de la Región Andina Oriental. En: Documentos de Trabajo sobre Economía Regional. N° 120. Banco de la República.

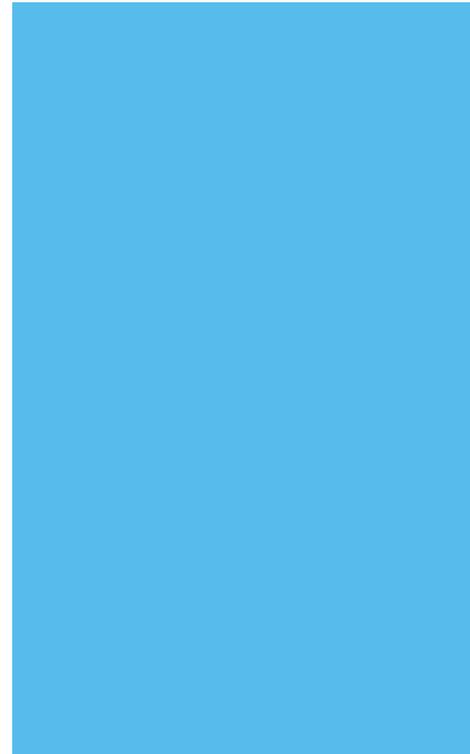
Siaucho, César (2014). Procesos de migración rural urbana en el municipio de Calamar, Guaviare. Tesis Maestría en Desarrollo Rural. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

SIRPAZ (2012). Sistema de Información Regional para la Paz. PRODEPAZ.

Torrado, Susana (1981). Sobre los conceptos de "Estrategias familiares de vida" y "Proceso de reproducción de la fuerza de trabajo": Notas teórico-metodológicas. En demografía y economía, XV, 2.

Velázquez, Sandra (2010). Ser mujer jefa de hogar en Colombia. En: revista de información básica. Dane. Vol 4, No. 2. Recuperado de https://www.dane.gov.co/revista_ib/html_r8/articulo4.html

Villarreal, Norma (2004). Sectores campesinos, mujeres rurales y estado en Colombia. Tesis de doctorado. Universidad Autónoma de Barcelona. Recuperado de http://www.tesisenxarxa.net/TESIS_UAB/AVAILABLE/TDX-1024105-223720//nvm1de2.pdf



Preparado por Corporación Ambiental Rio Verde, el informe fue elaborado en el marco del concurso de investigación Jóvenes Rurales y Acceso a la Tierra promovido por la International Land Coalition - América Latina y el Caribe (ILC- ALC) y la Corporación PROCASUR.

El documento forma parte de la serie Jóvenes Rurales y Acceso a la Tierra, con la que se busca conocer más sobre la situación de la juventud rural y su relación con la tierra y los recursos naturales, así como las dificultades que enfrenta este sector, y es parte de la iniciativa sobre este tema que impulsa la ILC en la región. La serie completa está disponible en <http://www.landcoalition.org/es/regions/latin-america-caribbean> y en <http://juventudruralemprendedora.procasur.org/>

Corporación PROCASUR

Heriberto Covarrubia 21, Of. 705
Ñuñoa, Santiago de Chile. Casilla 599, Chile
Teléfono: +056 (02) 223416367
Email: procasur@procasur.org
<http://americalatina.procasur.org>

Secretaría de la International Land Coalition

Via Paolo di Dono 44 00142-Roma, Italia
Teléfono. +39 06 5459 2445
Email: info@landcoalition.org |
americalatina@landcoalition.info
www.landcoalition.org |
<http://www.landcoalition.org/es/regions/latin-america-caribbean>

